



UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Departamento de Psicología Social, Antropología Social, Trabajo Social y Estudios de Asia

Oriental

TESIS DOCTORAL:

ANOMIA Y DELITO EN LA POSMODERNIDAD.

**ESTUDIO EMPÍRICO, DE CARÁCTER PSICOSOCIAL, COMPARANDO PRESOS Y
PERSONAS EN SITUACIÓN O NO DE RIESGO SOCIAL.**

Presentada por:

Clarissa Pepe Ferreira

Dirigida por:

Dra. María del Pilar Moreno Jiménez

En cotutela con la Universidad de São Paulo (Brasil).

Docente responsable:

Dr. Gustavo Martineli Massola


Málaga

2017



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

AUTOR: Clarissa Pepe Ferreira

 <http://orcid.org/0000-0001-7648-1160>

EDITA: Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode>

Cualquier parte de esta obra se puede reproducir sin autorización pero con el reconocimiento y atribución de los autores.

No se puede hacer uso comercial de la obra y no se puede alterar, transformar o hacer obras derivadas.

Esta Tesis Doctoral está depositada en el Repositorio Institucional de la Universidad de Málaga (RIUMA): riuma.uma.es

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Departamento de Psicología Social, Antropología Social, Trabajo Social y Estudios de Asia

Oriental

Anomia y delito en la posmodernidad. Estudio empírico, de carácter psicosocial, comparando presos y personas en situación o no de riesgo social.

Tesis doctoral presentada en la Universidad de
Málaga, España, en cotutela con la Universidad de
São Paulo, Brasil, Departamento de Psicología
Social y del Trabajo, como requisito parcial
necesario para la obtención del título de Doctora en
Psicología Social por ambas universidades.

Directora de tesis:

Dra. María del Pilar Moreno Jiménez

Responsable por la cotutela en la Universidad de São Paulo:

Dr. Gustavo Martineli Massola

Doctoranda:

Clarissa Pepe Ferreira

Málaga

2017

La presente tesis doctoral ha sido desarrollada en el Programa de Doctorado en Investigación e Intervención Social y Comunitaria, perteneciente al Departamento de Psicología Social, Antropología Social, Trabajo Social y Estudios de Asia Oriental de la Universidad de Málaga, España, en cotutela con la Universidad de São Paulo, Brasil, Instituto de Psicología, Departamento de Psicología Social y del Trabajo, Programa de Doctorado en Psicología Social y del Trabajo.

La Profesora Doctora María del Pilar Moreno Jiménez, de la Universidad de Málaga, junto con el docente responsable por la cotutela Profesor Doctor Gustavo Martineli Massola, de la Universidad de São Paulo, certifican que la doctoranda Clarissa Pepe Ferreira cumple todos los requisitos para la defensa de esta Tesis Doctoral, cuya lectura sucederá en la Universidad de Málaga.



Fdo.: María del Pilar Moreno Jiménez



Fdo.: Gustavo Martineli Massola



Fdo.: Clarissa Pepe Ferreira

A mi Familia

A André

Por tanto amor

A todas las voces que la exclusión insiste en callar

Málaga
2017

AGRADECIMIENTOS

Fue muy largo y complejo el camino que me trajo hasta aquí. Crucé un oceano cargando conmigo muchas expectativas e incertidumbres. Sentí en la piel el dolor del desarraigo y todo lo que dicho proceso trae aparejado. No fue fácil, pero enriquecedor. Empecé de cero muchas veces. Me desdibujé y me volví a dibujar otras tantas. Viví las alegrías de conocer mundo y de ampliar mi mundo particular. Rostros, sonrisas, olores, ritmos, sabores, lecturas, colores, abrazos, encuentros, desencuentros, reencuentros, sensaciones, interpelaciones, silencio. Descubrí lugares hermosos, dentro y fuera de mí. Y bellas personas, con las que compartí mucho o poco, aprisionadas o no. Algo de estos lugares y estas personas me invadió y me mejoró. Aprendí mucho, de los libros, de mí y del otro. Tengo el alma cambiada, y valió la pena.

Voy a empezar los agradecimientos expresando mi gratitud hacia mis directores de tesis, Pilar Moreno y Gustavo Massola. Diferentes culturas, dos tradiciones académicas distintas, y en común, además del amor por lo que hacen y todo lo que supieran paciente y generosamente entregarme de sus conocimientos, han creído en mí, y eso ha sido importantísimo en este proceso, porque son muchos los momentos en que dudamos de nuestras capacidades.

Estoy inmensamente agradecida también a la Agencia Española de Cooperación Internacional, del Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, que ha financiado gran parte de esta andadura, subvención ésta sin la cual nada de ello hubiera sido posible. Lo mismo le digo a la Universidad de Málaga, que me ha elegido para gozar de una beca para llevar a cabo la cotutela.

Muchos fueron los profesores y compañeros de los que he podido aprender y con los que he podido dialogar y madurar reflexiones, directa o indirectamente. Sería complicado nombrarlos a todos, por el riesgo de injusta y momentaneamente olvidarme de alguien.

En el ámbito personal, tengo una gratitud profunda por el cariño, amor, comprensión y apoyo que me han regalado muchas personas, pero especialmente mi familia, André Rodrigues, María Dolores Moreno, Liliana Gerardi, Bruna Soalheiro, Fabricio Sirena, Mariana Picanço, Sandro Arpi, Patricia Rossetto y Jazmina Al-Lal Viera. Habéis sido todos un incommensurable sostén para mí.

Finalmente, agradecer a todos los voluntarios que han aceptado colaborar en la parte empírica de esta investigación, así como a los mediadores que afectuosamente se han involucrado en este proyecto. Mi gratitud igualmente se extiende a las instituciones y funcionarios que me han dado permiso y facilitado las condiciones para que yo pudiera realizar el trabajo de campo.

Ninguém ouviu um soluçar de dor...

Nadie oyó un sollozo de dolor...

(“Canto das três raças”, “Canción de las tres razas”. Clara Nunes,

Mauro Duarte y Paulo César Pinheiro)

RESUMEN

Este trabajo se concentra en el análisis de la dimensión política del crimen en tanto que contraestrategia de enfrentamiento hacia la superación de un sufrimiento ético-político y pérdida de potencia de acción generados por la estructura social y cultural en el marco de la posmodernidad capitalista, que es potencialmente productora de anomia y fatalismo a la vez que paradójica y estratégicamente reduce bienestar social, satisfacción vital, sentido de comunidad, participación social, empoderamiento y autoeficacia y amplifica eventos vitales estresantes, dentro de un esquema inédito de servidumbres autoimpuestas y proliferación acelerada de expulsiones. Consiste en un estudio empírico que compara tres distintos grupos de sujetos: presos, personas en situación de riesgo social y personas no incluidas en ninguna de las dos categorías. Los objetivos del trabajo son: 1) poner el énfasis en la dimensión política del crimen, que suele ser desconsiderada en los análisis hegemónicos; 2) evidenciar la gravedad de los problemas que acarrea la posmodernidad en términos de la dialéctica exclusión/inclusión social, de los cuales el crimen más que un producto sería también una especie de denunciante simbólico involuntario; 3) traer la afectividad para el debate sobre el crimen, de modo a pensarlo a nivel de sufrimiento ético-político y pérdida de potencia de acción. Las hipótesis generales del trabajo son: 1) el crimen estaría funcionando como una especie de núcleo a partir del cual sucedería un ensamblaje de fragmentos de narración potenciador de narrativas vitales con alguna coherencia identitaria; 2) el crimen estaría operando como un mecanismo de resistencia hacia un profundo y complejo problema de accesos en la posmodernidad anómica, que empieza en la estructura social, pasa por las dinámicas de reconocimiento y negociación, hasta desplegarse finalmente sobre el significado mismo de la existencia. Se confirman las hipótesis específicas que sostienen las generales, y se verifica todo ello a partir de los resultados de análisis estadísticos realizados sobre diferencias de medias entre grupos, correlaciones y regresiones múltiples.

Palabras clave: crimen, posmodernidad, exclusión social, anomia, fatalismo, bienestar social, agencia, satisfacción vital, sentido de comunidad y participación social.

RESUMO

Este trabalho se concentra na análise da dimensão política do crime como contraestratégia de enfrentamento para a superação de um sofrimento ético-político e perda de potência de ação gerados pela estrutura social e cultural no âmbito da pós-modernidade capitalista, que é potencialmente produtora de anomia e fatalismo enquanto paradoxal e estrategicamente reduz bem-estar social, satisfação vital, sentido de comunidade, participação social, empoderamento e autoeficácia e amplifica eventos vitais estressantes, dentro de um esquema inédito de servidões autoimpostas e proliferação acelerada de expulsões. Consiste em um estudo empírico que compara três distintos grupos de sujeitos: presos, pessoas em situação de risco social e pessoas não incluídas em nenhuma das duas categorias. Os objetivos do trabalho são: 1) enfatizar a dimensão política do crime, que costuma ser desconsiderada nas análises hegemônicas; 2) evidenciar a gravidade dos problemas que acarreta a pós-modernidade em termos da dialética exclusão/inclusão social, dos quais o crime, mais que um produto, seria também uma espécie de denunciante simbólico involuntário; 3) trazer a afetividade para o debate sobre o crime, de modo a pensá-lo em nível de sofrimento ético-político e perda de potência de ação. As hipóteses gerais do trabalho são: 1) o crime estaria funcionando como uma espécie de núcleo a partir do qual ocorreria uma montagem de fragmentos de narração que potencializa narrativas vitais com alguma coerência identitária; 2) o crime estaria operando como um mecanismo de resistência frente a um profundo e complexo problema de acessos na pós-modernidade anômica, que começa na estrutura social, passa pelas dinâmicas de reconhecimento e negociação, até ser implantado finalmente sobre o próprio significado da existência. São confirmadas as hipóteses específicas que sustentam as hipóteses gerais, e verifica-se tudo isso a partir dos resultados de análises estatísticas realizadas sobre diferenças de medidas entre grupos, correlações e regressões múltiplas.

Palavras chave: crime, pós-modernidade, exclusão social, anomia, fatalismo, bem-estar social, agência, satisfação vital, sentido de comunidade e participação social.

ABSTRACT

This work focuses on the analysis of the political dimension of crime as a counter-strategy of confrontation to overcome ethical-political suffering and loss of power of action generated by social and cultural structure within the framework of capitalist postmodernity, which is potentially an anomic producer and fatalism as it paradoxically and strategically reduces social well-being, vital satisfaction, sense of community, social participation, empowerment and self-efficacy, and amplifies stressful life events within an unprecedented scheme of self-imposed servitude and accelerated proliferation of expulsions. It consists of an empirical study comparing three distinct groups of subjects: prisoners, people at social risk and people not included in either category. The objectives of the study are: 1) to emphasize the political dimension of crime, which is usually disregarded in hegemonic analyzes; 2) to show the seriousness of the problems posed by postmodernity in terms of dialectic social exclusion/inclusion, of which crime, rather than a product, would also be a kind of involuntary symbolic denunciation; 3) to bring the affectivity to the debate on crime, so as to think of it in terms of ethical-political suffering and loss of power of action. The general hypotheses of the work are: 1) crime would be functioning as a kind of nucleus from which a set of fragments of narration that potentiates vital narratives with some identity coherence would occur; 2) crime would be operating as a mechanism of resistance to a deep and complex problem of access in anomic postmodernity, beginning in the social structure, passing through the dynamics of recognition and negotiation, until it is finally implanted on the very meaning of existence. The specific assumptions underlying the general assumptions are confirmed, and all this is verified from the results of statistical analyzes carried out on differences in measures between groups, correlations and multiple regressions.

Keywords: Crime, postmodernity, social exclusion, anomie, fatalism, social welfare, agency, vital satisfaction, sense of community and social participation.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
-------------------	----

PRIMERA PARTE: MARCO TEÓRICO

Capítulo 1: Los comportamientos delictivos.....	30
---	----

1.1. Enfoque desde la Antropología Social.....	33
--	----

1.2. Enfoque desde la Psicología Social.....	35
--	----

1.3. Enfoque desde la Sociología.....	43
---------------------------------------	----

1.4. Enfoque desde la Criminología.....	49
---	----

Capítulo 2: La postmodernidad: el nuevo esquema de valores y relaciones.....	62
--	----

2.1. El delito en la posmodernidad.....	65
---	----

Capítulo 3: Las variables elegidas para el estudio.....	92
---	----

3.1. Empoderamiento.....	92
--------------------------	----

3.2. Autoeficacia.....	93
------------------------	----

3.3. Eventos Vitales Estresantes.....	95
---------------------------------------	----

3.4. Bienestar Social.....	98
----------------------------	----

3.5. Anomia.....	100
------------------	-----

3.6. Fatalismo.....	102
3.7. Sentido de Comunidad y participación social.....	103
3.8. Satisfacción vital.....	107

SEGUNDA PARTE: ESTUDIO EMPÍRICO

1. Delimitación del objeto de estudio.....	111
2. Objetivos.....	111
3. Hipótesis.....	112
4. Metodología.....	115
4.1. Muestra.....	115
4.2. Instrumentos.....	118
4.3. Procedimiento.....	124
5. Resultados.....	127
6. Discusión.....	140

CONCLUSIÓN.....	161
-----------------	-----

BIBLIOGRAFÍA.....	167
-------------------	-----

INTRODUCCIÓN

La cárcel, según Wacquant (2010), produce el efecto de aunar iniquidad e identidad, dominación y significación. En su estudio sobre el gobierno neoliberal de la inseguridad social, el autor señala la hiperinflación de los índices de encarcelamiento en Estados Unidos entre los años 1975 y 2000: un crecimiento de 509% en valores absolutos y de cinco veces en valores relativos¹, tras aproximadamente veinte años de estabilidad en dichos indicadores. Afirmar Wacquant (2010) tratarse de un incremento a una velocidad vertiginosa y sin precedentes en la historia de las sociedades democráticas, y que, además, este fenómeno se extendió por los países de Europa occidental y América Latina que han seguido, de manera más o menos servil, el proyecto político de revitalización del Estado como policía eficiente, reabastecido de la autoridad pública necesaria para fomentar la desregulación económica, reducir los esquemas de protección social, imponer el trabajo precario y contener la resistencia (aumentando el coste de las estrategias de escape y aplacando la indignación de los ciudadanos que “respetan la ley”).

La cárcel vuelve a destacarse en el escenario social, como advierte Wacquant (2010), a pesar de que hace aproximadamente cuarenta años diversos especialistas en cuestiones penales no dudasen en predecir su declive, incluso su desaparición. Para el autor, el reemplazo del Estado keynesiano² y el trabajo remunerado fordista por la flexibilización laboral y un Estado neodarwinista, que fomenta y radicaliza la competencia y alaba la responsabilidad individual sin límites, produjo una inseguridad social que pasó a ser gestionada especialmente por medio de la

¹ Proporción de presos por cada 100.000 habitantes.

² Según Wacquant (2010), el Estado keynesiano tuvo la misión de “contrarrestar los ciclos recesivos de la economía de mercado, proteger las poblaciones más vulnerables y reducir las iniquidades más flagrantes” (p. 34).

penalización de la precariedad, dislocando el problema de la inestabilidad social de sus reales fuentes causantes y poniendo en el lugar de la fuente de solidaridad suplantada (que giraba alrededor de la protección social) la seguridad ciudadana (asentada sobre el miedo al delito).

De modo que la escalada punitiva y el encarcelamiento masivo son, para Wacquant (2010), el resultado de una reestructuración de la economía del castigo que se dio en el siguiente sentido: además de neutralizar físicamente y almacenar las fracciones excedentes de la clase trabajadora, la cárcel sirve para impone la disciplina de la mano de obra desocializada entre las fracciones establecidas del proletariado y el estrato inseguro y en decadencia de la clase media, así como contribuye al reforzamiento y materialización de la idea de responsabilidad individual en la medida en que aplica la frontera “entre ciudadanos loables y categorías desviadas, los pobres “merecedores” y los “no merecedores”, los que merecen ser salvados e “insertados” [...] en el circuito de la mano de obra inestable y los que deben ser relegados y expulsados para siempre” (p. 20).

En líneas generales, lo anterior explicaría, acorde con el autor, que el aumento desenfrenado del encarcelamiento en Estados Unidos haya estado sucediendo a pesar de haber sido verificado un descenso en el registro de crímenes a lo largo de más de una década, además de explicar la sobrerrepresentación (respecto de la población general) en las cárceles estadounidenses de las poblaciones provenientes “de las fracciones más marginalizadas de la clase trabajadora y, sobre todo, de las familias subproletarias de color de las ciudades segregadas y arrasadas por la transformación conjunta del trabajo y la protección social” (Wacquant, 2010, p. 114). Y algo cercano a lo observado parece haberse estado configurando también en España, acorde con Sánchez (2014), colaborando a explicar, al menos en alguna medida, lo que sigue: el

incremento de la tasa de reclusos de aproximadamente siete veces en valores relativos (1975-2008), a pesar de tratarse de un país de escasa delincuencia y de poca gravedad³; la evolución de las tasas de reclusión por encima de las tasas de delitos (1992-2006); la sobrerrepresentación de trabajadores no cualificados y vinculados a sectores que no destacan por sus buenas condiciones laborales (más bien lo contrario); el incremento de presos extranjeros (1999-2008)⁴; y la reciente criminalización de las protestas sociales⁵.

Este estado de cosas ayuda a justificar la pretensión de este trabajo de analizar el crimen desde la perspectiva de la exclusión social, no porque se considere que todo el espectro de tipologías delictivas puedan ser entendidas dentro de este esquema (y posiblemente no lo sea), sino porque no se puede ignorar que gran parte de los individuos amontonados en instituciones prisionales en el mundo occidental proceden de los sectores marginados de los procesos

³ “Con los 162 presos por cada 100.000 habitantes que había en España a 1 de enero de 2010, España se ha convertido en el país europeo occidental con la mayor tasa de encarcelamiento (excluyendo Suiza y Luxemburgo), cuando tradicionalmente había sido de los que la tenían más baja, algo acorde con su reducida tasa de delitos y de delitos violentos” (Sánchez, 2014, p. 19). Pero no se trata de que en España haya aumentado el número de ingresos en prisión (que de hecho ha descendido en los últimos años), sino que ha incrementado el tiempo medio de estancia en prisión, a partir de reformas penales que apuntan hacia el endurecimiento de las penas (Sánchez, 2014).

⁴ Principalmente relacionado, según Sánchez (2014) con una mayor estancia efectiva dentro de prisión, más que propiamente por un mayor índice de delincuencia. Para el autor, es en la criminalización de los extranjeros donde se puede observar “de manera más clara la vinculación entre precariedad y penalización, la influencia de organizaciones supranacionales de corte claramente neoliberal (la Unión Europea) y la existencia de un discurso sobre la seguridad parecido al descrito por Wacquant (a pesar de que en España no se deba a los think tanks)” (p. 282).

⁵ Trátase de manifestaciones principalmente contra la reforma laboral y los recortes en servicios sociales (sanidad, educación, dependencia, etc.) sobre las que se han centrado la acción estatal y que, según Sánchez (2014), son políticas propias del neoliberalismo. Por un lado, “se introducen una serie de leyes que endurecen la desobediencia a la policía, las normas que regulan la difusión de convocatorias a manifestaciones, se ilegalizan formas de protestas recientes y se crea una vía de generación de antecedentes penales que puede afectar a las personas que se manifiesten” (Sánchez, 2014, p. 349); por el otro, según Sánchez (2014), se puede entender la reforma penal pretendida en este ámbito como un auxilio de cara a la introducción de las reformas laborales y de recortes sociales. Se ve aquí otra evidencia locuaz de lo sostenido por Wacquant (2010), es decir, el sistema penal siendo accionado para la imposición del trabajo precario y del desbaratamiento de la protección social, limitando material y simbólicamente las resistencias a través de la neutralización de la población que amenaza el orden (Sánchez, 2014).

económicos y socioculturales por razones de regulación de la pobreza a través del sistema penal, a pesar del énfasis que sigue siendo excesivamente puesto en los problemas de conducta de dichos individuos. No se trata de buscar aquí un principio explicativo único para el análisis de la delincuencia, pero sí de intentar trazar un panorama de la opresión desde abajo, desde los que las sufren material y simbólicamente con más intensidad, señalando las consecuencias devastadoras a nivel social y personal, intentando así reflexionar no sólo sobre las condiciones de coexistencia de los sujetos sino especialmente sobre su condición misma de existencia.

Por esta razón, la esencia de este trabajo no podría quedar mejor definida que hacerlo valiéndose de las ricas y sustanciosas reflexiones de Sawaia (2001) acerca de la dialéctica presente en la pareja inclusión/exclusión social y su relación con la afectividad, concretamente el sufrimiento. Sus ideas se basan y fomentan el uso de categorías de análisis desestabilizadoras, capaces de traspasar el conocimiento hegemónico con indagaciones con potencial para desbancar “el uso moralizador y normativizador de conceptos científicos que culpabilizan al individuo por su situación social y legitiman relaciones de poder, fundados en el principio de la neutralidad científica” (p.97-98, traducción propia).

La afectividad fue un concepto marginado por las ciencias sociales y humanas, categorizado en el rol del patológico y del desorden (Sawaia, 2001). Se le atribuía la cualidad de oscurecer la razón, obstaculizar el aprendizaje y la armonía, poseer naturaleza incontenible y, por todo ello, tratarse de algo despreciable (Sawaia, 2001). Sin embargo, Sawaia (2001) subvierte estos significados, abogando por la potencia imprescindible de la afectividad en las investigaciones e intervenciones científico-sociales de cara a mantener viva la capacidad de indignarse frente a las injusticias sociales. La autora sostiene que “estudiar la exclusión a partir

de las emociones de los que la viven significa reflexionar sobre el ‘cuidado’ que el Estado tiene con sus ciudadanos” (Sawaia, 2001, p.99, traducción propia) una vez que las emociones “son indicadoras del (des)compromiso con el sufrimiento del hombre, sea por parte del aparato estatal, de la sociedad civil o del propio individuo” (ídem).

Así, Sawaia (2001) - inspirada en el pensamiento de Baruch Spinoza, Agnes Heller, Lev Vygotsky y Étienne de La Boétie sobre los afectos y cómo se entretajan lo psicológico a lo social y lo político, convirtiéndose los unos en los otros y todos ellos en fenómenos éticos y del orden del valor - profundiza y expande el concepto de “sufrimiento ético-político” como categoría fundamental al enfoque epistemológico y ontológico que debe de orientar los análisis de la desigualdad, la exclusión social y la servidumbre. Dicho concepto representa las múltiples afecciones del cuerpo y del alma que mutilan la vida a consecuencia de la experiencia cotidiana del suplicio que adviene de la situación social de estar sometido a la subalternidad, la prescindibilidad y la insignificancia, de la negación socialmente impuesta en cada momento histórico sobre las posibilidades de la mayoría de apropiarse de la producción cultural, material y social de su época (Sawaia, 2001). Es un sufrimiento que se expresa en el plano del sujeto pero que tiene sus raíces en la cohesión y legitimidad social, de modo que sería imposible comprenderlo adecuadamente si se prescindiera de la conciencia de la operatividad de una lógica social excluyente (Sawaia, 2001). Lo opuesto al sufrimiento ético-político no es la felicidad narcisista perseguida en la contemporaneidad sino una felicidad también de tipo ético-político: aquella instrumentaliza los cuerpos y los afectos para agotarse en sí misma mientras que ésta no sacrifica lo justo en pro del eficaz, no ve un peligro mortal en la multiplicidad humana sino potencia emancipadora colectiva (Sawaia, 2001).

[...] conocer el sufrimiento ético-político significa analizar las formas sutiles de expoliación humana que existen por detrás de la apariencia de integración social, y por lo tanto comprender la exclusión y la inclusión como las dos caras del moderno rostro bifronte de los viejos y dramáticos problemas - la desigualdad social, la injusticia y la explotación (Sawaia, 2001, p. 106, traducción propia).

Para escudriñar la dialéctica de la exclusión y la inclusión social, Sawaia (2001) remóntase a Foucault - que insiere la exclusión en la lucha por el poder, argumentando que la inclusión social es un proceso de disciplinamiento de los excluidos - bien como remóntase a la concepción marxista sobre el papel fundamental de la miseria y la servidumbre en la supervivencia del sistema capitalista, pasando por la “inclusión degradante” de Martins (1997), que pone de manifiesto que la lógica constitutiva de la sociedad capitalista consiste en desarraigar y excluir para incluir de otro modo, según sus propias reglas selectivas, precarizadoras, opresoras y alienantes respecto a la gran mayoría de los sujetos. Remarca así el carácter no esencialista del concepto de exclusión social, defendiendo que se trata de un concepto-movimiento, que se define en procesos dinámicos de diálogo razonado con la inclusión social, pero no porque se contraponen sino porque flirtean entre sí y se nutren mutuamente en la lógica de las sociedades capitalistas. Llama así la atención a los procesos de inclusión social por exclusión de derechos humanos, que a darse con o sin resistencia en los sujetos sólo pueden ser adecuadamente comprendidos por medio del análisis de los afectos que dicha experiencia produce en términos de pérdida de potencia de acción y sufrimiento, incluso cuando el individuo afirma no desear salir de la condición de exclusión social, una vez que dicha revelación puede ser interpretada como una ruptura psicológica y social con la inclusión, el abandono del derecho

de adueñarse de la propia libertad, la cristalización de una identidad negativa, o quizás aun como una auto-represión derivada de la interiorización profunda de la servidumbre y la miseria (Sawaia, 2001).

Tras años de investigaciones empíricas en colectivos de personas sin hogar, Sawaia (2001) afirma estar convencida de que el sufrimiento presente en sus discursos se debe muchísimo más al descrédito social de que padecen que al hambre que les atormenta: “El clamor angustioso del ‘quiero ser persona’ atraviesa el subtexto de todos los discursos. Y no se trata simplemente del deseo de sentirse igual a los demás, sino de diferenciarse y ser reconocido.” (Sawaia, 2001, p. 115, traducción propia). La potencia de acción es lo que permite a los sujetos realizar sus necesidades de expansión (capacidades, ideas, deseos), lo que les permite fundarse autónoma y dignamente, construir narrativas vitales capaces de dejar huellas en el mundo. La potencia de acción nace de la afectividad y conduce al encuentro consensuado con el otro, de entendimiento y solidaridad, teniendo en cuenta que - siguiendo la visión spinozana - los individuos no se realizan en soledad sino en unión con otros individuos, ampliando conjuntamente sus campos de acción (Sawaia, 2001). La potencia de acción crea espacios de representación democrática de las necesidades humanas, en que “la identidad deja de ser el destino y conciencia ‘en sí’, para volverse conciencia ‘para sí’ y para el otro” (Sawaia, 2001, p. 126, traducción propia). La potencia de acción tiene la capacidad de liberar los “egos esclavizados por la tiranía del narcisismo y la intimidad” (Sawaia, 2001, p.116, traducción propia) y combatir la perversa dialéctica de la exclusión/inclusión social.

Las reflexiones de Sawaia aquí reproducidas perfilan y llenan de sentido al enfoque político que marcará los análisis sobre la delincuencia presentes en este trabajo, que se llevará a

cabo comparando grupos de sujetos presos con sujetos en situación de riesgo social y sujetos no pertenecientes a ninguna de las dos categorías, todo ello conducido bajo una perspectiva psicosociológica y criminológica y circunscritos al examen de una contemporaneidad definida cultural, política y económicamente por una lógica capitalista neoliberal y clasificada por como posmoderna por los teóricos sociales críticos hacia el proyecto de la modernidad, básicamente por las consecuencias de su reducción a la tiranía del criterio de eficacia (Domínguez Bilbao, 1996). Por muy heterogéneas que sean las reflexiones sobre la posmodernidad, lo cierto es que parece existir entre ellas una idea común, la idea de que el proyecto moderno, cuyo resultado es la sociedad global contemporánea, ha fracasado porque el binomio que define la esencia de la modernidad - es decir, capitalismo y racionalización⁶ - no ha solucionado los problemas sociales, más bien lo contrario (Domínguez Bilbao, 1996).

La noción de posmodernidad con la que se va a trabajar en esta tesis no tiene que ver con una ruptura hacia la modernidad, sino que se refiere a la radicalización del proyecto moderno en la medida en que la racionalización se puso enteramente al servicio del capitalismo haciendo posible que éste alcanzara un nivel mucho más elevado y profundo de extracción de riqueza y expropiación de los sujetos. Pese a existir o no la posibilidad de pensar una racionalidad desvinculada de las aspiraciones del capitalismo (que podría ser uno de los puntos de divergencia entre los autores posmodernos críticos y los críticos de la modernidad), lo cierto es que el proyecto que se puso en marcha en la modernidad y que se ha visto radicalizado en la posmodernidad consiste en algo fracasado por no haber conseguido producir una efectiva

⁶ Con el término “racionalización” Domínguez Bilbao (1996) se refiere a todo lo estabilizado en torno al concepto de razón, en tanto que criterio emancipador universal.

liberación de los sujetos. Esta es la idea que se tomará como hilo conductor de las reflexiones y análisis realizados en este trabajo.⁷

De la mano de Sawaia se va a interpretar este fracaso en términos del sufrimiento ético-político infligido y del debilitamiento de la potencia de acción que ha impuesto el proyecto moderno sobre los individuos, pese al aparente bienestar que ha generado. Se va a hacer eso a través de un estudio empírico que va a investigar variables tales como satisfacción vital, sentido de comunidad, autoeficacia, participación social, empoderamiento, bienestar social, eventos vitales estresantes, anomia y fatalismo, comparando tres distintos grupos de sujetos. Y dentro de esta perspectiva se va a pensar el crimen como una evidencia de la manifestación de dicho sufrimiento y debilitamiento.

Las sociedades industriales avanzadas, para Marcuse (1993), valiéndose de las ideas e ideales de libertad y bienestar, han producido necesidades humanas en base a un desarrollo represivo de los individuos. En tales sociedades se mezclan necesidades verdaderas y falsas, lo que culmina en un espejismo de felicidad, satisfacción y libertad de elección que en realidad no es más que una euforia dentro de la infelicidad (Marcuse, 1993). “La mayor parte de las necesidades predominantes de descansar, divertirse, comportarse y consumir de acuerdo con los anuncios, de amar y odiar lo que otros odian y aman, pertenece a esta categoría de falsas necesidades” (Marcuse, 1993, p. 35). El desarrollo represivo tiene que ver, pues, con una cultura de esfuerzo medido por el éxito, la competición, la acometividad, además de la gestión de la miseria y la proliferación de la injusticia (Marcuse, 1993). Se considera que lo dicho se exagera en la posmodernidad.

⁷ Lo aclarado en este párrafo explica la utilización, en el debate de la posmodernidad realizado en este trabajo, de ideas de autores que pensaron sin embargo la modernidad.

La sociedad disciplinaria de las fábricas ha dado paso a la sociedad del control de las empresas: no que ésta sustituya a aquella sino que reescala sus prioridades soberanas, generando una nueva dinámica de utilidad y docilidad de los cuerpos, donde la productividad pasa a ser la forma de acceso y realización de la riqueza (Passetti, 1999). En la sociedad disciplinaria, el individuo operaba como una pieza más del engranaje de las máquinas, que eran las generadoras de la riqueza; en la sociedad del control, el individuo tiene la función de aportar su proactividad, creatividad, dar su colaboración, formar parte del equipo, involucrarse activamente en el proceso de producción de la riqueza (Passetti, 1999). El resultado de todo ello se va a interpretar, siguiendo a Marcuse (1993), como siendo el bloqueo del despliegue de las capacidades de los sujetos, propias y colectivas. En este sentido, el espejismo de felicidad, bienestar, satisfacción y libertad de elección cumpliría la función de contener las resistencias. Sucede que

La libre elección de amos no suprime ni a los amos ni a los esclavos.

Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no significa libertad si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de esfuerzo y de temor, esto es, si sostienen la alienación. Y la reproducción espontánea, por los individuos, de necesidades súperimpuestas no establece la autonomía; sólo prueba la eficacia de los controles (Marcuse, 1993, p. 38).

Lo anterior fundamenta la elección de la teoría de la anomia de Merton (1938, 1967, 1968) como cemento criminológico para el camino que se va a recorrer en este trabajo. La anomia es uno de los componentes de la alienación, y ambos conceptos - de origen sociológico -

tratan de la integración negativa de los individuos a su medio ambiente social (Muratori, Delfino y Zubieta, 2013). Según Durkheim (1976), se manifiesta la anomia cuando entre los individuos sucede el deterioro o ruptura de sus vínculos sociales a raíz de tener sus necesidades y deseos fuertemente limitados y regulados. La teoría criminológica de la anomia (Merton, 1938, 1967, 1968) examina cómo la propia estructura social genera los elementos y la coyuntura en que la infracción de los códigos sociales, si bien no deseada, se establece como una actitud esperada. Su hipótesis nuclear es que la conducta anómala, desde una óptica sociológica, puede ser contemplada como un signo de la disgregación entre las aspiraciones culturalmente prescritas y las vías institucionalmente fijadas para lograrlas que ocurre en contextos en que se da una importancia excepcionalmente grande a aquellas sin una consideración proporcional y ecuánime de éstas (Merton, 1938, 1967, 1968), contextos, por cierto, muy típica y ampliamente encontrados en la posmodernidad. La acción de este proceso, es decir, la crónica discrepancia entre las promesas culturales y las realidades estructurales, desata una tendencia o presión hacia la anomia, fenómeno que se entiende estar caracterizado por sentimientos de desengaño y fracaso frente a la conciencia de la no representatividad equitativa de las normas institucionales, que resulta en el socavamiento del apoyo social a las mismas e incluso la promoción de su violación, en tanto que la adaptación de algunos grupos sociales a una condición ambiental frustrante termina irremediabilmente sucediendo de manera desviada dado el bloqueo estructural al que están sometidos (Merton, 1938, 1967, 1968).

La teoría de la anomia y los análisis de la posmodernidad confluyen en la existencia de un sufrimiento ético-político, que para ser debidamente comprendido requiere que se indague en el bienestar social y la satisfacción vital. En efecto, la definición de Keyes (1998) del bienestar

social como siendo el producto de una evaluación positiva que los sujetos realizan sobre las circunstancias de sus vidas y la mecánica de la sociedad a la que pertenecen, parece situar a este concepto concretamente en una posición antagónica a la anomia (Muratori, Delfino y Zubieta, 2013). Hay estudios empíricos que identificaron una significativa correlación negativa entre el bienestar social y la anomia, y correlaciones positivas entre importantes dimensiones del bienestar social y la satisfacción vital (Blanco y Díaz, 2005; Muratori, Delfino y Zubieta, 2013). El bienestar social y la satisfacción con la vida constituyen respectivamente las dimensiones objetiva y subjetiva de la calidad de vida (Moyano y Alvarado, 2007), cuya corrosión o negación guardan, como visto, fuerte relación con la anomia.

El concepto de satisfacción vital se refiere a un balance personal sobre las expectativas y logros individuales (Diener, Emmons, Larsen y Griffin, 1985); se trataría de un estado psicológico, de cariz cognitivo, resultante del intercambio y la negociación entre el individuo y su contexto micro y macrosocial con vistas a la realización personal (García-Viniegras y Gonzalo-Benítez, 2000; Morales y Sánchez-López, 2001). En el ámbito de los debates criminológicos y político-criminales, Nikolic-Ristanovic (2014) hace una llamada de atención a la comunidad científica para la necesidad del desarrollo de más estudios destinados a investigar la correlación del delito con la satisfacción vital. La autora considera esta variable como el principal factor de prevención hacia el crimen y advierte que es primordial verificar si personas felices cometen delitos o si, en cambio, las personas que cometen crimen lo hacen con el propósito de alcanzar felicidad⁸. Menciona un estudio realizado con adolescentes en Estados

⁸ La autora utiliza los conceptos de felicidad y satisfacción con la vida como sinónimos. La literatura sobre el tema, sin embargo, relaciona la felicidad a la dimensión afectiva del bienestar subjetivo mientras que la satisfacción vital sería el componente cognitivo del mismo (Moyano y Alvarado, 2007).

Unidos que demostró que a mayor satisfacción vital menor la probabilidad de implicación en la práctica de crímenes (McCarthy y Casey, 2011), además de informar sobre el paradigmático caso de Bután, único país en el mundo que mide la satisfacción vital de sus ciudadanos con regularidad y fines concretos de elaboración de políticas públicas: la gran mayoría de los butaneses informa estar satisfecha con sus vidas (más de un 40% informa incluso estar muy satisfecha) y, a la vez, el país exhibe índices de criminalidad extremadamente bajos.

Besnard (1998), analizando en profundidad la teoría durkheimiana de la regulación, encuentra correspondencia entre anomia y fatalismo: en ambos fenómenos sucedería una gran dificultad o ausencia de interiorización de las normas sociales, que se explicaría por la debilidad de las mismas en el caso de la anomia y su ilegitimidad en el caso del fatalismo. El autor considera que el fatalismo en la teoría de la regulación estaría íntimamente relacionado con la “anomia regresiva”, concepto durkheimiano que expresa que el carácter intolerable de la norma se debe a su inadaptación a las condiciones vigentes, como sería el caso de los individuos que experimentan una especie de “auto-represión creciente” a raíz de una experiencia de pérdida de estatus. Más que eso, piensa el autor que quizás dicha modalidad de anomia sería la expresión misma del fatalismo, que según Brezina (2000) contribuye para la delincuencia ya que ésta, según evidencias empíricas, posibilita el alivio de la experiencia del fatalismo.

Para Blanco y Díaz (2007), el fatalismo consistiría en un esquema cognitivo definido por la resignación hacia un destino considerado inexorable. Sea de tipo colectivista (actitud sumisa y conformada frente a un orden normativo rígido) o de tipo individualista (estrategia de adaptación frente a un orden social plagado de riesgos e incertidumbres o a consecuencia del aislamiento social por la pérdida de sentido de comunidad), lo cierto es que dicho fenómeno psicosocial

desemboca en la pérdida de protagonismo y autonomía de los sujetos de cara a decidir y cambiar el rumbo de sus vidas, lo que, siguiendo a Sawaia (2001), podría interpretarse como la expresión real de la pérdida de potencia de acción.

Efectos totalmente opuestos a ello produce la participación social, que ejerce de catalizador del cambio social (Maya-Jariego, 2004) y estaría mediada por el sentido de comunidad (Sánchez-Vidal, 2009), definido como un sentimiento de pertenencia a una colectividad mayor, de ser parte significativa de una red preconstituida de apoyo mutuo (Sarason, 1974), un sentimiento de que las necesidades de los miembros podrán ser atendidas porque predomina un fuerte sentido de cooperación en el grupo (MacMillan y Chavis, 1986).

También el empoderamiento tiene incidencia en el cambio social y consiste en un mecanismo o proceso por medio del cual individuos y comunidades adquieren control sobre sus asuntos, sobre sus cuestiones vitales (Rappaport, 1987). Es un concepto que evoca tanto la autodeterminación de los sujetos de cara a crear su propia suerte como la participación democrática en la vida de la comunidad; en otras palabras, evoca un sentido de control personal con influencia social, poder político y lucha por derechos (Rappaport, 1987). Posee naturaleza integradora y generadora de puentes, uniendo personas en pro de la superación de las circunstancias y condiciones de opresión y marginalización (Maton, 2008). Vincúlase estrechamente con el sentido de comunidad, la participación social y la autoeficacia (Maton, 2008), una vez que el empoderamiento tiene carácter relacional (establece y se establece en ambientes de sólidas redes interpersonales e intergrupales), produce impactos externos de mejoramiento comunitario y cambios políticos, e impactos internos asociados a la identificación de destrezas y fortaleza para afrontar con éxito situaciones aflictivas (sentido o expectativa de

eficacia personal; Bandura, 1977). A su vez, el concepto de autoeficacia, además de verse reflejado en los impactos internos del empoderamiento, está íntimamente conectado al de agencia personal (Galindo y Ardila, 2012; Pick et al., 2007), que conforme Sen (2001) se refiere al potencial de expansión de las capacidades humanas, lo que permite la superación de la pobreza (entendida en términos de bloqueo de las capacidades o potencialidades individuales o grupales), la superación de la privación de la vida que las personas realmente pueden llevar y la superación de privación de las libertades que ellas efectivamente tienen; agencia tiene que ver con autonomía, con el grado de libertad que cada sujeto dispone para desarrollar y lograr los objetivos y valores que considera importante como ente responsable por su bienestar (Sen, 1985); agencia indica “la capacidad de predicción y control que la persona tiene sobre las elecciones, decisiones y acciones de las cuales es responsable” (Pick et al., 2007, p. 296); “la agencia es un proceso interno que se define como empoderamiento cuando empieza a impactar al contexto” (Pick et al., 2007, p. 299).

Lo anterior justifica la elección de las variables que van a componer los análisis de este trabajo: anomia, fatalismo, bienestar social, satisfacción vital, participación social, sentido de comunidad, eventos vitales estresantes, autoeficacia y empoderamiento. La idea es constatar empíricamente las disyunciones y disrupciones que determinados procesos macrosociales están produciendo en la esfera meso y microsocial de las interacciones humanas. En este sentido, observar el crimen bajo la perspectiva de las referidas variables lejos de armar la etiología de dicho fenómeno lo que pretende es denunciar un escenario de perversidad masiva y creciente, que acumula riquezas a expensas de erosionar tejido social, ampliar esquemas “invisibles” de servidumbres y desechar seres humanos. Si por un lado se puede afirmar que el sistema punitivo

es selectivo en su labor de definir el delito y el delincuente, de modo a dar cuenta de disciplinar a los seres sobrantes del sistema capitalista (Malaguti-Batista, 2011), por otro lado, y no en sentido opuesto, la delincuencia puede quizás ser interpretada como una vía hacia la constitución de una especie de “comunidad de resistencia”. Respecto al primer abordaje, afortunadamente abundan los estudios de tipo político-criminales volcados hacia su demostración; sin embargo, no se puede decir lo mismo sobre el segundo abordaje. Esto es lo que pretende hacer este trabajo, y ésta es posiblemente la relevancia de su contribución.

Finalmente, antes de que se dé por inaugurada esta tesis doctoral, es importante registrar que el presente trabajo reúne conceptos oriundos de teorías o enfoques teóricos pertenecientes a muy diversas corrientes de pensamiento, pero que evidencian una intersección al poner el foco de sus observaciones en la fuerza de la determinación social de las conciencias e interacciones humanas. El abordaje caleidoscópico utilizado para construir este trabajo no es del orden del acaso, sino que adviene de la necesidad consciente de buscar caminos plurales para acercarse lo más comprensivamente posible a un fenómeno polifacético como lo es el delito, sobre todo cuando se pretende, como es el caso, llamar la atención para su dimensión política, que suele quedarse al margen de la siempre preferida dimensión individual, cuando no es del todo olvidada o negada. Por otra parte, dicho sea de paso la metodología elegida para el estudio empírico aquí realizado (análisis cuantitativo) no suele ser la utilizada en trabajos académicos que igualmente destacan la dimensión política del crimen; es más, por veces es rechazada, o bien por rechazo mismo al empirismo científico o en pro del uso de la metodología cualitativa, que se considera ser la más adecuada para dar voz a los sujetos, especialmente cuando estos sujetos se encuentran en situación de opresión. Sin embargo, dos cosas hay que señalar: primero, que el menoscabo o

repudio hacia el uso del método científico, pese a la respetable y admirable carga crítica que conlleva, ha dado cabida a que las corrientes críticas de la Criminología, por ejemplo, hayan sido juzgadas como meramente ideológicas, especulativas o voluntaristas (Serrano-Maíllo, 2009), lo que termina generando problemas de orden práctico cuanto a que sus potentes e importantes contenidos sean absorbidos y tomados en serio por la sociedad en general; segundo, no debe existir jerarquías entre las metodologías de obtención y análisis empírico de datos, puesto que todas y cada una de ellas sirven, a su manera, para palpar la realidad social y escuchar a sus actores, de manera que quizás lo único cierto es que es la postura del investigador lo que va a definir si los sujetos van o no van a tener voz en un estudio social, dependiendo del panorama que tenga o no pretensión de revelar. Y teniendo en cuenta todo ello, se optó por construir este trabajo de modo que pueda servir como un puente hacia el diálogo indispensable entre múltiples tradiciones teóricas y de investigación capaces de integrarse en una zona de interlocución a partir de la cual se pueda materializar la lucha cotidiana y concreta por la destitución de estructuras de poder potencialmente productoras de opresión, que están ampliando enormemente su capacidad de penetrar y destruir en tanto que se están haciendo día tras día increíblemente volátiles y camaleónicas.

PRIMERA PARTE: MARCO TEÓRICO

Capítulo 1: Los comportamientos delictivos

Una posible forma de definir el delito, acorde con Serrano-Maíllo (2012), sería considerarlo como “toda infracción de normas sociales recogidas en las leyes penales que tienda a ser perseguida oficialmente en caso de ser descubierta” (p. 77). No obstante, para Baratta (2002) las normas de derecho penal son elaboradas y aplicadas selectivamente, y dicha selectividad del sistema penal/punitivo refleja la desigualdad social existente en las sociedades capitalistas a la vez que sirve como instrumento de producción y reproducción de relaciones sociales de desigualdad y subordinación, conteniendo al ejército industrial de reserva por medio del proceso de criminalización, legitimando la marginación en una estructura vertical de sociedad y operando como esquema ideológico de socialización sustitutiva que cumple una función en el proceso de valorización del capital.

Baratta (2002) recuerda que el concepto de desviación no se resume a una acepción negativa - a la cual suele estar asociada el delito -, sino que carga consigo un cariz positivo que tiene que ver con la noción de diversidad. En este sentido, sostiene el autor que la diferencia entre sociedades igualitarias y sociedades desiguales radica en que éstas temen y reprimen lo diverso a fin de conservar la asimetría y el poder alienado, inflando así las definiciones negativas de la desviación, mientras aquellas se ocupan de garantizar el máximo espacio al desarrollo de la multiplicidad. Las sociedades igualitarias, según Baratta (2002), consideran que la libertad, en tanto que expresión más amplia de la individualidad de cada sujeto, en tanto que posibilidad real de contribución creativa y crítica de cada individuo a la construcción de una riqueza comunal en

“una sociedad de “libres productores” en donde los hombres no son disciplinados como portadores de papeles sino que son respetados como portadores de capacidades y necesidades positivas” (p. 208; traducción propia), es lo que garantiza la igualdad.

Comenta Hulsman (2004) que los discursos convencionales sobre el crimen, al considerar la existencia de eventos criminales *per se*, generan y fomentan la equivocada creencia de que la diferencia entre éstos y los eventos no criminales yace en la naturaleza excepcional de la conducta practicada por una categoría especial de personas, lo que culmina en la justificación de que se reaccione hacia estos sujetos de un modo diferenciado; en otras palabras, importa menos comprender qué puede haber sucedido para que se llegara a la situación problemática e importa menos todavía movilizar recursos en la comunidad para restituir de modo emancipatorio el equilibrio roto, cuando lo que realmente importa es tratar el trastorno del desviado, purgar sus pecados, inmolar al culpable.

Hillyard y Tombs (2013) también hacen hincapié en que el crimen no tiene realidad ontológica ni características intrínsecas: “crímenes y criminales son acontecimientos y personajes ficticios en el sentido de requerir ser contruidos antes de que puedan existir” (p. 176). Advierten los autores que, si se pensara el crimen en términos de daño social, sería entonces posible reconocer que “la ley penal fracasa en captar las formas más perjudiciales y dominantes de daño” (p. 177), puesto que el proceso de criminalización consiste en una decisión política. Dicha decisión, además, sirve para ocultar “conflictos en la vida económica alrededor de las diferencias de riqueza y en las oportunidades de vida” (Hillyard y Tombs, 2013, p. 190), así como el fracaso en el enfrentamiento estatal adecuado de los problemas sociales (o la falta de interés por hacerlo e incluso la responsabilidad por reproducirlos). Disimula también los factores

estructurales y no individuales que constituyen el trasfondo de las disensiones entre individuos y entre grupos de individuos en condiciones o situaciones crónicas y asimétricas, bien como la existencia de una “comunidad perjudicada” en tanto que “grupos de personas en cualquier forma de colectividad que son física o financieramente perjudicadas por cualquier medio” (Hillyard y Tombs, 2013, p. 184)⁹.

Teniendo en cuenta las reflexiones presentadas, y siguiendo particularmente una exhortación declarada por Hillyard y Tombs (2013) que representa bastante bien todo lo preliminarmente puesto en cuestión, se buscará en este trabajo aproximarse al crimen sin tomarlo como un objeto de estudio en si mismo, con vistas a cosificarlo y arreglarlo, pero observándolo como un espacio de lucha, de disputa de intereses (control social por un lado, y medio de oposición hacia la opresión por el otro), de gobierno de las conductas, un espacio donde toda suerte de exclusiones sociales explotan y se desvelan. Y para lograrlo, la interdisciplinariedad conducirá de forma preeminente los análisis, lo que se podrá constatar claramente a continuación, en que a partir de investigar brevemente algunos enfoques sobre la desviación y el delito desde la Antropología Social, la Psicología Social, la Sociología y la Criminología, han sido construidas y serán presentadas las hipótesis generales del presente estudio.¹⁰

⁹ Hillyard y Tombs (2013) comentan que hay sucesos que producen daños extensos y profundos, que además afectan especialmente a personas ya socialmente débiles, que sin embargo no figuran como delito en las leyes penales. Sería el caso, por ejemplo, de eventos catastróficos, desmesuradamente negativos en términos sociales, producidos por la actuación inescrupulosa de las grandes corporaciones, incluso muchas veces con la aquiescencia y colaboración de los Estados.

¹⁰ Si bien se está totalmente de acuerdo con que no es adecuado técnicamente, desde una perspectiva crítica, utilizar términos como “el crimen” o “fenómeno”, por la carga ideológica que soportan en cuanto a producir, como visto, la falsa y problemática noción de que posee naturaleza ontológica, que consiste en algo unitario y aberrante, practicado por personas anormales que necesitan ser tratadas y castigadas para recuperar el derecho de volver a pertenecer al grupo social, aún así se les va a emplear en este trabajo por una razón de carácter táctico de acercarse a las construcciones sociales dominantes sobre el tema pero no para legitimarlas sino subvertirlas a través de poner el foco en otras dimensiones menos exploradas.

1.1. Enfoques desde la Antropología Social

La mirada antropológica permite relativizar los comportamientos, entender sus significados dentro del contexto intersubjetivo donde se producen. Laraia (2001) ilustra de manera interesante este relativismo al poner en tela de juicio la naturalización de comportamientos tales como el instinto de conservación o supervivencia, el instinto materno, el instinto filial y el instinto sexual: si de instinto se tratara y no de patrones culturales, ¿cómo explicar los kamikazes japoneses de la Segunda Guerra Mundial, o los indígenas americanos que en sociedades militares juraban morir en combate para tener un mejor lugar en el más allá?; ¿cómo explicar la frecuencia del infanticidio en diversos grupos humanos, o la obligación religiosa que hacía que las mujeres de las tribus Tupí de Brasil mataran todos sus hijos que nacieran tras el tercero?; ¿cómo explicar la actitud de los esquimales, que llevaban a sus padres a las planicies heladas para ser devorados por los osos a fin de inmortalizarlos en espíritu?; y finalmente ¿cómo explicar los muchos casos de adolescentes que habiendo nacido en contextos puritanos desconocían por completo el sexo?

La Antropología Social, según Velho (2003), opera en un nivel estratégico que contribuye a indagar en la intersubjetividad y así romper con la discontinuidad arbitraria entre lo psicológico y lo social: si bien este área del conocimiento parte de categorías sociológicas más amplias, al estar en contacto directo y permanente con grupos de individuos concretos que son auténticos personajes de sus obras vitales cotidianas, “cargados de densidad existencial” (p. 26, traducción propia), consigue explicitar la relación interactiva que existe entre ambas categorías a través de estudiar la cultura, que consistiría en un lenguaje de signos y símbolos que nunca es totalmente cerrado. En este sentido, para el autor, pese a que existan programaciones de comportamiento

también hay áreas de significado abierto o márgenes de maniobra desde donde pueden surgir comportamientos divergentes y contradictorios que pueden incluso llegar a destruir un “estilo de vida”, un “orden social” o un “equilibrio cultural” y cambiar así los rumbos de la especie.

Para la Antropología Social entonces, acorde con Velho (2003), lo que se considera desvío en general o delito en particular no sería una cuestión de inadaptación cultural sino un problema político vinculado a una problemática de identidad. A fin de aclarar mejor lo dicho, el autor explica que las tensiones forman parte de la propia naturaleza de la cultura, en la medida en que la definición de las reglas y estándares de comportamiento es producto de relaciones de poder entre sujetos de comportamientos muy variados que ocupan posiciones muy diversas en una estructura social. Sobre eso, hay que agregar la afirmación de Laraia (2001) sobre que la participación de los individuos en sus culturas es siempre limitada, sea en sociedades complejas o en las más sencillas. Velho (2003) explica también que toda definición de patrones implica la creación de fronteras, lo que por un lado hace que los que se sitúen dentro de la zona demarcada desarrollen un sentido ordenado de sus propias identidades en base a lo establecido y por otro define a qué y a quién se le va a poner la etiqueta de desviado o transgresor, así como las sanciones que les serán impuestas. Eso significa que el desvío no es una calidad del acto social per se sino una consecuencia de dicho proceso de demarcación de zonas - es decir, de definición de patrones, reglas, estándares, papeles, infracciones y sanciones - que es selectivo y potencialmente estigmatizador, así como es consecuencia de lecturas divergentes que los sujetos hacen en circunstancias muy específicas de determinados códigos que políticamente lograron imponerse en el grupo social al que pertenecen, de modo que el desvío debería más bien ser contextualizado en un confronto entre acusadores y acusados (Velho, 2003).

1.2. Enfoques desde la Psicología Social

La Psicología Social, desde la perspectiva del interaccionismo simbólico crítico de Lindesmith, Strauss y Denzin (2006), se caracteriza por su esencia interdisciplinaria, tratándose de un campo del saber ubicado entre la sociología, la psicología, la antropología, la historia y la literatura, que produce conocimiento sobre la vida social cotidiana de los sujetos de las sociedades capitalistas avanzadas con vistas a deslindar cómo estructuran sus narrativas vitales, cómo realizan en conjunto las más variadas actividades (desde hacer la comida, tomar clases o jugar, hasta hacer protestas colectivas) y cómo desarrollan sus identidades sociales e individuales mediante el uso del lenguaje y bajo la influencia de factores tales como el orden social, la edad, la etnia, el trabajo, el género y la nacionalidad, por ejemplo.

Por supuesto que los seres humanos definen y crean sus propias experiencias, pero las situaciones en que esas experiencias ocurren y el significado de esas experiencias vienen con frecuencia dados por adelantado por las instituciones sociales, culturales, políticas y económicas de la sociedad. Los psicólogos sociales estudiamos la interpelación entre las vidas sexuadas y las estructuras sociales, así como también la interrelación entre biografías, constricciones personales y sociales, y el orden social. (Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006, p. 5).

De esta suerte, defienden Lindesmith, Strauss y Denzin (2006) la existencia de una “imaginación psicosociológica” preocupada con la comprensión de cómo el contexto histórico en sentido amplio es capaz de penetrar las vidas de la gente y configurar las experiencias vividas, y,

por otra parte, cómo los seres humanos dotan de significado las situaciones sociales que moldean sus conductas. Aclaran los autores que

El término *simbólico* en la expresión *interaccionismo simbólico* hace referencia a los fundamentos lingüísticos subyacentes en la vida humana, mientras que la palabra *interacción* se refiere al hecho de que la gente no *actúa hacia* sino que *interactúa con* los demás. (...). Éste énfasis en el proceso sitúa al interaccionismo simbólico al margen de otras perspectivas que ponen el énfasis en lo fijo, lo estático (...). (...). Las personas son tanto objeto como sujetos para sí mismas. El pensamiento interaccionista simbólico ha acabado con la división entre un mundo de experiencia subjetivo y un mundo de experiencia objetivo. El mundo está en la persona como la persona está en el mundo. (...). (...) la persona, el mundo, la situación y la autoconciencia interactúan, se interpenetran y se sumergen unos en otros en una síntesis de ser, acción, sentido y conciencia. (Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006, pp. 18-19).

Remarcan Lindesmith, Strauss y Denzin (2006) que los procesos de interacción son situados, temporales, emocionales, biográficos y suceden a base de actividades de interpretación y negociación. Los autores explican que el objeto central de negociación en los procesos de interacción son las identidades personales, circunstanciales y sociales, que a su vez son formas del “sí mismo” que se construyen, se nutren y se afianzan en la situación misma de interacción y pasan a formar parte de las biografías de las personas. Dichas formas del “sí mismo”, según los autores, corresponden a los siguientes estratos: 1) fenomenológico, relativo al “flujo interno de conciencia de la persona en una situación social” (p. 19); 2) interactivo, que se trata de “la

identidad que es presentada y desempeñada ante los demás en secuencias concretas de acción” (ídem); 3) lingüístico, que sería “la identidad que llena los pronombres personales vacíos (...) de significados personales, biográficos y emocionales” (ídem); 4) material, que consiste tanto en “aquello que la persona considera suyo en un momento dado” (ídem) como también en todo aquello que se negocia en la interacción, lo que dicho de otro modo sería lo que “se convierte en mercancía en las relaciones de intercambio en que la persona entra” (ídem); 5) ideológico, que “comprende los grandes significados culturales e históricos que configuran la definición de un individuo en situaciones grupales o sociales determinadas” (ídem); 6) relativo al deseo, que radica en la “experiencia erótica y de género que relaciona a la persona con los demás” (ídem).

Todo ello confluye hacia cómo los seres humanos dan sentido a sus experiencias, cómo producen versiones situacionales de la sociedad, cómo quedan constreñidos por las edificaciones que erigen y las que heredan del pasado, e incluso hacia cómo se arman y circulan en la sociedad sistemas de poder que ayudan a regular la producción de cuerpos y personas desviadas, siguiendo el razonamiento de Lindesmith, Strauss y Denzin (2006). A la luz de estas consideraciones, dichos autores llaman la atención a la articulación por parte de los medios de comunicación masivos de versiones ideológicas peculiares de género, etnicidad, raza, representaciones del amor, la felicidad, la intimidad, el trabajo, la desviación, maneras de mirar, de ser y de actuar. También señalan que el capitalismo tardomoderno perpetúa su control hegemónico obrando como una “cinta de goma” sobre la cultura popular, sobre los espacios que rodean y definen el orden interactivo (Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006). No obstante, afirman que “separar el ‘sí mismo’ del proceso de interacción es crear una perspectiva de la conducta

humana vacía y mecanicista” (Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006, p. 419) que no ayuda a entender cómo efectivamente la interacción puede estar influida por reglas que los interactuantes pueden estar siguiendo en situaciones cotidianas en las que se pone en marcha el proceso de negociación.

En este diapasón, Lindesmith, Strauss y Denzin (2006) informan que los intereses personales se coordinan con los requerimientos sociales por medio del compromiso: “(...) las personas encuentran su autorrealización, su forma de expresión y un sentido de identidad y valía personal principalmente mediante su compromiso con diversos tipos de grupos y con los criterios de esos grupos” (p. 456). El sentido de implicación y pertenencia social, el sentimiento de que el grupo es algo así como un despliegue de uno a la vez que uno es también una especie de prolongación del grupo, la interiorización de los valores y reglas comunales como personales, son dinámicas de solidaridad moral que se desarrollan en contextos de negociación en los cuales sujeto y grupo pactan lo que se puede ofrecer/recibir mutuamente en términos conductuales y emocionales, lo que a la vez contribuye tanto a una perspectiva grupal estable como a la nutrición de los sentidos del “sí mismo” (Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006). Sin embargo, indican Lindesmith, Strauss y Denzin (2006) que lo más habitual es que momentos de compromiso e implicación sean seguidos por periodos de descompromiso, distanciamiento y separación dadas las constantes tensiones entre las demandas del grupo y las de los individuos.

Lo último suscita múltiples reflexiones, pero la que se va a poner de relieve aquí se refiere a una dialéctica de la exclusión que se ha podido capturar de los análisis de Broncano (2013). El autor defiende, con base en Goffman y Lukács, que “el conflicto originario de la exclusión debida al estigma es el motor básico de los imaginarios de la identidad” (p. 219).

Primeramente, es necesario dilucidar que los estigmas, que pueden variar de cultura a cultura y en distintos momentos históricos, son signos físicos significantes de exclusión que producen sesgos en una comunidad en la atribución causal a cada uno de los actos producidos o en los que participan aquellos individuos que reciben tal sello, terminando por producirles un daño de no reconocimiento en el espacio comunitario cuando se descubren marginados ante la mirada discriminatoria de los demás (Broncano, 2013). El fracaso en el reconocimiento imposibilita el esquema de transacción arriba mencionado, obstaculizando el compromiso que, según Broncano (2013), hila identidad con agencia y nivela el débil equilibrio que hay entre la dependencia y la autonomía en los sujetos.

Broncano (2013) sostiene que la identidad, sea personal o colectiva, tiene una constitución narrativa: es un relato polifónico (conjuga las voces internas con las voces de un otro en segunda y en tercera persona), contingente, histórico, que parte de un imaginario, que debe recorrerse como un sendero en donde cualquier suceso puede abrir bifurcaciones, nuevas sendas, y que por lo tanto es frágil y que, además, no vuelve nunca a una condición anterior. Asimismo, el autor considera que la identidad (personal y colectiva) es el resultado de un proceso que persigue acercarse lo más posible a un completo desarrollo de la agencia, proceso que consistiría en ejercicios de posibilidad, iniciadores de un nuevo y auténtico orden causal, allí donde solo hay necesidad.

Bajo condiciones de exclusión, aclara Broncano (2013) que el imaginario operaría en el proceso de conquista de la identidad elaborando discursos de movilización y legitimación con vistas a re-crear nuevos lazos de dependencia capaces de generar el reconocimiento negado por el estigma para, de este modo, intentar instaurar la inclusión. En la dinámica aludida, se extrae de

Broncano (2013) que podrían ponerse en marcha dos tipos de procesamiento: todo empezaría con el descubrimiento de estar bajo condición de estigma y luego, o bien el estigma sería internalizado como una especie de “mala suerte ontológica” o incluso un castigo (naturalización del estigma), o bien se caminaría hacia la toma de conciencia de que dicho sello es compartido por un grupo y que a uno se lo han adjudicado exactamente por su pertenencia a él, lo que a la vez conduciría al entendimiento de la condición histórica y contextual del estigma en formaciones sociales particulares (idea de conciencia de clase; no naturalización del estigma).

En el caso de la naturalización del estigma, aunque los individuos logren identificar que forman parte de un conjunto de personas excluidas, a consecuencia de creer en explicaciones causales que justifican su condición actual seguirán manteniendo la conciencia de estar atados a sus sins y no serán capaces de imaginar la construcción de porvenires distintos, como mucho desarrollarán imaginarios con mera capacidad de movilización motivacional vinculados, por ejemplo, a la creencia de que las asperezas del momento presente son artificiales y que existe una “naturaleza” originaria con características contrarias a la cual será posible acceder en algún momento (Broncano, 2013). Ello se asemeja mucho a la ensoñación religiosa sobre el paraíso. Por otro lado, se desprende de Broncano (2013) que la naturalización del estigma puede también desencadenar una movilización de ocultación del estigma, algo que se va a interpretar como un mecanismo de búsqueda de reconocimiento por la vía de la disociación: en un esfuerzo por liberarse del sello que han recibido a raíz de pertenecer a un grupo socialmente marginado, algunos individuos pasan a esforzarse individualmente por diferenciarse de los demás de su grupo a través de disfrazarse con los símbolos pertenecientes al horizonte normativo dominante.

Ya en el caso de la conciencia de clase el imaginario actúa elaborando relatos que posibilitan a los sujetos el plantarse frente al otro con pretensiones de reconocimiento y legitimidad, “pues no es la superación del estigma lo que convierte a los colectivos en sujetos, sino el establecimiento de políticas de resistencia que suponen la activa contribución de la autoconciencia de pertenencia al grupo” (Broncano, 2013, p. 221). La constitución de la identidad social, remarca Broncano (2013), tiene la importancia de asignar en los sujetos individuales la conciencia y la práctica de pertenencia al sujeto colectivo en su historia reivindicativa, más allá del abanico de posibilidades que se abra después, que podrán variar desde negociaciones de identidad o luchas por reconocimiento hasta esquemas de fundamentalismo, pero que a su vez dependerán ya de las conyunturas histórico-culturales en que se desplieguen las dinámicas de grupo.

Queda evidente que en la aceptación del estigma los sujetos no logran reconocimiento. Comparten existencia bajo una atmósfera de fatalismo y desarrollan creencias que atenúen el peso de vivir en el vacío del no reconocimiento. En el ocultamiento del estigma, el “pasar por” hace que los sujetos dependan constantemente de la autoridad de reconocimiento de aquellos ante los cuales actúan (Broncano, 2013) - es decir, el otro externo pero también el otro interno (el uno mismo como otro) - para intentar situarse en un bosquejo de trama narrativa que desean armar en sus vidas. En la conciencia de clase la identidad de los sujetos se convierte en una narrativa con potencia de acción porque, al movilizarse por legitimar su reconocimiento ante los demás, los sujetos buscan dar sentido a sus actos a partir de la lucha por la ampliación del espectro de posibilidades de ser y estar en el mundo. Es por esa razón que Broncano (2013) asocia identidad con agencia, que es lo que permite a los sujetos moverse en el espacio social, y

además hace hincapié en el componente material de la dialéctica poder-reconocimiento presente en los esquemas vitales, como se puede ver al detalle en el trecho a continuación:

Pero las dialécticas del reconocimiento son también y sobre todo dinámicas materiales. Las estrategias que permiten moverse en el espacio social a través de las sendas narrativas en las que discurre la identidad, en extrañamientos y reconciliaciones consigo, en la niebla de la opacidad y la luz de la agencia, son estrategias de manipulación semiótica del mundo. Semiótica: pero manipulación. La agencia consiste precisamente en la manipulación del medio; y su relación con la identidad estriba en que la manipulación es sobre todo manipulación de posibilidades en las que se proyecta la imaginación creadora. El mundo se convierte en “manipulable” porque antes se convirtió en un espacio de lo posible. Y las capacidades de manipulación definen la microfísica del poder. (p. 252).

Este trabajo, al proponerse pensar el delito en su relación con el fatalismo y la satisfacción vital, el empoderamiento y la autoeficacia (entendidas respectivamente como agencia colectiva e individual), el sentido de comunidad y la participación sociopolítica, la anomia y el bienestar social, lo que pretende hacer es verificar la siguiente primera hipótesis general: de estar el crimen operando como una especie de núcleo a partir del cual sucedería un ensamblaje de fragmentos de narración potenciador de la constitución de una narrativa vital que contribuya a la percepción de alguna coherencia identitaria a nivel personal y colectivo y que a la vez posibilite la amplificación del potencial de agencia, que garantice una mayor autoridad de apropiación de la propia experiencia y que por consiguiente alce a los sujetos a las dinámicas de reconocimiento y negociación, dotándoles así de mayor capacidad de manipulación del medio en

el que viven, de autocontrol sobre las propias trayectorias. Ante la idea de una posmodernidad como terreno fértil para el crecimiento de las desigualdades sociales e infecundo para el florecimiento del imaginario productor de conciencia de clase, lo que por ende asfixia el desarrollo de la agencia pese a las promesas de plena realización personal, una posmodernidad en donde, acorde con de Sennett (2000), se disuelven los vínculos de confianza y compromiso, produciendo una desorientación en los sujetos, entonces sería aceptable considerar que el crimen podría desempeñar una función de motor de resistencia hacia una pérdida de rumbo inevitable. Es lo que se va a verificar empíricamente en la segunda parte de este trabajo, que aunque utilice una metodología de investigación (cuantitativa) rechazada por los interaccionistas simbólicos, sí parece haber armado, en términos concretos, un adecuado panorama de la problemática en cuestión, ofreciendo a la comunidad científica un corpus robusto para seguir avanzando, en lo que atañe a las consecuencias perniciosas de la posmodernidad, en el análisis de la estructura narrativa del discurso de los sujetos en general, y particularmente de aquellos considerados delincuentes, a través del uso, por ejemplo, de la metodología cualitativa de estudio de las historias de vida.

1.3. Enfoques desde la Sociología

Sassen (2011), en una entrevista en la que comentaba la actual crisis financiera mundial y el neoliberalismo, trajo a la luz la siguiente reflexión: “En Estados Unidos hay siete millones de personas, la gran mayoría jóvenes, en prisiones. (...). Algunos de ellos son auténticos asesinos - y mejor que estén en prisión - pero la gran mayoría no. La gran mayoría han sido expulsados”.

Bajo su concepto de expulsión, Sassen (2015) reúne severos y variopintos procesos y condiciones que cubren todo el globo (pese las variaciones de monta, carácter, contenido y lugar), atraviesan estratos sociales y condiciones físicas diversas, vienen sucediendo desde hace mucho tiempo (pero ahora en una escala descomunal) aunque algunas sean de tipo nuevo, y que se tratarían concretamente de ejemplos tan reales como los siguientes: la repugnante miseria en el mundo; la destitución laboral y habitacional de millones de campesinos en países pobres en consecuencia de la adquisición de 220 millones de hectáreas de tierras por parte de inversores y gobiernos extranjeros desde el año 2006; el empobrecimiento de las clases medias en países ricos; las prácticas mineras destructivas en países tan distintos como Rusia y Estados Unidos; el desplazamiento y almacenamiento de miles de seres humanos en campos de refugiados formales o informales; los innúmeros hombres y mujeres en buena condición física desempleados y arrinconados en guetos y barrios miserables; los grupos convertidos en minorías que están amontonados en cárceles en países ricos; el desahucio de cerca de 9 millones de familias de Estados Unidos cuyas hipotecas fueron ejecutadas en una profunda crisis de la vivienda que duró no más que diez años; etc.

En un exhaustivo análisis sobre lo que considera estar pasando en el mundo desde la década de los ochenta independientemente del sistema político vigente o el nivel de PIB de los países, Sassen (2015) interpreta los fenómenos sociales, políticos y ambientales contemporáneos bajo lo que entiende tratarse de una lógica de extracción predatoria (para la cual, señala, la globalización y el capitalismo estarían operando como un puente), que termina por disolver el tejido urbano y la vida en comunidad, transformando espacios en áreas muertas y generando toda suerte de expulsiones. Es importante resaltar que, a diferencia del concepto de desigualdad

social, la noción de expulsión contempla la idea de “arrojar hacia fuera”, de “hacer desaparecer”, de “producir masivamente *outsiders*”.

En el circuito del actual capitalismo avanzado dominado por las altas finanzas (y su lógica de extracción predatoria), aquellos que antes podrían funcionar como trabajadores y consumidores - en especial la clase obrera luchadora y la vasta clase media - ahora pasan a integrar una dinámica de ganadores y perdedores cuya esencia contrarresta la distribución de los beneficios económicos y sociales (Sassen, 2013). Pese a la brutalidad con que suceden, dichos procesos de expulsión conviven con el crecimiento económico (medido en sus formas tradicionales), lo que incrementa la invisibilidad de los expulsados y termina por frenar los movimientos de resistencia a la opresión (Sassen, 2014).

Robinson (2013) pone el énfasis en que los esfuerzos del capitalismo global van en sentido de aislar y neutralizar las reales o potenciales rebeliones a través de la criminalización: es un imperativo estructural, de mantenimiento propio del sistema, cuya política económica genera una inmensa inequidad y una enorme población sobrante que jamás será incorporada. En este sentido, el encarcelamiento masivo, la creación de complejos penitenciarios industriales, la vigilancia policial generalizada, bien como las campañas ideológicas pensadas para generar seducción y pasividad hacia una necesidad de consumo baladí, ordinaria y fantasiosa, serían algunos de los mecanismos de exclusión coercitiva utilizados por el “*policing global capitalism*”, según el autor.

Wacquant (2012) advierte a que es precisamente la creación de un estado penal creciente lo que distingue el neoliberalismo del liberalismo clásico. Sostiene que “el neoliberalismo no es un régimen económico sino un proyecto político de creación de un estado capaz de poner el

“workfare” disciplinario, el “prisonfare” neutralizador y la “responsabilidad individual” al servicio de la mercantilización”. El autor llama de “*workfare*” a los programas de ayuda social pública que conceden beneficios a los sujetos pertenecientes a capas desposeídas, pero no a todos sino solamente a aquellos que estén sometidos a trabajos de baja remuneración o demuestren estar comprometidos con la búsqueda permanente de empleo y la realización de cursos de formación profesional. El “*workfare*”, por lo tanto, refiérese a un beneficio personal condicionado, mientras que el “*welfare*”, sin embargo, consistía en un derecho indiscutible a la asistencia (Wacquant, 2012a). Con la reforma del bienestar social (“*welfare*”), los recortes en los programas destinados a los pobres han sido acompañados del aumento de las exigencias para la realización de las concesiones, lo que les ha convertido en instrumentos de vigilancia y control (Wacquant, 2001). El “*prisonfare*”, según Wacquant (2012), serían las acciones estatales de criminalización de la pobreza, en donde los sujetos que habitan el interior o las afueras de los vecindarios marginalizados (que es donde se aglomera el proletariado postindustrial) figuran como los blancos de una ingeniería penal cada vez más vigilante y punitiva. Sobre la “responsabilidad individual”, el autor (Wacquant, 2012a) considera que la retórica y las políticas públicas que operan basadas en ello lo que en realidad intentan hacer es desviar la atención de cuestiones tales como la precarización del trabajo y sus graves consecuencias sobre las oportunidades y estrategias de vida del proletariado postindustrial.

Merece destaque la observación de Wacquant (2012) sobre el hecho de que justo cuando Estados Unidos, Reino Unido y Chile empezaron a emprender un giro desde una política por él nombrada de “clientelar-solidaria” - relativa a la existencia de un contrato social por medio del cual el estado compensa las deficiencias estructurales del sistema económico con políticas

bienestaristas que cimientan el ensamblaje de la producción industrial estandarizada y el consumo masivo (Wacquant, 2001) - hacia una política neoliberal (lo que sucedió entre las décadas de 70 y 90), no por casualidad dichos países igualmente se han convertido en grandes encarceladores. La policía, los tribunales y la cárcel serían, pues, en expresiones del autor (2012; 2012a), las “capacidades políticas centrales” de los estados neoliberales, a través de las cuales el espacio físico es administrado, el espacio social es seccionado/amputado, la soberanía estatal es personificada en el ámbito doméstico y las divisiones simbólicas son escenificadas (a partir de la escisión entre el “nosotros” - las familias trabajadoras y cumplidoras de la ley - y “ellos” - las clases bajas repugnantes).

Destacando la denigración simbólica del lugar como uno de los rasgos distintivos de la marginalidad urbana coetánea¹¹, Wacquant (2012b) pone al descubierto el proceso de formación de reductos de destitución y sus consecuencias: puesto en marcha por los estados neoliberales, lleva una zona a ser “presentada como un purgatorio urbano para los desechos de la sociedad” (Wacquant, 2012b, p.135), fomenta estrategias de distanciamiento¹² y huida de los residentes, genera inhibiciones en los inversores económicos, crea las condiciones para que suceda el trato discriminatorio por parte de las agencias estatales, culminando todo ello en el debilitamiento del tejido social local y la producción de anomia y desintegración. El perecimiento del sentido de comunidad, de los lazos comunitarios con base territorial, que caracterizaba a los vecindarios obreros por ofrecerles una especie de protección contra las inseguridades y presiones externas, termina autoalimentando una desbandada hacia la “esfera de

¹¹ O “marginalidad avanzada”; nutrida, además, por el retroceso del estado del bienestar y la fragmentación del trabajo asalariado. (Wacquant, 2012b)

¹² “No soy como ellos” (Wacquant, 2001, p.179) o “no quiero ser uno de ellos”.

consumo privatizado”, generando espacios huecos que pasan a llenarse de conflicto y competencia, reforzando aun más las mencionadas estrategias de distanciamiento y minando por completo la solidaridad local (Wacquant, 2001).

Cuánto más avanza la economía capitalista remodelada, más amplio y profundo es el alcance de la nueva marginalidad y más concurridas las filas de las personas arrojadas a la agonía de la miseria sin tregua ni remedio, aun cuando caiga el índice oficial de desocupación y aumente el ingreso en el país. (...) Si esta desconexión no se remedia de algún modo, un mayor crecimiento económico generará inevitablemente más dislocación urbana y depresión entre quienes han sido empujados hacia el fondo del orden urbano emergente y están atrapados en él. (Wacquant, 2001, pp.172-173)

Las consecuencias a la psicología colectiva del tipo de conexión que se estableció, frente a todo lo expuesto, entre el entorno y la estructura social, se traducen, según Wacquant (2011), en la aspereza de los lazos interpersonales y la corrosión del yo. Sentimientos de abatimiento, temor y rabia, invisibilidad, desesperación, conductas de alcoholismo y drogadicción, además de malnutrición y obesidad, depresión, dolencias mentales, crecimiento de la economía informal fuertemente asociada a actividades ilegales y un largo etcétera, serían algunos de los síntomas identificados cuando el horizonte de las esperanzas subjetivas se colapsa, cuando las oportunidades objetivas de vida son amputadas, cuando la existencia pasa a ceñirse a la mera subsistencia (Wacquant, 2011). No obstante, pese a que la fabricación de los parias urbanos se de por la maquinaria estatal neoliberal, el tropo de la responsabilidad individual hace creer a cualquiera que son ellos mismos los culpables de su propia situación (Wacquant, 2011). Las

consecuencias de cargar con dicha responsabilidad y, además, soportar el estigma de vivir en distritos considerados verdaderas excrecencias dentro de las metrópolis, madrigueras de desechos humanos (teniendo en cuenta que solamente tal “categoría” de sujetos aguantaría vivir en lugar inhóspito, degenerado y repugnante), suelen tener como desenlace la manifestación de procesos tales como: el repudio a relacionarse con personas del mismo entorno social y la necesidad de poseer cualquier propiedad personal que confiera condición de separación hacia este lugar considerado envilecido y con potencial para envilecer (distanciación mutua); direccionar al propio vecino la mirada censuradora y despectiva que los de afuera se les aplican (denigración lateral); el encierro en una restringida esfera privada y moral hogareña (enajenación); hacer todo lo posible para conseguir los recursos necesarios para abandonar el barrio (Wacquant, 2011). Dichos procesos son, en definitiva, la evidencia empírica de las reflexiones de Broncano (2013) sobre las dinámicas de naturalización del estigma, presentadas en el apartado anterior.

1.4. Enfoques desde la Criminología

Merton (1967), a partir de diagnosticar empíricamente el problema teórico de las principales fuentes de anomia, vinculadas directamente a la estructura social y cultural, ha concentrando sus esfuerzos en concebir sistemáticamente los tipos de respuesta individuales/grupales que se manifestarían ante la presencia de dicho fenómeno, elaborando así una construcción teórica de alcance medio capaz de dar cuenta no sólo de la comprensión de la conducta desviada como también de la conducta conformista. Antes de pasar a la comprensión de los tipos de respuesta sistematizados por el autor, es importante mencionar que Merton (1967) consideraba muy difundida la existencia de la anomia en la modernidad, una vez que para él

sobran evidencias de la alienación de los sujetos, su aislamiento y extrañamiento, que como consecuencia acarrearán una gran necesidad de pertenencia bien como de creer en algo. Eso remite a pensar que si la modernidad ya se veía entonces bastante marcada por la presencia de la anomia, sumamente más extensa y profunda será su existencia en la posmodernidad, teniendo en cuenta que dichas condiciones se intensifican, como se podrá ver en el capítulo siguiente de este trabajo.

La valorización del éxito, según Merton (1967), es más difundida en las sociedades de clases abiertas que en las sociedades donde domina el estatus adscripto. Para el autor, cuando el acento cultural está puesto en el triunfo social, cuando la orientación hacia el ascenso es un valor absoluto y hay todo un sistema de recompensas que apremia las formas de éxito representadas por la riqueza, el reconocimiento y el poder, y todo ello se da en un contexto donde la estructura de oportunidades no es igual para todos, e incluso puede que sea excesivamente desigual, entonces lo que sucede es que los sujetos se vuelven anómicos a consecuencia de vivir en medio a la fastidiosa paradoja, en su sentido potencialmente desestabilizador, de estar en una sociedad que instiga y promete al principio lo que les niega en la realidad. Asimismo, Merton (1967), llama especialmente la atención a que, cuando se proclama el fetichismo del éxito y las altas aspiraciones, la tendencia es que la línea demarcatoria entre las vías legítimas e ilegítimas para la autopromoción se esfumen, una vez que implícitamente lo que pasa a importar por encima de todo es el resultado.

Hecha esta composición de lugar, no nos sorprenderá el descubrimiento de los sociólogos de Cornell de que en las universidades americanas los estudiantes más consagrados al “éxito monetario” y a “progresar el mundo”, sostienen, mucho

más a menudo que los otros, que “no pueden permitirse el lujo de tener remilgos en cuanto a los medios” que utilicen (pp.205-206).

La idea de desviación en Merton (1967) se apoya en que la disyunción entre las metas socialmente establecidas y los medios institucionalmente legitimados para acceder a ello, asociada a una cultura del éxito y la competencia, tiene la capacidad de ejercer una presión sobre los sujetos que termina provocando, bajo determinadas situaciones y condiciones, respuestas diversas de la esperada postura conformista (de aceptación de las metas fijadas y los medios permitidos para lograrlas). Merton (1967) resalta el carácter no rígido de dichas respuestas, es decir, que los sujetos “podrán desviarse de modelos ampliamente aceptados en una parte de sus actividades, conformarse en otras y vacilar entre esas respuestas, a no ser que estén envueltos en procesos de represalias sociales que los empujen más aún al desvío” (p. 206).

Debido a que los individuos, grupos o estratos de una sociedad están sometidos de maneras diversas a los estímulos culturales y las restricciones sociales, las diferentes respuestas hacia la anomia en la teoría de Merton (1967, 1938) deben de ser entendidas en el marco de un desplazamiento desde la conformidad (aclarada anteriormente) hacia categorías por él sistematizadas como innovación, retraimiento, ritualismo o rebelión. En la innovación los sujetos están de acuerdo con las metas consagradas pero lo mismo no sucede en relación a los medios institucionalizados: con tal de intentar alcanzar riqueza, poder y/o reconocimiento los sujetos innovan en la búsqueda de las vías potencialmente conducentes a ello, valiéndose ingeniosamente de medios institucionalmente dudosos o incluso sirviéndose de aquellos institucionalmente proscritos (Merton, 1938). La innovación parece lanzar luces tanto sobre la

delincuencia de cuello blanco¹³, en lo que atañe a la sacralidad de las metas-éxito, como sobre una criminalidad clásica que, si bien esta última en términos político-criminales suele estar más asociada a las clases sociales subalternas principalmente por razones de orden persecutoria, precisamente ahí en dicha asociación se puede encontrar la evidencia cruda de que existe una desigualdad social, en términos de accesos, que gradualmente desestima, por ineficacia, los esfuerzos legítimos de determinados grupos socialmente marginados por lograr reconocimiento, visibilidad y recompensas sociales. Sobre las demás categorías de respuesta sistematizadas por Merton (1967, 1938), sostiene el autor que en el ritualismo los sujetos aceptan los medios pero no las metas, en el retraimiento niegan a los dos y en la rebelión van más allá de rechazarlos, proponiendo nuevas metas y medios. Finalmente, Merton (1967) advierte a que “hay un rasgo de innovador, ritualista, retraído y rebelde en la mayoría de nosotros” (p. 206).

Lo que se aprehende de la anomia en Merton (1967), en tanto que stress socialmente inducido en un contexto en que las metas culturales, los medios institucionalizados y la estructura de oportunidades no se armonizan entre sí ni se presentan de forma ecuánime hacia todos los miembros de la colectividad, es que es un fenómeno dinámico, que desliza por los niveles macro, meso y microsocioal, pudiendo acentuarse y diseminarse o ser contrarrestado en cualquiera de dichas esferas, dependiendo de la existencia o no redes de solidaridad y cooperación así como de qué manera son utilizadas por los integrantes de dicha red (si para hacer frente a una condición de opresión o infligirla, o quizás ambas cosas). Merton (1967) incluso hace hincapié en la distinción entre el estado anómico de los individuos y el estado anómico del

¹³ Los delitos de cuello blanco serían por ejemplo los de tipo corporativo, ocupacional o político; serían aquellos cometidos por personas consideradas “respetables” por la posición elevada que ocupan en la estructura social, que suelen producir daños colectivos y que además no suelen aparecer en las cifras oficiales de criminalidad de los países porque tienden a ser menos perseguidos pese a que pueden encontrarse bastante extendidos (Maillo, 2009).

sistema social (*anomie*): aunque estén ambos interconectados de varias maneras, es muy importante realizar dicha diferenciación para poder comprender (y sobre todo ver en la investigación empírica) cómo fluye, influye y se extiende el fenómeno de la anomia, cómo la legitimidad de las reglas del juego social van perdiendo fuerza y cómo se va arruinando la cohesión social. En términos aún más concretos, tal distinción ayudaría a entender, por ejemplo, el hecho de que se observe la presencia de un estado anómico en un determinado sistema social que, sin embargo, no haya todavía generado un estado anómico en todos sus individuos sino solamente en algunos, de manera que mientras muchos seguirán respondiendo de modo conformista otros ya contestarán con innovación o retraimiento, pudiendo todo ello llegar a evolucionar en términos de amplificación y/o agudización, o todo lo contrario.

En una palabra, el grado de *anomie* en un sistema social es indicado por el grado de falta de acuerdo acerca de las normas que se juzgan legítimas, con su concomitante incertidumbre e inseguridad en las relaciones sociales. Pues si no se comparten las normas, uno no puede saber qué ha de esperarse del otro, y ésta es una condición social admirablemente apropiada para producir relaciones inseguras con otros. La *anomie* es pues una condición del ambiente social, no de individuos particulares. La gente se *enfrenta* con una *anomie* esencial cuando, de hecho, no puede confiar con un alto grado de probabilidad en que la conducta de otros estará más o menos de acuerdo con patrones reconocidos *conjuntamente* como legítimos (Merton, 1967, p. 213).

Pese a que la anomia puede desarrollarse en cualquier contexto (rural o urbano), la ciudad es para Merton (1967) el espacio que mejor reúne dentro de sí los elementos potencialmente

detonadores de dicho fenómeno, especialmente las grandes metrópolis: la ciudad es tremendamente atractiva en términos de oportunidades y promesas de recompensas (dinero, movilidad social, fama, poder y asociación con las élites), “pero aunque muchos son llamados, relativamente pocos menos pueden ser elegidos” (p. 210); en la ciudad, la publicidad estimula la apetencia por el consumo a la vez que representa gráficamente y disemina los modelos de éxito asociados a ello. Así las cosas, es plausible esperar encontrar un estado de anomia muy pronunciado en la posmodernidad, teniendo en cuenta que: 1) en la posmodernidad la vida urbana y el capitalismo van mucho más allá de la producción y consumo de manufacturas industriales, anclados que están en el placer, en la producción y consumo de experiencias sensoriales y lúdicas (Ullán-Rosa, 2014); 2) el capitalismo ha alcanzado mercantilizar todos los ámbitos de la vida humana y eso parece producir una desregulación de las pulsiones individuales (ídem); 3) la metrópoli posmoderna asume la configuración de un parque temático, una ciudad-espectáculo, lo que significa que mientras pasa a estar menos hecha para vivir que para maravillar, gozar y consumir, entre bambalinas sucede el control, la producción y la organización de todo lo que debe suceder y cómo debe suceder en términos de avance de flujos globales de capitales y multiplicación exponencial de las ganancias financieras (ídem); 4) la maquinaria estatal neoliberal fabrica guetos y parias urbanos a la par que culpabiliza individualmente a estos sujetos por su condición en la medida en que intensifica la diseminación del slogan del *self-made man* (Wacquant, 2011); 5) la lógica de extracción predatoria de las altas finanzas que, al transformar espacios en áreas muertas, genera expulsiones, disuelve tejido social e instaura una dinámica social de ganadores y perdedores (Sassen, 2015, 2013).

Son muchos y muy diversos los enfoques y teorías criminológicas. De ninguna manera se pretende abogar en este trabajo por la superioridad o universalidad de la teoría de la anomia de Merton (1938, 1967), es más, se reconoce incluso sus limitaciones e incongruencias, relacionadas a una idea de reforma social (que es distinta a la idea de reacción social), al apoyo (si bien quizás no tan explícito) a una meritocracia permanente, al control de los deseos individuales, por no ocuparse de la tarea cultural que tienen los medios de comunicación y agencias de control en desarrollar los estereotipos del conformista y el desviado, por no ocuparse de una explicación de las consecuencias de la tensión en cada caso particular, indagando por ejemplo en si la tensión económica provocaría rebelión o retraimiento, o si el ritualismo sería una consecuencia de la imposibilidad de alcanzar una movilidad ascendente, o si la rebelión sería causa o efecto de la discrepancia hacia el conformismo (Taylor, Walton e Young, 1997). Lo que sí se ha identificado es que la idea nuclear de dicha teoría puede servir, si conjugada con otros enfoque más críticos y contemporáneos, como una interesante herramienta capaz de contribuir en la labor de desvelar e interpretar los mensajes que el crimen transmite en su manifestación en un momento histórico muy particular como lo es la posmodernidad, en tanto que paradigma cultural de producción y reproducción de signos, imágenes, discursos, imaginarios y prácticas cotidianas que desempeñan un papel bastante específico en el nuevo, real y global contexto del capitalismo avanzado (Ullán-Rosa, 2014).

En la posmodernidad se propagan lo que se ha acuñado de “no lugares”, que serían espacios donde prevalecen los vínculos contractuales, donde las relaciones utilitarias y anónimas se superponen a las relaciones propiamente sociales, en tanto que intercambios espontáneos de experiencias vitales y con capacidad para el establecimiento de redes de solidaridad orgánicas,

voluntarias y consistentes, y que por todo ello les convierte en espacios sin historia, sin memoria, espacios de transitoriedad, de soledad y alienación (Ullán-Rosa, 2014). Como se verá más detenidamente en el capítulo siguiente, la posmodernidad inaugura un proceso de personalización (Lipovetsky, 1993), una nueva superficialidad y el debilitamiento de la historicidad (Jameson, 2001), cuyas consecuencias serían, en muy resumidas cuentas, el hiperindividualismo, el hiperconsumo y el vaciamiento de la conciencia de clase, que capitaneados por las fuerzas dominantes de la estructura social en el marco del capitalismo avanzado disimuladamente se despliegan en la instrumentalización de los cuerpos y los afectos y la consolidación de nuevas formas sutiles e increíblemente más potentes de expoliación humana.

A partir de lo sostenido por Merton, se va a pensar la anomia en este trabajo como un grave y profundo problema de accesos en la estructura social que deriva en un proceso extendido y acentuado de sufrimiento ético-político y pérdida de potencia de acción, haciendo una lectura cruzada con Sawaia (2001). Y se trataría de un problema de accesos que va mucho más allá de la inaccesibilidad hacia los medios y las metas: pasa por las posibilidades reales de rediscutirlos de manera crítica, equitativa y comprensiva de la diversidad y las verdaderas (en contraposición a las impuestas y autoimpuestas) necesidades humanas, alcanza las dinámicas de reconocimiento y negociación anteriormente descritas (apartado 1.3), que son la propia esencia del proceso equilibrado de interacción, e incide sobre la autodeterminación y el sentido de pertenencia de los sujetos, desplegándose sobre el significado mismo de la existencia.

Marcuse (1993) afirma que lo que prevalece en la civilización industrial avanzada es “una ausencia de libertad cómoda, suave, razonable y democrática” (p. 31). Según él, dicha civilización se rige por una racionalidad tecnológica, anclada en un sistema específico de

producción y distribución que “impone sus exigencias económicas y políticas para expansión y defensa sobre el tiempo de trabajo y el tiempo libre, sobre la cultura material e intelectual” (p. 33), que “opera a través de la manipulación de las necesidades por intereses creados” (ídem) y así impide el surgimiento de oposiciones efectivas (en tanto que capaces de pensar y construir vías alternativas) porque la disconformidad con un sistema “necesario” pasa a figurar como socialmente inútil, peligroso o imposible. En eso consiste la idea de sociedad unidimensional de Marcuse (1993): un esquema de sociedad totalitario, que se manifiesta independientemente de una forma específica de gobierno, y que se impone sobre los individuos no por la fuerza sino atándoles sutilmente, tras un espejismo de libertad, a necesidades y posibilidades que si bien son esencialmente extrañas a ellos les parecen propias y vitales.

De nuevo nos encontramos ante uno de los aspectos más perturbadores de la civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir las comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construcción, el grado en que esta civilización transforma el mundo-objeto en extensión de la mente y el cuerpo del hombre hace cuestionable hasta la noción misma de alienación. La gente se reconoce en sus mercancías; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina. El mecanismo que une el individuo a su sociedad ha cambiado, y el control social se ha incrustado en las nuevas necesidades que ha producido. (Marcuse, 1993, p. 39).

El “hombre unidimensional” de Marcuse (1993) está sometido a la forma más pura de servidumbre que es el existir como un instrumento, una cosa, y no sentir su ‘ser cosa’; encierra dentro de sí tanto al amo como al esclavo. Y dado que la sociedad unidimensional “configura los impulsos instintivos y aspiraciones de los individuos y oscurece la diferencia entre conciencia falsa y verdadera” (Marcuse, 1993, p. 63), dado que dicha sociedad genera una sensación de accesibilidad y libertad por razones tales como que las clases trabajadoras hayan sido asimiladas y el consumo se haya más o menos nivelado, lo que pone en entredicho el hecho de que las decisiones sobre la vida y la muerte se toman en lugares a los que los sujetos no tienen acceso, el individuo unidimensional no percibe su condición de alienación como tal ni consigue identificar la posición negativa en la dialéctica de reconocimiento entre el siervo y el señor porque dicho enfrentamiento está clausurado en él (Marcuse, 1993). El resultado es una “desublimación institucionalizada”, controlada por la imperante racionalidad tecnológica¹⁴, que al impedir la comprensión de las contradicciones y las alternativas bloquea la autodeterminación de los sujetos, que entran en un estado de infelicidad, angustia, temor, frustración y disgusto que será paliado por la movilización política de la necesidad general de las cosas: la conciencia reprimida es así absuelta por la reificación (Marcuse, 1993).

La obtención de la autonomía exige condiciones en las que las dimensiones reprimidas de la experiencia puedan volver a la vida otra vez; su liberación exige la represión de las necesidades y satisfacciones heterónimas que organizan la vida en la sociedad. Cuanto más altas hayan llegado a ser las propias necesidades y

¹⁴ “La gente es conducida a encontrar en el aparato productivo el agente efectivo del pensamiento y la acción a los que sus pensamientos y acciones personales pueden y deben ser sometidos. Y en esta transferencia el aparato asume también el papel de un agente moral.” (Marcuse, 1993, p. 109).

satisfacciones del individuo, más aparecerá su represión como una fatal privación.

Pero gracias precisamente a este carácter fatal, pueden crear el primer
prerrequisito subjetivo para un cambio cualitativo; éste sería *la redefinición de las
necesidades*. (Marcuse, 1993, p. 274).

El sujeto que, en la teoría de la anomia de Merton (1938, 1967, 1968), se presentaría en esta condición de búsqueda de redefinición de las necesidades sería el que desarrolla como comportamiento de adaptación la rebelión. Vería claramente las contradicciones del sistema al que pertenece, comprendería que las frustraciones de la gente derivan de este estado de cosas abusivo y no de una incapacidad individual, y pasaría a elaborar las alternativas a su transvaloración, pasando a la acción política organizada. Por defecto, no sería inadecuado pensar el sujeto conformista de Merton (1938, 1967, 1968) en el marco del individuo unidimensional de Marcuse (1993); todo lo contrario, hay elementos para considerar que la racionalidad tecnológica y sus consecuencias se exacerban en la posmodernidad con lo cual la presión hacia el conformismo puede ser mejor comprendida dentro de la idea de totalidad teorizada por Marcuse (1993).

Por consiguiente, se va a pensar las figuras del innovador, el ritualista y el retraído de Merton (1938, 1967, 1968) entre los extremos de la rebelión y el conformismo, y en este sentido el innovador será aquél cuyo comportamiento adaptativo frente a la anomia consistiría en una búsqueda de superación del fatalismo. Según Merton (1968), los ritualistas, los retraídos y gran parte de los innovadores suelen hallarse posicionados en la estructura social en sus capas inferiores, lo que significa que tienen bastante más problemas de acceso a los medios institucionalizados que los demás y, por ende, tienen una gran dificultad de lograr las metas

culturales establecidas, lo que termina condenándoles a la invisibilidad social y convirtiéndoles en los blancos fáciles de los procesos procesos que hoy, más que exclusión se han convertido en expulsión, según Sassen (2013, 2014, 2015), de manera que pasan a convivir con una dosis enormemente elevada de frustración, impotencia y angustia. Así las cosas, paralizados por estos sentimientos, los retraídos adoptan una postura de aislamiento para intentar huir del sufrimiento, renunciando a participar en un juego en el que dan por sentado que jamás podrán ganar, mientras que los ritualistas desisten solamente de las metas, ya que sí creen en las normas y los medios, y lo hacen no exactamente por oponerse a ellas sino como una especie de estrategia para intentar bajar el nivel de expectativas y así minimizar el dolor que sienten (Merton, 1968)¹⁵. La diferencia fundamental entre estas dos categorías es que los ritualistas tienen, según Merton (1968) un respeto casi compulsivo hacia las normas institucionales, lo que hace que sigan en el juego si bien resignándose, como dicho, a reducir sus horizontes de aspiraciones (quizás el apego a las normas les confiera algo de sentido y orden a la existencia y les proporcione alguna seguridad interna). En cambio, los innovadores forcejean por abrirse camino y salir adelante como sea, sin tener que abdicar de sus deseos y esperanzas.

El crimen, por lo tanto, pondría a los sujetos innovadores en movimiento, algo que parece ser inexistente en las categorías que sucumben al fatalismo (los retraídos y los ritualistas). Y este movimiento cambia algo en sus condiciones, tanto materiales como psicosociales, que les proporcionaría, dentro de un juego absolutamente avasallador, al menos tener la sensación de quizás poder llegar a autodeterminarse. Y si bien la autodeterminación para Marcuse (1993) sólo

¹⁵ Para Merton (1968), el retraimiento es el tipo adaptativo menos común y a esta categoría pertenecerían por ejemplo (pero no exclusivamente) los borrachos crónicos y los drogadictos: el derrotismo y la resignación les lleva a desarrollar mecanismos de escape que les permitan huir de las presiones sociales, evadirse de la realidad que les tocó vivir. Los ritualistas, a su turno, son sujetos rutinizados y resentidos (Merton, 1968).

emergería con la superación de la sociedad unidimensional - lo que en una interpretación cruzada con la teoría de la anomia de Merton (1938, 1967, 1968) sería posible por medio de una transvaloración propuesta únicamente por aquellos pasaran a la condición de rebelión -, algún desplazamiento social previo se tiene que poner en marcha: el propio Merton (1968) advierte que el sujeto que adentra la categoría de rebelde tiene la particularidad de haber experimentado previamente alguna movilidad social.

Tras las reflexiones presentadas se ha definido finalmente la segunda hipótesis general de este trabajo, que consiste en que el crimen operaría en la posmodernidad anómica como un mecanismo de resistencia hacia la invisibilidad, la expulsión, hacia la condenación a una existencia desdibujada y amputada.

Capítulo 2: La posmodernidad: el nuevo esquema de valores y relaciones

El nuevo esquema de valores y relaciones identificados en la contemporaneidad que recibió por un grupo de autores la denominación de posmodernidad, aparece en Bauman (2004) definido bajo una construcción metafórica que versa sobre la idea de liquidez: los líquidos se caracterizan por la fluidez, son flujo, maleabilidad y transmutación, mientras los sólidos son resistencia, tienen cuerpo, límites que les autodefinen, son concretos y capaces de neutralizar el impacto.

Los fluidos se desplazan con facilidad. “Fluyen”, “se derraman”, “se desbordan”, “salpican”, “se vierten”, “se filtran”, “gotean”, “inundan”, “rocían”, “chorrean”, “manan”, “exudan”; a diferencia de los sólidos, no es posible detenerlos fácilmente - sortean algunos obstáculos, disuelven otros o se filtran a través de ellos, empapándolos -. Emergen incólumes de sus encuentros con los sólidos, en tanto que estos últimos - si es que siguen siendo sólidos tras el encuentro - sufren un cambio: se humedecen o empapan. La extraordinaria movilidad de los fluidos es lo que los asocia con la idea de “levedad”. Hay líquidos que en pulgadas cúbicas son más pesados que muchos sólidos, pero de todos modos tendemos a visualizarlos como más livianos, menos “pesados” que cualquier sólido. Asociamos “levedad” o “liviandad” con movilidad e inconstancia: la práctica nos demuestra que cuanto menos cargados nos desplazamos, tanto más rápido será nuestro avance. (Bauman, 2004, p. 8).

La propuesta de Bauman (2004) de una “modernidad líquida” se refiere a lo que él considera ser una fase de la historia de la modernidad (que coincide con la contemporaneidad) en

la que el “proceso de licuefacción” gana el máximo de vigor y asume proporciones más drásticas. Según su evaluación, el proyecto moderno puso en marcha la construcción de un nuevo orden cuya tarea principal ha sido siempre “derretir los sólidos”, tomando la expresión acuñada por los autores del “Manifiesto Comunista” y que significaba la disolución de todo aquello que pudiera persistir en el tiempo, que pudiera ser indiferente a su paso e inmune a su fluir. Y si bien por un lado algunos contenidos sólidos premodernos ya empezaban a resultar, al menos en cierta medida, demasiado constrictores de lo individual cuando entonces se inaugura la modernidad, por el otro el cálculo racional de los efectos, la racionalidad instrumental, el “nexo del dinero”, el rol determinante de la economía sobre la vida social y, finalmente, la superestructura fluida e irrefrenable de los mercados financieros que todo lo puede disolver han impuesto un profundo cambio a la condición humana, han vuelto irrelevante e inefectivo todo aspecto de la vida que no contribuyera a su incesante y continua reproducción, han instaurado un nuevo orden en el que los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivos, las estructuras de comunicación y coordinación entre las políticas de vida individuales y las acciones políticas colectivas, se están derritiendo (Bauman, 2004).

Lo que se está produciendo hoy es, por así decirlo, una redistribución y una resignación de los “poderes de disolución” de la modernidad. Al principio, esos poderes afectaban las instituciones existentes, los marcos que circunscribían los campos de acciones y elecciones posibles, como los patrimonios heredados, con su asignación obligatoria, no por gusto. (...). El poder de licuefacción se ha desplazado del “sistema” a la “sociedad”, de la “política” a las “políticas de vida”

... o ha descendido del “macronivel” al “micronivel” de la cohabitación social.

(Bauman, 2004, pp. 12-13).

Sennett (2000) también se detuvo en la comprensión del nuevo esquema de valores y relaciones manifestados en la contemporaneidad e identificó un proceso de corrosión, al que designó “corrosión del carácter”. Se trataría del deterioro progresivo de las cualidades psíquicas y afectivas condicionantes de las conductas individuales (y por ende, sociales), bien como del valor ético que los sujetos atribuyen a sus deseos, perpetrado por la materialización del “nuevo capitalismo” (o “capitalismo flexible”) en la experiencia cotidiana por medio de la alienación y el consumo, el éxito y el fracaso, la dominación y la sumisión. El lema “nada a largo plazo” ha cambiado el significado mismo del trabajo, produciendo resultados de orden psicosocial para más allá del ámbito laboral: la estructura organizacional pierde su forma piramidal, con capas rígidas de burocracia, para adquirir formas más horizontales y laxas, pasando a configurarse en redes; en consecuencia, las tareas, ascensos y despidos dejan de estar estipulados en normas fijas y claras, y todo se vuelve disfuncional e inestable, lo que genera incertidumbres que comprometen la construcción de narrativas vitales lineales (antes conquistadas a través de canales fijos y a un tiempo a largo plazo), y termina por afectar las relaciones interpersonales, a medida en que la confianza informal y la lealtad se erosionan por la imposibilidad de echar raíces y madurar sobre un terreno que ahora es movedizo (Sennett, 2000). Así, las nuevas “guías para el carácter” pasan a establecerse a partir de formas fugaces de asociación (vínculos débiles) y eso hiere el compromiso mutuo que cimienta los vínculos sólidos, que dependen de asociaciones largas, de la disposición para vincularse, para implicarse (Sennett, 2000). En el ámbito doméstico, la necesidad de estar continuamente en movimiento pasa a figurar como el blindaje

ideal para hacer frente al lema “nada a largo plazo”, lo que implica desapegarse, cooperar superficialmente, no comprometerse ni sacrificarse por los demás (Sennett, 2000).

2.1. El delito en la posmodernidad

En el marco de este nuevo esquema de valores y relaciones observados en el contexto contemporáneo que es definido por algunos teóricos sociales como posmodernidad, considérase relevante reflexionar sobre los posibles significados que el delito puede estar asumiendo.

Actualizar el debate sobre los significados del delito ofrece condiciones para seguir avanzando en los análisis crítico-reflexivos sobre las estrategias de intervención que se dan y/o deberían darse en este ámbito bajo una perspectiva problematizadora del sufrimiento ético-político y la pérdida de potencia de acción (Sawaia, 2001).

En Bauman (1998) ya se observa una relevante clave de reflexión. Para el autor, la posmodernidad persigue ideales de pureza inaugurados en la modernidad, pero con la diferencia de que en la modernidad la impureza estaba asociada a las clases sociales subalternas (de manera que la más odiada de las impurezas eran los revolucionarios movidos por el ideal de lucha de clases) y en la posmodernidad la impureza se refiere a aquellos que no respetan las leyes o las hacen con sus propias manos, que serían nada más que entusiastas de la posmodernidad, de las recetas de vida que ella instiga o, en palabras del propio autor, “la mutación descalificada del producto” (p. 26, traducción propia), “lo que debiera haber sido pero no pudo ser” (ídem). Lo que se infiere de ello es que la criminalización en la posmodernidad asume proporciones más radicales - si bien puede no aparentarlo a uno más desavisado, que cree en la neutralidad de las leyes -, entra en una relación de refuerzo mutuo con mito del “*self-made man*” (Catano, 1990) -

lo que contribuye a fortalecer la idea de neutralidad de la ley - y sirve de herramienta para desarmar, en la raíz, el proceso de establecimiento de conciencia de clase, en un momento de la historia de la humanidad en que aumenta exponencialmente la población sobrante del sistema capitalista, como mencionado anteriormente.

El ensayo de Lipovetsky (1993) sobre las representaciones de la violencia desde las sociedades holistas, primitivas, hasta las sociedades individualistas, modernas o posmodernas, suministra importantes herramientas al razonamiento que se pretende poner en marcha. Aunque ni todo delito sea cometido con empleo de violencia, pensar el fenómeno criminal a partir de su manifestación más drástica da cabida a investigar esquemas de socialización que expresan mecanismos específicos de negación/afirmación de ciudadanía en determinadas circunstancias político-económicas (Waiselfisz, 2010) y culturales, bien como permite interpretar, en palabras de Lipovetsky (1993), “las grandes continuidades o discontinuidades que miden el devenir humano” (p.173). Si la violencia es “un comportamiento dotado de un sentido articulado con el todo social” (Lipovetsky, 1993, p.174), entonces un repase detenido de su genealogía seguramente desvelará valiosas claves para entender los contextos simbólicos en que los crímenes, en sus diferentes modalidades, son escenificados y personificados, bajo qué condiciones y qué mensajes pueden cargar consigo.

En las sociedades primitivas - definidas como holistas por la vigencia de la prioridad de los conglomerados colectivos sobre los elementos individuales - la socialización sucedía por medio de la violencia (Lipovetsky, 1993). El honor y la venganza eran códigos sociales tan fuertes que operaban como verdaderas instituciones: lejos de ser el resultado de un comportamiento impulsivo y descontrolado, o de una hostilidad reprimida (la hipótesis de la

pulsión de muerte), la violencia en las sociedades primitivas era una lógica grupal que garantizaba el prestigio y la estima social, la subordinación del interés personal al interés del grupo, el deber de arriesgarse la vida por el interés máximo del linaje o clan, el impedimento de que se deshiciera la cadena de alianzas construidas a lo largo de generaciones, todo ello garantizaba que las relaciones entre los hombres se hicieran más valiosas que sus relaciones con las cosas¹⁶ y que predomina un orden colectivo igualitario e inmutable¹⁷ (Lipovetsky, 1993).

En las sociedades estatales premodernas, que suceden a las primitivas, la violencia de honor dio paso a una violencia conquistadora: la guerra se convirtió en medio de expansión, captura, conquista, dominación, y la crueldad de ritual sagrado pasó a ser una práctica bárbara de afirmación ostentosa de fuerza, gloria y pasión militar, todo ello a servicio del Estado (Lipovetsky, 1993). Hubo un esfuerzo por intentar limitar la práctica de la venganza privada (hostil al Estado, en tanto que obstaculizaba su expansión), a través del establecimiento de sistemas judiciales y penales; no obstante, tanto el honor como la venganza y la crueldad de las costumbres han perdurado en las sociedades estatales que antecedieron a las modernas, siendo

¹⁶ Hay que elucidar que había el intercambio de bienes y riquezas, a consecuencia de la regla del don y de la deuda, pero tanto ello como la violencia vengativa eran sobre todo modos de instituir alianzas, afianzar una solidaridad de grupo, según Lipovetsky (1993).

¹⁷ Lipovetsky (1993) aclara que los códigos del honor y la venganza son corolarios el uno del otro. Así pues, el autor explica que, en una sociedad donde la estima pública vale mucho más que la vida misma, nadie puede dejar impune una ofensa o un crimen, lo que confiere a la venganza la capacidad de restablecimiento de un equilibrio eventualmente roto, por manos de hombres que son iguales ante la violencia, una vez que no hay monopolio de la fuerza u obligación de renuncia a ella por parte de una instancia especializada, sino todo lo contrario, lo que simultáneamente impide el apareamiento del individuo independiente, autodeterminado. Y los dones y sacrificios, manifestaciones del honor y la venganza, contribuyen para ello. Por otra parte, el autor aclara también que la crueldad en las sociedades primitivas era una práctica ritual, un instrumento para erigir un equilibrio entre vivos y muertos, una especie de exceso compensatorio del déficit producido por la muerte, no una consecuencia de lógica del deseo.

éstas sí las definidoras del fin de las sociedades holistas y el comienzo de las sociedades individualistas, justamente a través del rechazo a la violencia (Lipovetsky, 1993).

Según Lipovetsky (1993), “la guerra y los valores guerreros contribuyeron más bien a contrarrestar el desarrollo del mercado y de los valores estrictamente económicos” (p.188), una vez que el pillaje y la adquisición de riquezas por la fuerza, si bien hacían secundaria la adquisición de bienes por la vía del intercambio, por otra parte tampoco permitían la autonomización de la economía. Para el autor, el correlato de la constitución de una esfera económica independiente fue la entrada en escena del individuo libre, algo que la guerra impedía y que selló el advenimiento de las sociedades modernas a partir de la aparición de una nueva lógica social, “en la que el hombre individual se toma por fin último y sólo existe para sí mismo” (p.192), “en que las impulsiones agresivas son rechazadas, refrenadas por ser incompatibles, por una parte, con la ‘diferenciación’ cada vez más acentuada de las funciones sociales” (p.190).

Con la instauración de una nueva economía de la relación interindividual, la violencia adquirió un nuevo significado en las sociedades modernas: se separó del placer por el suplicio (derivado de un deber sagrado de hacer que se cumplieron unas reglas ancestrales exteriores a la voluntad del sujeto) y pasó a suscitar indignación y horror (Lipovetsky, 1993). La indiferencia - el tomarse en consideración de forma aislada - pasó a ocupar el lugar de la violencia en el proceso de interacción interpersonal de las sociedades individualistas, compuesta por sujetos atomizados, que se retiran en su esfera privada y privilegian la relación con las cosas, individuos ‘desocializados’ en tanto que liberados de sus antiguos lazos comunitarios de solidaridad regidos por el honor y la venganza (Lipovetsky, 1993). Así, el Estado asumió integralmente el monopolio del uso de la fuerza y el papel de garante de la seguridad social, diversas instituciones pasaron a

operar en la regulación y suavización de los comportamientos y la colectividad ha dejado controlarse profundamente.

Lipovetsky (1993) hace hincapié en que, si bien el Estado moderno y el mercado, conjuntamente, jugaron un papel determinante en el proceso de fractura que separó definitivamente las sociedades tradicionales de las individualistas, en la medida en que centralizaron efectiva y simbólicamente la nueva lógica social mencionada, además de extenderla y generalizarla, la pacificación de los comportamientos resultó de la emergencia de finalidades sociales inéditas, marcadas por la necesidad de liberación de los individuos de sí mismos. Pero el autor también llama la atención para el hecho de que tal necesidad generó condiciones constantes de demanda por una protección regular y segura por parte de los órganos estatales, lo que hizo consolidar el poder de éstos.

En las sociedades modernas, caracterizadas por los intercambios mercantiles, el salariado, la industrialización y los desplazamientos de la población, los actos violentos decrecen sobremanera en consecuencia de dos efectos inversos, pero complementarios, producidos por el individualismo: la atomización de los individuos y la privatización de la vida (Lipovetsky, 1993). Ambos correlacionan con una indiferencia hacia el otro (los sujetos dejan de sacrificarse unos por otros) lo que a la vez, paradójicamente, suscita una sensibilidad al dolor ajeno, una vez que los encaramientos humanos pasan a suceder de manera independiente de los modelos sociales preestablecidos de lazos colectivos y rituales que obstruían las relaciones de hombre a hombre,

es decir, liberados de la carga impositiva de las costumbres de sus comunidades¹⁸ (Lipovetsky, 1993). En esto consiste el proceso de identificación, que para Lipovetsky (1993) define las sociedades modernas, y es éste el escenario que posibilita la aspiración sin precedentes por el dinero, la propiedad, la intimidad, la seguridad y el bienestar, lo que incluso abre camino para la ascensión de la criminalidad concentrada sobre la propiedad, o bien su persecución en términos penales. En resumen, “los individuos se pacifican no por ética sino por hiper-absorción individualista” (Lipovetsky, 1993, p.199).

Las sociedades posmodernas, a su turno, están caracterizadas, conforme Lipovetsky (1993), por un proceso de personalización que erige un *homo clausus*, un individuo narcisista, con cada vez menos interés y atención hacia el otro, aún más retirado de la vida pública, dotado de una estructura blanda, constitutivamente frágil, vulnerable, constantemente conmovido, que se horroriza por la sola idea del sufrimiento, un individuo psicologizado, deseoso al extremo por comunicarse, encontrarse consigo mismo y vivir una vida placentera, sin obstáculos ni compromisos. El proceso de personalización posmoderno sería, quizás, algo así como la manifestación extrema, muy profunda y amplificadora del proceso de identificación moderno.

Se extrae de las reflexiones de Lipovetsky (1993) que del proceso de personalización de las sociedades posmodernas se destaca un narcisismo que desestabiliza los sujetos, por la

¹⁸ Lipovetsky (1993) argumenta que en las sociedades tradicionales la violencia y la crueldad no eran menor entre iguales y que en las sociedades individualistas es en el seno de la familia o de las relaciones de más cercanía e intimidad, o sea, precisamente donde las relaciones interpersonales no se instituyen sobre la base de la indiferencia, que la violencia seguirá manifestándose con más frecuencia; y pone un ejemplo: “en los EUA, hacia 1970, un homicidio de cada cuatro era de tipo familiar; en Inglaterra, al final de la década de los sesenta, más del 46% de todos los homicidios eran asesinatos de tipo doméstico o contra personas próximas” (p.200). Significa decir con eso que “no es la igualdad, concebida como estructura moderna del apereamiento del otro en tanto que ‘igual’, lo que hace inteligible la pacificación de los individuos” (p.196), sino el desinterés hacia el otro, que no es otra cosa que la manifestación misma del individualismo.

paulatina disolución de las referencias, y desubstancializa el otro en tanto que éste pasa a ser visto a partir y en la medida de la proyección del que le mira, quizás inexistiendo incluso tal miramiento cuando no hay posibilidad de que se establezca dicha proyección. De la desubstancialización del otro se despliega, para el autor, un miedo endémico por la valoración de un exterior exageradamente amenazador. A su vez, del mencionado cuadro así como de la desestabilización se desdobra una percepción creciente y colectiva (aunque poco realista en la mayoría de las veces) de inseguridad ciudadana, que se alimenta del menor suceso y correlaciona en realidad con un individuo angustiado, “obsesionado por sus problemas personales, exasperado por un sistema represivo considerado inactivo o demasiado ‘clemente’” (Lipovetsky, 1993, p.204). Dicho entramado vuelve a reforzar el narcisismo, a medida en que tales esquemas contribuyen a que los sujetos se retiren aún más hacia sus esferas privadas de vida, terminando por desembocar todo ello en un hiperindividualismo (Lipovetsky, 1993).

Hay un vacío en las sociedades posmodernas, sostiene Lipovetsky (1993). Un vacío que se produce, acorde con el autor, por la pulverización radical de las estructuras y de las personalidades y que se proyecta a partir del proceso de personalización: el vacío del hiperindividualismo. Un vacío creciente, según él, que se realimenta de la paradoja fundada por el proceso de personalización: “la sociedad *cool* corre paralela con el estilo *hard*” (Lipovetsky, 1993, p. 205), entendiéndose la “sociedad *cool*” como el signo del proyecto narcisista y pacífico y por “estilo *hard*” la radicalización sin contenido de los comportamientos y representaciones. Pero no debe entenderse lo “*hard*” de las sociedades posmodernas, advierte él, como el resultado de una pulsión que surge para compensar una carencia, ni tampoco se trata de la naturaleza intrínseca de la violencia posmoderna, sino que consiste en una especie de huida hacia adelante

sin límites que se produce frente a la vacilación recurrente de las significaciones o contenidos sólidos que pudieran servir de norte a la construcción u ordenación de las identidades, vacilación ésta que, se entiende, cumple un papel muy específico en el universo del hiperconsumo, el de viabilizar el estímulo constante de las necesidades y su frustración crónica.

La indeterminación de las significaciones o contenidos no es un problema en sí mismo, incluso todo lo contrario, cuando permite por ejemplo que se piensen cuestiones de género desde una óptica mucho más flexible y plural antes impensable, lo que significa decir que abre espacio para que los sujetos se funden autónomamente. Sin embargo, cuando el vaciamiento de las significaciones viene acompañado de resignificaciones impuestas - aunque a modo pacífico, suave y muy sutilmente - por las estructuras socioeconómicas dominantes en el capitalismo neoliberal, lo que sucede es la pérdida de agencia, lo opuesto a la fundación autónoma. Eso es exactamente lo que sucede en el universo del hiperconsumo, en que grandes corporaciones construyen nuevas servidumbres encubiertas por slogans tales como “vive tu libertad”, “realízate plenamente”, “cumple tus sueños”. Y el elemento nuevo que trae la posmodernidad es que estas resignificaciones impuestas terminan siendo autoimpuestas, por los reclamos de un yo que ansia por erigirse con independencia, a su propio albedrío. En este sentido, Lipovetsky (2007) afirma que “el individuo deseoso de dirigir o rectificar a su gusto su interioridad se transforma en individuo ‘dependiente’: cuanto más reclama la plena potestad sobre su vida, más se despliegan formas nuevas de someterlo” (p. 51). Esta idea es fundamental para entender la transmutación de la sociedad disciplinaria en sociedad de control, utilizando las construcciones de Passetti (1999): las autoimposiciones; la pérdida de potencia de acción camuflada en una sensación de potencia de acción.

Siguiendo con la cuestión de la indeterminación de las significaciones, cuando Lipovetsky (1993) habla de la posmodernidad como un tiempo de la performance pura y de gran necesidad comunicacional, a eso se podría interpretar como una necesidad de representación y experimentación pero con la mera pretensión de obtener sensaciones instantáneas. No tiene nada que ver con la idea de performance como acción política sostenida por Butler (2007) y Preciado (2004), que produce tecnologías de inscripción y genera agencia personal y sobre todo colectiva, propulsando cambios sociales capaces de superar formas de exclusión y servidumbre. Así las cosas, se considera que una buena forma de entender la performance pura de la posmodernidad en Lipovetsky (1993) y sus consecuencias en términos sociales es hacerlo precisamente por contraposición a la idea de performance como acción política de Butler (2007) y Preciado (2004).

La noción de performance con que trabaja Preciado (2004) remonta al teatro de guerrilla y las revueltas universitarias y callejeras de los movimientos feministas bien como la crítica feminista de los espacios de producción y transmisión de los saberes y de las prácticas artísticas en las Facultades de Bellas Artes, todos sucedidos en Estados Unidos entre los años 60 y 70. Se trataría la performance, conforme Preciado (2004), de una acción de deconstrucción, de toma de conciencia, de producción de visibilidad desde el margen, de resignificación y resistencia a la normalización, así como de un campo de producción de nuevas subjetividades (alternativa a las formas tradicionales de hacer política). La performance en Butler (2007) sería un ejercicio de desnaturalización, en sentido de reflexionar críticamente sobre lo natural, sobre lo que se da por sentado - y que, a su vez, excluye todo un orden de otras categorías posibles - para, así, hacer

inteligible cualquier modo de vida posible, sin prescripciones previas e ideales, y al mismo tiempo replantear lo posible en cuanto tal.

Así, mientras la performance como acción política cuestiona las estructuras de poder, la dominación y subordinación, crea conciencia política y lucha para derrocar mecanismos de invisibilidad e invisibilización social, la performance pura al revés da cabida a la interiorización de normas a través de la implantación de nuevos procesos de socialización enmarcados en nuevas formas de control social. La performance como acción política llena y transforma el espacio público porque se basa en la inscripción, que es del orden de la inserción, la inclusión, la filiación, la pertenencia, la asociación y la militancia. En cambio, la performance pura vacía el espacio público, escenario político por excelencia, una vez que la experimentación que busca se da en el ámbito privado de las relaciones y la representación que propugna es un tipo teatralización con uso de máscaras, por cuenta de garantizar la protección de la intimidad y generar una sensación seguridad a partir del anonimato y de la no implicación.

Como consecuencia del vaciamiento de la esfera pública y política de las interacciones humanas, las redes de solidaridad y colaboración han perdido espacio para armarse sólidamente y la escalada del neoliberalismo se ha puesto en marcha. El desgaste de la conciencia de clase es un corolario de este estado de cosas: según Garland (2005) las clases trabajadora y media que antes apoyaban las políticas welfaristas para los pobres dejaron de hacerlo porque pasaron a considerarlas como “lujos costosos que los contribuyentes que trabajaban duramente ya no podían más solventar” (p. 138). Se infiere, por lo tanto, que el vacío de la posmodernidad está estrechamente relacionado a cambios profundos en el sentido de comunidad, la participación social, el empoderamiento y la autoeficacia (en tanto que agencia colectiva y personal,

respectivamente), asociados a la derrocada del modelo político-económico y cultural de bienestar social a partir de principios de los años ochenta (Garland, 2005).

Cabe aquí otra pausa más, necesaria a la comprensión de la ascensión y caída del paradigma del welfarismo y sus consecuencias en el tratamiento del delito. Garland (2005) explica que la ascensión de este paradigma sucedió en una coyuntura en que la traumática experiencia de las dos grandes Guerras Mundiales y la Gran Depresión de los años treinta hizo que ocurriera una presión por la mejoría de los niveles de vida al tiempo en que la porción desarrollada del globo entró, a partir de los años cincuenta, en un significativo y progresivo proceso de crecimiento material. El bajo costo de la energía asociado a las políticas asistenciales, de establecimiento del pleno empleo y de seguridad económica, típicas del modelo de gestión keynesiano, posibilitó el calentamiento y expansión de los mercados de consumo interno y externo, el fortalecimiento de los sindicatos, el crecimiento de los salarios, la disponibilidad de crédito y el pago en cuotas, y la reducción histórica de la brecha entre ricos y pobres (Garland, 2005). Así, “la familia suburbana estadounidense rápidamente se convirtió en el símbolo universal de un ‘estilo de vida’ confortable y deseable, equipado con todas las ‘comodidades modernas’” (Garland, 2005, p. 143) y “este aburguesamiento había alcanzado un nivel en el que muchos miembros de la clase trabajadora cualificada pudieron dar por supuesto el acceso a lujos - coches nuevos, vacaciones en el extranjero, casa propia, ropa de moda - que sus padres solo soñaban con poseer” (Garland, 2005, pp. 143-144). Esta sensación de prosperidad y optimismo, que perduró entre los años cincuenta y setenta, también se reflejó en el ámbito penal, materializada en la lucha por la reducción de la criminalización, por el reconocimiento de los derechos de los presos y sospechosos, por el mejoramiento de los servicios de rehabilitación, la

reducción de los controles opresivos, la minimización del uso del encarcelamiento, etc. (Garland, 2005). Existía fuerza política en la creencia de que “el delito era sensible primordialmente a las intervenciones del welfare más que a aquellas punitivas” (Garland, 2005, p. 168).

No obstante, hubo una especie de giro reaccionario entre los años ochenta y noventa, tras la deflagración de una recesión económica en las naciones industrializadas occidentales, que se inició con la crisis petrolera y hizo reaparecer el crecimiento negativo y el desempleo masivo (Garland, 2005). En este contexto, se pasó a cuestionar el Estado de bienestar, por el coste de su mantenimiento y su supuesta incapacidad de solventar todos los problemas sociales, ya que mientras avanzaba surgían nuevas demandas y nuevos “clientes” (Garland, 2005). Por un lado, grandes sectores de la clase media y la clase trabajadora cualificada poco a poco, y antes mismo de la recesión, pasaron a considerar exiguos los beneficios del modelo bienestarista en comparación con lo que les ofrecía el mercado privado; por otro, las nuevas clases medias recién formadas, al depararse con la posibilidad de ver socavado sus éxitos logrados con tanto esfuerzo, también dejaron de apoyar al modelo bienestarista (Garland, 2005). Esta atmósfera posibilitó el avance de las fuerzas neoliberales, bajo la promesa de que el mercado restablecería la prosperidad económica que el Estado intervencionista no pudo seguir cumpliendo, y un viraje neoconservador, que pasó a representar como inmoral la conducta de los pobres, los trabajadores desocupados, los consumidores de drogas, las madres solteras que vivían de las ayudas sociales, los inmigrantes y, cómo no, los delincuentes (Garland, 2005). De este modo, las consignas de “control económico y liberación social” fueron reemplazadas por la pareja “libertad económica y control social”, y la política criminal de “tolerancia cero” ganó gran notoriedad y amplio apoyo

popular por su presunta eficacia en términos de construcción de seguridad ciudadana, lo que resultó en un proceso de encarcelamiento masivo, con índices históricos (Garland, 2005).

(...) el delito cobró una nueva significación estratégica en la cultura política (...); comenzó a funcionar como una legitimación retórica de las políticas sociales y económicas que castigaban efectivamente a los pobres y como una justificación para el desarrollo de un fuerte Estado disciplinario. En el discurso político de este periodo¹⁹, fueron completamente desacreditadas las explicaciones sociales sobre el problema del delito. Según se decía, tales explicaciones negaban la responsabilidad individual, excusaban las faltas morales, diluían el castigo, alentaban las malas conductas y, en este sentido, eran emblemáticas de todo lo que tenía de errado el welfarismo. El delito pasó a ser considerado, en cambio, como un problema de indisciplina, de falta de autocontrol o de control social, un asunto de individuos malvados que debían ser disuadidos y merecían ser castigados. En lugar de ser un indicador de necesidades o privaciones, el delito era una cuestión de culturas o personalidades antisociales, así como de elecciones racionales individuales frente a una laxa aplicación de la ley y unos regímenes de castigo blandos (Garland, 2005, p. 177).

De todo ello emergió una sociedad profundamente escindida: las solidaridades e identidades colectivas que antes encontraban aliento en el Estado de bienestar social quedaron destruidas y en su lugar sobrevino el reforzamiento de antiguas divisiones sociales y emergieron otras nuevas, como por ejemplo la disección entre seducidos y reprimidos (Garland, 2005). En

¹⁹ Desde los años ochenta en adelante (Garland, 2005, p.176).

este contexto, considérase que el mito del “*self-made man*” ganó terreno y se ahincó como lema. A través de apelar a un sentido neo-romántico de destacarse por méritos propios y hacerse únicos para lograr visibilidad social, el mito del “*self-made man*” endereza adecuadamente los ideales políticos de individualismo y progreso democrático contemporáneo a la vez que enmascara la presencia perturbadora del poder de las grandes corporaciones (Catano, 1990). Crea un sentido de éxito social como meta fundamental a ser perseguida, circunscribiendo su valía a la capacidad de superación individual de obstáculos, consolidando así la esfera cultural adecuada para que las necesidades político-económicas del capitalismo neoliberal se vigoricen y se sostengan de manera intangible y autoimpuesta. Y aquí otra vez aparece la idea de performance, pero ahora como sinónimo de rendimiento, de exigencia de resultados y habilidades, de superación, de capacidad de lograr los fines deseados con eficacia. Otra interpretación posible para el planteamiento de Lipovetsky (1993) sobre la posmodernidad como el tiempo de la performance pura.

Volviendo a Lipovetsky (1993), en lo que concierne específicamente a la delincuencia el autor indica que “si el proceso de personalización suaviza las costumbres de la mayoría, inversamente endurece las conductas criminales de los marginados, favorece el surgimiento de acciones energúmenas, estimula la radicalización de la violencia” (p.206). Puntúa el autor, además, que la violencia criminal pasa a estar ligada al provecho, se vuelve imprevisible, pasa a tener el nerviosismo como su trazo dominante, pierde sus fronteras estrictas (en términos de lugar y momento, e incluso en cuanto a la edad de los sujetos), el crimen se “desprofesionaliza” y la criminalidad se expresa sin proyecto ni ambición ni imaginario, muchas veces con desproporción entre riesgos y provechos.

La primera y fundamental clave para entender el escenario que se plasmó es que “la lógica *cool* prosigue por otros medios el trabajo plurisecular de la exclusión y la relegación; ya no por la explotación o la alienación por imposición autoritaria de normas occidentales, sino por criminalización” (Lipovetsky, 1993, pp.207-208). En otras palabras, “la violencia se ha marginado” (Lipovetsky, 1993, p.219). En esto coincide el autor con lo sostenido por Garland (2005), como verificado anteriormente. Pero para Lipovetsky (1993), si bien la delincuencia posmoderna no puede ser correlacionada a un hábito arcaico, tampoco sería adecuado entenderla como una rebelión, en el sentido de un esquema dialéctico de lucha de clases articulada en torno a un proletariado organizado: hay un nuevo perfil, una desideologización de la delincuencia. He aquí entonces la segunda clave nuclear:

Si la revolución libertaria de los años sesenta era aún ‘utópica’, portadora de valores, hoy día, las violencias que estallan en los ghettos se apartan de cualquier proyecto histórico, fieles al proceso narcisista. Revolución pura del desempleo, del paro, del vacío social. Al licuar la esfera ideológica y la personalidad, el proceso de personalización ha liberado una violencia tanto más dura cuanto no tiene esperanza, *no future*, a imagen y semejanza de la nueva criminalidad y de la droga (Lipovetsky, 1993, p. 219).

Las demás claves explicativas que se puede obtener e interpretar del razonamiento de Lipovetsky (1993) serían las siguientes: 1) si el proceso de personalización estimula las necesidades a la vez que suscita una frustración crónica, eso repercute de modo bastante más agresivo sobre grupos socialmente marginados; 2) la lógica hiperindividualista está asociada a una demanda muy fuerte por autonomía (material o psicológica) y tal presión en este sentido

tiende a ser más insoportable para aquellos que tienen menos oportunidades o más limitaciones instrumentales para lograrla, lo que podría facilitar la manifestación de actos de tipo ‘hacer lo que sea a cualquier coste’²⁰, incluso con utilización de una violencia cruda; 3) hay un choque entre un desenmarcamiento personalizado (deseos individualistas, profusión, tolerancia) y un enmarcamiento tradicional (realidad cotidiana de ghettos, paro, indiferencia hostil o racista)²¹ que puede explotar en delincuencia cuando se ponen en contacto el estímulo eufórico a vivir intensamente, típico del hedonismo del proyecto posmoderno, y las reminiscencias de un universo de honor y venganza a la deriva; 4) performance pura y vacío correlacionan con un hiperrealismo, que consiste en la posibilidad de que la existencia se manifieste con independencia de sentido, incluso indiferente a eso, sin inquietud ni denuncia, la objetividad fría del no tener nada que decir; el crimen sería una consecuencia posible del hiperrealismo (el suicidio sería otro, por ejemplo)²².

En distinto ensayo, por medio del cual ha tejido exhaustivas reflexiones sobre la sociedad del hiperconsumo, Lipovetsky (2007) ofrece otras claves más para interpretar las expresiones de la delincuencia en estos tiempos hodiernos. Una de ellas alumbra la comprensión de los tres primeros puntos presentados en el párrafo anterior y trata de que, como el consumo se ha

²⁰ Es imprescindible aclarar que cualquiera puede ‘hacer lo que sea a cualquier coste’ independientemente de tener pocos o muchos recursos materiales a su disposición; los casos de corrupción que involucran políticos y grandes empresarios están ahí para demostrarlo. Lo que sucede es que, sin lugar a duda, los marginados sociales serán los blancos fáciles del sistema punitivo.

²¹ Es decir, un contexto en que seres particulares son puestos en segundo plano en relación al conjunto social.

²² A grandes rasgos, parece existir una especie de relación negativa entre homicidios y suicidios en el mundo. Se observa que los países con más altos índices de suicidio por lo general suelen presentar tasas muy bajas de homicidios y viceversa. Muchembled (2012), mencionando el caso de Colombia, afirma que hay una interdependencia entre los dos fenómenos - como se fueran dos caras de una misma moneda - y que ello merece estudios más avanzados.

convertido en una especie de mediador de la “verdadera vida” (es decir, el definidor por excelencia del aprecio/desprecio social y, pues, de los modos de vida dominantes) pero el telón de fondo para muchos, en cambio, es el paro masivo y una desigualdad social creciente, la consecuente frustración de percibirse en una jungla y no poder “vivir como todo el mundo” podría conducir a la delincuencia. Parece ser que en el seno de la sociedad del hiperconsumo las identidades pasan a construirse alrededor del consumo porque éste se presenta como potente vehículo aglutinador, de catálisis y/o encauce de las múltiples posibilidades/necesidades performáticas, potencialmente capaces de liberar los sujetos de cualesquiera ataduras a la par que llenan el vacío del proceso de personalización. Quizás ésta sea la razón por la que Lipovetsky (2007) afirma que el infierno no reside en la sed insaciable de consumir, sino en el subconsumo. El desaliento producido por las restricciones tiene profundas consecuencias en términos de desorientación del yo²³, y es posible que el delito funcione como una vía hacia su encauce.

Por un lado, los jóvenes de los barrios periféricos de las grandes ciudades asimilan masivamente las normas y los valores consumistas. Por el otro, la vida precaria y la pobreza les impiden participar plenamente en las actividades de consumo y en las diversiones comerciales. De esta contradicción surge con fuerza un chorro de sentimientos de exclusión y de frustración, al mismo tiempo que comportamientos de tipo delictivo²⁴. (...) cuando las demás vías del

²³ Recordar que la performance también soporta como significados la superación de los límites y la competencia.

²⁴ Aclarar que se cree que los comportamientos de tipo delictivo no son la consecuencia insuperable de la desorientación del yo, sino que la manera de intentar superarla, reordenando la propia existencia, algo que quizás por otras vías sería muy poco posible de suceder.

reconocimiento social fallan, “sacar pasta” y consumir se imponen como objetivos preeminentes. (Lipovetsky, 2007, pp. 183-184).

La otra clave significativa que figura en las meditaciones de Lipovetsky (2007) sobre el universo posmoderno del hiperconsumo tiene que ver con la disolución de la conciencia y solidaridad de clase a pesar del crecimiento de la desigualdad. Las impecables cavilaciones de Garland (2005) reproducidas anteriormente ya señalaban en este sentido e iluminaban profundamente bien la cuestión. Sin embargo, dado el impacto político de dicho fenómeno sumado a su inédita manifestación histórica, merece la pena enfatizar el tema, ahora desde un punto de vista cultural y psicosocial, complementario al abordaje político-económico de Garland (2005). Así, se destacará a continuación una reflexión de Lipovetsky (2007) desde la que se extrae la idea de inmovilización de la acción política colectiva a consecuencia de la reconfiguración de las subjetividades en el marco del hiperindividualismo posmoderno, que colapsa cualquier esquema de solidaridad social porque, por un lado, nubla el entendimiento claro de que los procesos de exclusión tienen un trasfondo político-económico indisociable (no son, por lo tanto, problemas aislados del orden de lo inmoral o del fracaso individual) y, por otro, impide que se construyan proyectos comunales o redes de colaboración real (no utilitarias): cuando lo único en común pasa a ser la construcción de caminos vitales diversos y liberados de cualesquiera ataduras, los consensos y consonancias pasan a ser mera casualidad puntuales.

Hasta hace poco la pobreza describía a grupos sociales tradicionalmente estables e identificables, que conseguían subsistir gracias a las solidaridades vecinales. Esta época ha pasado, las poblaciones invalidadas de la sociedad postindustrial no constituyen, hablando con propiedad, una clase social determinada. (...) el paisaje

de la exclusión hipermoderna se presenta como una nebulosa sin cohesión de situaciones y recogidos particulares. En esta constelación de dimensiones plurales no hay ni conciencia de clase, ni solidaridad de grupo, ni destino común, sino trayectorias e historias personales muy diferentes. (p. 182).

Para seguir con la depuración de las claves sacadas de las reflexiones de Lipovetsky (1993, 2007) una nueva pausa para reflexión se hace necesaria, a fin de proyectar, a partir de una lectura cruzada con otros autores, un mejor entendimiento de las mismas. De esta suerte, llamar la atención primeramente a lo que sostiene Jameson (1991): que el posmodernismo es una dominante cultural desde aproximadamente los años sesenta en adelante y que todas las posiciones referentes a esta cultura posmoderna, tanto las que la alaban como las que infaman, son enunciaciones políticas explícitas o implícitas sobre la naturaleza del capitalismo contemporáneo multinacional. Lo que eso significa es que pensar en términos de posmodernidad pasaría hoy necesariamente por indagar en el neoliberalismo, en las premisas en las que él se basa, cómo opera y que consecuencia sociales acarrea.

Dicho esto, Jameson (1991) puntúa lo corriente que es que las expresiones de desafío social y político terminen siendo cooptadas por la cultura oficial (a lo que él llama “la dominancia”) en la posmodernidad, ya que todo termina integrándose a la lógica ampliamente reconocida de la producción general de bienes y la administración del deseo. De ello se puede inferir que el sistema neoliberal consigue desarmar en su propio seno, y constantemente, las contradicciones y divergencias que suscita, pero a la vez, esa mecánica de desactivación de las oposiciones termina por desplegar acciones crudamente violentas cuando vuelven a estallar los antagonismos, como en una especie de intento de superación de dicho desarme y la angustia que

eso produce, más allá de si en la práctica los sujetos sean o no conscientes de ello. Eso ayuda a entender lo *hard* y la huida hacia adelante sin límites a que se refiere Lipovetsky (1993), así como sus enunciaciones sobre el endurecimiento de las conductas criminales de los marginados, el surgimiento de acciones energúmenas, la radicalización de la violencia y el nerviosismo como trazo dominante de la criminalidad posmoderna. También ayuda a entender lo sostenido por Garland (2005) sobre el control del delito, “lo inmoral”, como legitimación retórica de las políticas económicas y sociales.

Por otra parte, Jameson (1991) señala como características constitutivas del posmodernismo una nueva superficialidad y el debilitamiento de la historicidad (tanto en términos de la temporalidad pública como privada) que posibilitan la conversión de lo que sea en mercancía bien como el fetichismo de la mercancía: la primera característica se refiere al surgimiento de un nuevo tipo de bidimensionalidad o falta de profundidad que favorece el foco en un objeto material en tanto que encubre la revelación de todo un mundo ausente alrededor de él, produciendo así la cultura del simulacro²⁵, que representa “un salto cuántico sin paralelo en el proceso de alienación de la vida diaria de la ciudad” (p. 57); la segunda consiste en que la temporalidad ha sido suplantada por una lógica espacial, de manera que el sujeto ha perdido la capacidad de organizar su pasado y su futuro en forma de experiencia coherente (la experiencia humana se ha convertido en fragmentos discontinuos, al azar), lo que genera una angustia cuya euforia del consumo se dispone a aplacar. Así, en resumen, la experiencia de vivir en una especie

²⁵ Ilusión de óptica, ocultamiento, espejismo, vacío. Para Jameson (1991), el simulacro consiste en “una copia idéntica de un original que nunca ha existido” (p. 37) o en “la *desrealización* de la realidad circundante de la realidad cotidiana” (p. 58). Según el autor, “resulta altamente apropiado que la cultura del simulacro nazca en una sociedad en que el valor del cambio se ha generalizado hasta el punto de que desaparece hasta el recuerdo del valor de uso” (pp. 37-38).

de irrealidad o ficción real genera una pérdida de memoria individual y colectiva que desestructura las identidades personales y grupales, lo que por una parte favorece a que se instaure el esquema neoliberal de servidumbres autoimpuestas encubiertas y por otra impide que las interacciones del presente sucedan a modo de convertirlo en un espacio para la praxis, en su acepción de transformación política (Jameson, 1991). Ayuda también la comprensión de la difusión y arraigo de la creencia en el mito del “*self-made man*” (Catano, 1990), así como el entendimiento de la magnitud de procesos tales como el hiperconsumo (en cuanto búsqueda de sensaciones instantáneas), el hiperindividualismo, el quiebre de los esquemas de solidaridad y la despolitización a que se refiere Lipovetsky (1993, 2007), y su centralidad en el proyecto neoliberal.

Murillo (2011), basándose en el concepto foucaultiano de gubernamentalidad²⁶, explica cómo el ideal de libertad individual se ha convertido en el componente primordial en el imaginario consolidado por las tecnologías neoliberales de gobierno de las mentalidades, ocultando las muertes y amenazas de muerte, reales y simbólicas, que se desdoblan de la violencia infligida por una nueva forma de biopolítica²⁷, que consistiría en una versión refinada de autogobierno de los sujetos inédita en la historia, puesto que se manifiesta de maneras más

²⁶ Sobre la gubernamentalidad, aclara Murillo (2011) que “alude al ensamblaje de procesos objetivos y subjetivos, vincula racionalidades políticas y procesos de subjetivación” (p. 92), ya que se trata de “un complejo de tácticas-técnicas que desde diversos dispositivos se despliegan sobre los cuerpos individuales y colectivos y que tienen como efectos la construcción y autoconstitución de sujetos en base a normas ideales” (p. 91) que jamás son extraños a la propia cultura, y que “posee la riqueza de intentar articular las líneas de fuerza políticamente trazadas a través de diversos dispositivos, entre ellos el Estado, con los procesos de subjetivación en los que el yo se conforma en base a ideales” (p. 91), esclareciendo que “el Estado, en esta clave de sentidos es sólo el efecto de un conjunto de dispositivos o un complejo de dispositivos, que, entre otros, ejerce el gobierno de los sujetos colectivos e individuales” (p. 92).

²⁷ Concepto igualmente foucaultiano que, acorde con Murillo (2011), consiste en “una tecnología propia de un arte de gobernar centrado en la administración de la vida de las poblaciones” (p. 93) que utiliza dispositivos disciplinarios que encuadran a los sujetos en modelos de mínimos y máximos deseables y tolerables de orden y desorden.

sutiles y diversas, cambia las racionalidades políticas y con ello los procesos de subjetivación. El arte neoliberal de gobierno gestiona la cuestión social utilizando la idea de satisfacción del deseo, que erige del postulado de la centralidad del sujeto, para moldear y conducir al individuo y sus intereses a través del consumo (Murillo, 2011). Así las cosas, en la era postindustrial los sujetos se convierten en ciudadanos-consumidores y pasan a ser considerados participantes del mercado, en donde, como en una feria, cada cual concurre buscando obtener a cambio de su capital una renta, que puede aumentar o disminuir en función de elecciones racionales asentadas en diferentes grados de formación, información, relaciones sociales, factores hereditarios o congénitos, bien como la suerte o el azar, lo que significa que la gubernamentalidad neoliberal naturaliza la desigualdad, estimula la competencia social y extirpa la contradicción entre capital y trabajo (Murillo, 2011).

Se trata, como afirmamos antes, de gobernar a los sujetos desde el cuidado de sí mismos, desde la propia subjetividad que debe modelarse de modo tal que todas sus acciones la conduzcan en cada momento a ubicarse en posiciones más favorables en la competencia. *Se trata de un poder de autogobierno a partir del propio deseo*. Autogobierno que ya no se basa en el respeto a una ley universal a nivel moral, la ley moral sólo apunta en la gubernamentalidad neoliberal a la búsqueda de triunfar en diversas competencias y ello exige lealtades diversas y consecuentemente traiciones diversas, en las cuales el único norte es el cuidado de sí mismo (Murillo, 2011, pp. 103-104).

Teniendo en cuenta lo anterior, necesario se hace resignificar tres puntos identificados en las claves extraídas del pensamiento de Lipovetsky (1993, 2007):

- 1) La idea de una violencia criminal ligada al provecho (incluso con desproporción entre riesgos y provechos), imprevisible, sin fronteras estrictas, y de que el crimen se desprofesionaliza, debe ser entendida, a raíz de lo verificado arriba, como consecuencia de una asimilación de las propias características del proyecto neoliberal que, en el decir de Sassen (2013, 2015), sigue una lógica de extracción predatoria con vistas a la obtención e incremento de lucros y beneficios de toda suerte, a la cual la globalización opera como un puente, y que termina imponiendo una dinámica social de ganadores y perdedores.
- 2) La idea de criminalidad sin proyecto ni ambición ni imaginario, de desideologización de la delincuencia y de que no hay cabida a la comprensión de la violencia o crimen desde la perspectiva de la rebelión, habrá que entenderlas a todas ellas en el marco de lo sostenido por Murillo (2011), de una gubernamentalidad neoliberal que naturaliza la desigualdad, estimula la competencia social y extirpa la contradicción entre capital y trabajo (que es la base del esquema dialéctico de lucha de clases), así como en el marco de lo postulado por Jameson (1991) sobre la nueva superficialidad y el debilitamiento de la historicidad producidos por el posmodernismo que terminan impidiendo que las interacciones del presente sucedan a modo de convertirlo en un espacio para la praxis. La inmovilización de la acción política y la disolución de las solidaridades es un legado de la posmodernidad para todos los seres vivientes. Si, como muy acertadamente defiende Murillo (2011), todo confluye a que el único norte sea el cuidado de sí, y ello suscita lealtades diversas y traiciones diversas como modo de subsistencia en un escenario global de duras competencias individuales que se producen en el seno de un esquema de sociedad-mercado, entonces es fundamental

posicionar la intelección del crimen como una herramienta de resistencia frente a una robusta realidad de expulsiones descritas a perfección por Sassen (2015, 2014, 2013).

- 3) El concepto de simulacro de Jameson (1991) parece guardar fuerte correlación con el hiperrealismo de Lipovetsky (1993). En uno de los ejemplos utilizados por Jameson (1991) para explicar su concepto, el autor describe un emblemático edificio de Los Angeles que aspira ser una especie de mundo completo en sí mismo, una ciudad en miniatura que, pese a franquear a cualquiera el moverse y congregarse en su interior, no quiere ser parte de la ciudad, sino su equivalente y su sustituto, de suerte que su recubrimiento exterior de cristal reflectante cumple el papel de rechazar a la ciudad de afuera. Por consiguiente, cuando las personas que están en la parte exterior miran hacia el edificio se ven reflejadas al igual que ven reflejado una parte de lo que está a su alrededor, pero a la vez lo que en realidad sucede es que todos son proyectados hacia fuera, expulsados, impedidos sutilmente de entrar y formar parte. Análogamente, si para Lipovetsky (1993) el crimen es consecuencia del hiperrealismo, lo que se deduce de ello es que el crimen sería el intento de romper este cristal que exilia, que expulsa.

Todos estos razonamientos conducen a rescatar la teoría criminológica de la anomia de Merton (1938), que afirma que la presión dominante hacia el alcance de los estándares grupales de éxito empuja los sujetos cuyas oportunidades materiales e/o instrumentales se muestran asfixiadas (o incluso negadas) hacia la búsqueda cada vez menos frecuente de los esfuerzos legítimos, por ineficaces que se revelan ser en general, a la vez que les arroja al uso creciente de recursos ilegítimos, que al menos les son mínimamente eficaces. Merton (1938) sostiene que la cultura del éxito tiene exigencias incompatibles con las posibilidades de los situados en los

niveles más bajos de la estructura social y la consecuencia de esa incongruencia estructural es el apareamiento, en elevadas proporciones, de la conducta desviada.

Durkheim (1976) ha hecho hincapié en que los comportamientos humanos, individuales o grupales, deben ser pensados en el marco del proceso de civilización, y que en este sentido tales comportamientos conforman en sí leyes y procesos sociales globales, de manera que la vida cotidiana se desarrolla bajo la influencia robusta de factores de tipo social e histórico que prevalecen sobre los de tipo individual. Sostiene que la sociedad debe ser entendida a partir de sus oscilaciones - puesto que ahí están las claves para comprender los procesos sociales e históricos que inciden sobre las experiencias particulares - y que la magnitud de estos movimientos por los que pasa la sociedad puede ser medida y cuantificada.

Asimismo, Durkheim (1976) mostró que existen necesidades humanas de tipo ético que suscitan la solidaridad y la cooperación entre los individuos, lo que les permite generar y recibir acogimiento, superar conjuntamente situaciones adversas, construir colectivamente proyectos comunes. Cuando esta red no se arma o deja de funcionar, entonces el propio entorno social pasa a significar una fuente de angustia y miedo, los individuos pasan a competir entre ellos, se aíslan y hasta se rompe por completo el tejido social, generando un estado de anomia, que se inicia con una especie de ‘muerte’ social y culmina en una ‘muerte’ individual (Durkheim, 1976).

Algo análogo parece estar pasando en la posmodernidad. Indagar en ello por medio del análisis del fenómeno delincriminal, además de actualizar la comprensión del mensaje que emana de dicho fenómeno, permite hacer un ejercicio semejante a lo que Durkheim hizo al estudiar el suicidio, un ejercicio de superación de los abordajes basados en la investigación de trastornos conductuales/mentales que desveló un telón de fondo mucho más amplio, una

verdadera constelación de conexiones histórico-sociales que están por detrás de la superficialidad de las imágenes representadas por las conductas humanas, y que ejercen sobre éstas una influencia descomunal.

La posmodernidad presenta una dosis considerable de sufrimiento ético-político y de pérdida de potencia de acción, utilizando los conceptos de Sawaia (2001), y el crimen es un intento de aplacarlo, la evidencia viva de su existencia, un estampido que rompe el silencio de la indiferencia hacia el proyecto de construcción de un bienestar social real y equitativo, o bien el silencio de la perplejidad frente a la constatación de que lo poco que se tenía ahora se desvanece (especialmente en materia de reducción de la brecha entre ricos y pobres), o rompe incluso aquel silencio resignado, de los que se callan frente a una lucha que consideran estéril.

Simbólicamente, el crimen destripa la posmodernidad y saca a la luz toda la podredumbre de expulsiones - utilizando el concepto de Sassen (2015, 2014, 2013) - “de los grupos que no podían ser utilizados rentablemente” (Garland, 2005, p. 142), ocultas detrás de los slogans neoliberales de un bienestar social al alcance de todos los que se empeñan en lograrlo, de meritocracia, de que cualquiera puede conseguir lo que se propone desde que se esfuerce cotidiana y suficientemente por superar sus límites, de que una vida plena de éxitos personales y materiales depende exclusivamente del comprometimiento individual por hacerlo realidad.

Las reflexiones teóricas hasta ahora presentadas demuestran que la contemporaneidad reúne los elementos y las condiciones para la plasmación de un escenario de anomia, a consecuencia del proceso de personalización descrito por Lipovetsky (1993). Esta anomia puede ser medida, así como la atmósfera de angustia y vacío generada por el hiperindividualismo puede ser verificada por medio de la medición de la presencia de fatalismo y una baja satisfacción con

la vida. En lo concerniente a la corrosión del tejido social que el hiperindividualismo trae aparejado, ésta puede ser medida a través de la verificación de bajos niveles de sentido de comunidad y participación social. La medición del bienestar social y de eventos vitales estresantes sirve para desvelar el proceso de exclusión social de la sociedad global contemporánea, revelando las injusticias ignoradas o disimuladas del proyecto posmoderno. La comprobación de los niveles de empoderamiento y autoeficacia expone el grado de vaciamiento de poder colectivo e individual, de la pérdida de agencia, generados por las nuevas y amorfas servidumbres posmodernas que derivan de un nuevo esquema de control de la vida, en el que se insiere el hiperindividualismo. Todo esto es lo que se va a ver de ahora en adelante en el siguiente apartado de este trabajo, que presentará dichas mediciones, los resultados obtenidos de las mismas, así como las conclusiones que suscitan.

Capítulo 3: Las variables elegidas para el estudio

3.1. Empoderamiento

El concepto de empoderamiento, acorde con Pick et al. (2007), expresa un proceso de cambio que posibilita a los sujetos pasar de una condición de debilidad de poder para incidir en el contexto desfavorable en el que viven, de cara a transformarlo, hacia la adquisición de agencia colectiva para hacerlo. “El proceso de desarrollar empoderamiento a menudo sucede en etapas, con la meta final de desarrollo en el nivel comunitario más amplio” (Pick et al., 2007). Consiste en un proceso grupal de fortalecimiento con vistas a luchar colectivamente contra una condición compartida de desprotección, desigualdad social y ausencia de bienestar (Pick et al., 2007). Este proceso, además de tener claras repercusiones individuales positivas, sobre todo en cuanto a la emergencia y desarrollo de una conciencia colectiva y crítica del ambiente sociopolítico y económico, mejora la relación de los sujetos con su entorno y va incluso más allá de la lucha por acceso a recursos, operando a nivel de obtención de control sobre los recursos y los accesos (Pick et al., 2007). Sujetos empoderados adquieren agencia personal, un enfoque proactivo de la vida y una capacidad efectiva de elegir (Pick et al., 2007).

Desde la perspectiva de la criminología crítica y el realismo de izquierdas - que consideran el crimen y la criminalidad como un reflejo de las disparidades producidas por la estructura económica, las divisiones sociales, las desigualdades en función de la clase, la etnia, la raza, las relaciones de género y las diferencias de poder - el empoderamiento formaría parte de la lucha política por justicia social, y éste sería el camino hacia la prevención social del delito (Baillergeau y Hebberecht, 2012). No obstante, hay estudios sobre empoderamiento y

delincuencia que trabajan el concepto a partir de un abordaje de apoderamiento de las familias y las comunidades hacia una política de prevención del delito basada en el control de los comportamientos inaceptables que se desarrollen en su seno, a través de dotarles de conocimientos y habilidades técnicas para hacerlo (Kakar, 1998; Dembo, Schmeidler y Wothke, 2003). Se observa un empleo inadecuado del concepto de empoderamiento desde el punto de vista de la lucha política por justicia social.

3.2. Autoeficacia

El concepto de autoeficacia lanza luces a la teoría de la anomia de Merton (1938, 1967, 1968), porque reflexiona sobre un mecanismo psicosocial de esfuerzos y recompensas que se pone en marcha en circunstancias de afrontamiento de situaciones problemáticas. Con base en Galindo y Ardila (2012), se nota que la autoeficacia es una de las variables más representativas de la agencia personal y que guarda fuerte relación con la exclusión social, de manera que cuando se mide la autoeficacia se consigue averiguar qué tanto de las potencialidades individuales y la capacidad de toma de decisiones y de asociación de las personas resultan afectadas en una estructura social en la que los accesos en general, y al bienestar y la autodeterminación en particular, son desiguales.

El estudio empírico realizado por Galindo y Ardila (2012) sobre autoeficacia en sujetos en situación de pobreza ha identificado una tendencia baja en esta variable asociada a creencias de desesperanza e impotencia de cara a cambiar su situación socioeconómica, fatalismo, sufrimiento y baja satisfacción con la vida. De las entrevistas del estudio se puede deducir

también una tendencia a bajos niveles de empoderamiento y participación sociopolítica, así como una tendencia a elevado nivel de anomia.

Al desarrollar el concepto de autoeficacia, Bandura (1977) hace una diferenciación entre expectativa de eficacia y expectación de resultado: pese a que ambas están interconectadas, la primera idea consistiría propiamente en autoeficacia y significa la convicción de que uno puede ejecutar con éxito las conductas necesarias para acercarse al resultado deseado, más allá de si el logro va o no producirse; la segunda sería la estimación personal de que un comportamiento dado seguramente conducirá a los resultados; en resumidas cuentas, en la primera idea el acento está puesto en la performance mientras que en la segunda lo está en el desenlace.

Según Bandura (1977) , “las personas temen y tienden a evitar situaciones amenazantes que creen superan sus habilidades de afrontamiento, mientras que se involucran en actividades y se comportan con seguridad cuando se juzgan capaces de manejar situaciones que de otra manera serían intimidantes” (p. 194; traducción propia). En esta sensación de seguridad también influyen la expectación de resultado y sobre todo el acúmulo de experiencias previas de logro de resultados exitosos, si bien la intensidad y mantenimiento de los esfuerzos de afrontamiento hacia la superación de obstáculos y experiencias aversivas son determinados por la expectativa de eficacia (Bandura, 1977). Así, se puede concluir que en un escenario de exclusión y desigualdad social - y que a la vez pone un énfasis desmesurado en el éxito - aquellos sujetos cuyos accesos y horizontes de posibilidades se encuentran bloqueados, restringidos, disminuidos, quedan especial e inhumanamente afectados en su potencial de agencia.

Un estudio empírico realizado por Martín, Alonso y Pallejá (2002) sobre autoeficacia y delincuencia en población española ha tratado la cuestión desde la óptica de la expectativa de

eficacia para la comisión de conductas antinormativas o antisociales. Además, se les pidió a los sujetos de la muestra que informaran cuáles de dichas conductas ellos habían efectivamente llevado a cabo. La conclusión del estudio se detiene en que la decisión de cometer o no delitos yace en el juicio de capacidad para ejecutarlos, y a partir de ello se discute la vinculación o desvinculación moral para la consumación de conductas consideradas socialmente problemáticas y el establecimiento de “carreras delictivas”. Este es un típico estudio enfocado exclusivamente en una dimensión individual del crimen, que incluso cuando observa algunas variables de tipo social lo hacen para explicar el delito como una realidad ontológica y finalmente decaer en la responsabilidad individual, como si la dimensión política de la cuestión no existiera o fuera algo de muy poca relevancia, algo completamente distinto a lo que se propone en esta tesis doctoral, que además de demostrar el peso de la dimensión política del crimen también resalta la dimensión política de la autoeficacia en tanto que agencia personal y no un problema de autoregulación. Otro ejemplo sería el estudio de Caprara, Gerbino, Paciello, Di Giunta y Pastorelli (2010) que demostró que sujetos que tempranamente presentan problemas para regular sus emociones y comportamientos, en consonancia con las normas sociales establecidas, presentarán más tarde baja autoeficacia para resistir a las presiones de sus pares para cometer actos delictivos.

3.3. Eventos vitales estresantes

Los eventos vitales estresantes son factores situacionales adversos que tanto pueden movilizar como deteriorar los recursos de apoyo en una comunidad (Gracia y Herrero, 2004). Sin embargo, un estudio realizado por Gracia y Herrero (2004) ha constatado una relación

estadísticamente significativa entre una elevada incidencia de eventos vitales estresantes (problemas en el trabajo, en la familia, de salud, financieros, legales, etc.) y la reducción de la integración social y la participación comunitaria. El estudio también ha identificado que los ingresos fueron el evento vital más expresivamente señalado como estresor, y que mientras más altos eran los ingresos informados menores eran los eventos vitales estresantes percibidos. Gracia y Herrero (2004) además llaman la atención para la importancia de la integración y participación social en el bienestar psicológico.

Oliva, Jiménez, Parra y Sánchez-Queija (2008) sostienen que los eventos vitales estresantes constituyen factores de riesgo social. Los resultados del estudio que llevaron a cabo demostraron una influencia significativa de estos eventos sobre la satisfacción vital, los problemas emocionales y especialmente sobre los problemas exteriorizantes, incluso relacionados a actividades antisociales.

Agnew, Brezina, Wright y Cullen (2002) expanden la teoría criminológica de la tensión/frustración idealizada por Agnew a principios de los años noventa, presentando nuevas evidencias empíricas. La teoría se basa en que sujetos delincuentes son menos capaces de soportar presiones internas y externas por solucionar sus conflictos saltándose las normas sociales básicamente por la incapacidad de contener sus emociones negativas y de posponer el goce de las recompensas deseadas (Agnew et al., 2002). La idea es que al sentirse presionado se desarrollan fuertes emociones negativas en el sujeto que, con tal de aplacarlas, tiende a responder con una conducta antisocial o antinormativa, de manera que los sucesos vitales estresantes acumulados entrarían en tal esquema como una suerte de detonante (Agnew et al., 2002). Siguiendo los pasos anteriores, Ireland, Rivera y Hoffmann (2009) identificaron que sujetos

expuestos a un estado crónico de eventos vitales estresantes tienen mayor tendencia a desarrollar trayectorias delincuenciales crónicas, y que la cronicidad de los estresores sirve para discriminar la delincuencia persistente de la eventual.

En esta tesis doctoral, sin embargo, los eventos vitales estresantes van a operar como una especie de indicador de asperezas, desolación, malestar y padecimiento resultantes de una condición social de vulnerabilidad impuesta a determinados sujetos más que a otros y van a servir para ayudar a demostrar - claramente en conjunto con las demás variables, pero en este caso especialmente con la satisfacción vital - el componente propiamente afectivo del sufrimiento ético-político a que se refiere Sawaia (2001). Lo que se va a poner de relieve aquí es que el impacto emocional de los estresores tiene una muy fuerte conexión con la posición que a los sujetos les fue facultada ocupar o no en la estructura socioeconómica, de manera a hacerse notar que es el problema político de los accesos, y no una cuestión de personalidad, lo que condiciona y gradúa la capacidad de afrontamiento de los sucesos estresantes y la sobredosis de angustia que eso conlleva.

El cuestionario utilizado para medir los eventos vitales estresantes se trata de una adaptación propia de una escala conocida, pero eso se va a explicar con más detalles en el capítulo que describe el estudio empírico. No obstante, cabe informar que los siete últimos datos de la tabla de descripción de la muestra fueron sacados de las respuestas dadas a algunas de las preguntas del cuestionario de eventos vitales estresantes, y con eso se puede tener una idea del tipo de preguntas realizadas. Por otra parte, informar también que los datos de eventos vitales estresantes sirvieron tanto para comprobar las diferencias entre los grupos como para verificar

correlaciones con otras variables del estudio y para servir como variables independientes en los análisis de predicción de la anomia, la satisfacción vital y el fatalismo.

3.4. Bienestar social

Acorde con Blanco y Valera (2007) el bienestar se desglosa en tres dimensiones, a saber: el bienestar subjetivo, que consistiría en la satisfacción vital y los afectos positivo/negativo sentidos ante determinadas situaciones vitales; el bienestar psicológico, compuesto de la auto-aceptación, las relaciones positivas con los demás, la autonomía, el dominio del entorno (habilidad para elegir o crear entornos favorables), los objetivos vitales que dan sentido a la existencia y el crecimiento personal (capacidad y empeño para desarrollar las potencialidades del ser); y finalmente el bienestar social, que es de lo que se va a ocupar este apartado.

Los escenarios sociales y las instituciones juegan un papel decisivo en el bienestar de las personas (Blanco y Valera, 2007). Salcedo (2000) considera el bienestar un criterio de justicia social. En el marco de la interacción de los individuos con su entorno, el bienestar social consistiría, en resumidas cuentas, en la capacidad del medio de proporcionarles las condiciones para realizarse integralmente como ser humano (Muratori, Delfino y Zubieta, 2013). Para Blanco y Valera (2007), el bienestar es un concepto heredero del principio de la emancipación desarrollado por los grandes pensadores del siglo XIX, y tiene que ser el marco referencial central de las políticas y prácticas de intervención social.

Keyes (1998) define las cinco dimensiones que conforman el bienestar social: integración social, aceptación social, contribución social, actualización social y coherencia social. La primera de ellas consiste en una evaluación de la calidad de las relaciones establecidas entre los

sujetos y la comunidad y sociedad a las que pertenecen; tiene que ver con el sentimiento y la condición de ser parte efectiva de una colectividad, con la que se tiene elementos en común y en donde se puede establecer intercambios positivos; tiene que ver con cohesión social, aislamiento sociocultural y conciencia de clase (Keyes, 1998). La aceptación social se refiere a la capacidad de los sujetos de confiar en los demás y sentirse cómodo con ellos, de creer que los demás pueden ser diligentes y generosos y que sabrán sobrellevar los aspectos negativos de uno, y viceversa; sería lo equivalente social de la auto-aceptación (ídem). La contribución social es un diagnóstico sobre el valor social que tiene uno; se refiere a un sentimiento de que lo que uno hace es socialmente valioso porque aporta al bienestar común; sería la contracara de la alienación (ídem). La actualización social consiste en una evaluación del potencial y la trayectoria desarrollada por la sociedad; se trata de la creencia en la evolución de la sociedad y la percepción de que la sociedad tiene potencial para mejorar la vida de las personas y que este potencial se está materializando cotidianamente a través de las acciones de las instituciones y de los ciudadanos; se trata de la esperanza, del optimismo respecto de la capacidad y empeño de la sociedad para lograr un progreso social que pueda beneficiar a todos; sería la contracara de la anomia y lo equivalente social de la autodeterminación (ídem). Y por último, la coherencia social significa la percepción de calidad, organización y funcionamiento del mundo social; tiene que ver con la preocupación por entender el tipo de mundo en el que se vive e identificar un sentido en ello (ídem).

Muratori, Delfino y Zubietta (2013) han identificado empíricamente una correlación negativa y significativa entre anomia y bienestar social, aplicando la misma escala de bienestar (Blanco y Díaz, 2005) utilizada en el estudio empírico llevado a cabo en esta tesis doctoral,

basada en las cinco dimensiones de Keyes (1998). También han verificado una correlación positiva entre bienestar social y confianza en las instituciones y en las relaciones con los demás. Los altos puntajes arrojados en anomia han sido explicados por una escasa confianza en las instituciones, un sentimiento de impotencia en términos políticos, el descreimiento en el sistema y en que las conductas de uno determinen los resultados deseados, cuya consecuencia sería una mayor disposición hacia los comportamientos desviados con tal de conseguir lograr los objetivos socialmente promocionados por vías alternativas (Muratori, Delfino y Zubieta, 2013).

Para desarrollar con más precisión los análisis de esta tesis, se optó por trabajar solamente con las dimensiones “actualización” y “contribución” del bienestar social. Se considera que tales dimensiones aglutinan y reflejan, en mayor medida que las demás, la alienación y la anomia. Por otra parte, dado que en esta tesis se hace uso de otras variables que guardan relación con las demás dimensiones del bienestar social, se consideró más adecuado en este momento emprender este tipo de elección para evitar hacer mediciones muy parecidas.

3.5. Anomia

Un estudio empírico llevado a cabo por Vera, Bautista, Ramírez e Yáñez (2012) ha identificado que la alienación y la anomia explicaron la conducta delictiva y/o antisocial en un 23%. Pero si bien los autores llegan a considerar la conducta delictiva y/o antisocial como un modo de enfrentamiento a un grupo o condición social excluyente, piensan la anomia de veras más como un problema de regulación y control social que de accesos, como planteado en esta tesis doctoral. Algo muy semejante se observa en el inventario de estudios realizados sobre

anomia presentado por Merton (1967), en donde varios trabajos están enfocados en delincuencia y prisión.

Para Aceituno et al. (2009) hay una articulación socio-subjetiva entre los conceptos de alienación y anomia. Para los autores, la alienación sería el fenómeno principal, cuyas dimensiones constituyentes serían la anomia, el aislamiento social (sentimiento de distancia y separación hacia los demás) y la impotencia (baja expectativa de control personal sobre los acontecimientos sociales que afectan la vida de los sujetos). Y la anomia a su vez estaría representada por las cuatro dimensiones tomadas de Srole (1956), que en Aceituno et al. (2009) aparecen identificadas como: ‘exclusión’ (percepción de indiferencia de la comunidad hacia las necesidades individuales), ‘incertidumbre’ (percepción de un orden social impredecible y desorganizado), ‘degradación’ (sentimiento de retroceso frente a objetivos previamente fijados y considerados realizables) y ‘extrañamiento’ (percepción de un entorno agresivo y hostil).

La anomia vista como un problema de accesos, como se sostiene en esta tesis doctoral, toca la cuestión del reconocimiento de los sujetos, que desemboca en el autoreconocimiento. Butler (2015) recuerda que en el análisis foucaultiano existe una preocupación con un régimen de verdad, que está fuera del sujeto hasta cierto punto, pero que presenta las normas disponibles por medio de las cuales el reconocimiento del otro y del sí mismo suceden. Es el régimen de verdad quién ofrece el marco para la escena del reconocimiento y la normativa que guiará el acto de reconocimiento, de manera que lo que uno puede llegar a ser es limitado previamente por este régimen que define cuáles formas son reconocibles y cuáles no (Butler, 2015). Y pese a que dicho marco de reconocimiento no sea de por sí invariable, y que las normas que rigen el reconocimiento puedan ser contestadas y transformadas, lo que sí es cierto es que cualquier

relación con el régimen de verdad es pues, al mismo tiempo, una relación con el sí mismo (Butler, 2015). Así, la idea de anomia como un problema de accesos pasaría por las condiciones y posibilidades reales de cuestionar el régimen de verdad y darle vuelta. La anomia vista como un sufrimiento ético-político y pérdida de potencia de acción representaría por lo tanto el drama de vivir bajo una violencia ética que impide a los sujetos de relatarse a sí mismo en primera persona.

3.6. Fatalismo

La experiencia de vivir en contextos socioeconómicos muy marcados por bajos niveles de bienestar objetivo, limitadas posibilidades de ascensión social y poca probabilidad de obtención de éxito siguiendo los valores y fines establecidos por el orden social predominante incidiría en fatalismo (Lewis, 1969; Gissi, 1986; Martín-Baró, 1998).

Según Blanco y Díaz (2007), el fatalismo presenta una dimensión colectivista y otra individualista, que se manifiestan dependiendo del contexto socio histórico que esté sirviendo de telón de fondo a las conductas que derivan de la creencia de estar en medio a un “juego de cartas marcadas”. El fatalismo colectivista refiérese a una actitud sumisa y resignada frente a un orden normativo rígido o a lo que el destino o incluso un dios lejano y soberano hayan determinado. El fatalismo individualista sería una especie de estrategia de adaptación frente a un orden social plagado de riesgos e incertidumbres, bien como una consecuencia del aislamiento del sujeto por la pérdida de sentido de comunidad.

Brezina (2000) identificó estadísticamente que los niveles de fatalismo decaen mientras aumentan las conductas antisociales o delictivas. Utilizando datos longitudinales de un sondeo de

ámbito nacional, condujo una sucesión de análisis de regresión lineal para demostrar sus 3 hipótesis: 1) la restricción a la autonomía de los sujetos tiende a generar sentimientos de fatalismo; 2) el fatalismo contribuye para la delincuencia; 3) involucrarse en delincuencia posibilita evitar o aliviar la experiencia del fatalismo. Los resultados confirmaron ampliamente las hipótesis. Si bien el estudio de Brezina no encontró evidencias de que la delincuencia reduce la totalidad de la experiencia del fatalismo, consiguió demostrar que modera sus efectos, sirviendo como una especie de protección o resistencia frente a las amenazas al sentido existencial de control personal.

3.7. Sentido de comunidad y participación social

Los conceptos de sentido de comunidad y participación social suelen aparecer en estudios que indagan en la delincuencia desde la óptica de la prevención, es decir, que trabajan con la noción de factores de riesgo y factores de protección frente a la posibilidad de manifestación o reincidencia en conductas antisociales o delictivas. En este sentido, las reflexiones o bien se centran en la idea de debilidad de un apoyo prosocial operando como facilitador de la delincuencia (Redondo, 2008) - entendiéndose por ‘apoyo prosocial’ el amplio repertorio de ayudas, afectos, indicaciones y, también, controles, reales o percibidos, que las comunidades, redes sociales y personas próximas prestan a los sujetos para que puedan satisfacer sus necesidades individuales, instrumentales y expresivas, alejados de comportamientos inapropiados -, o bien se preocupan con el deterioro de las posibilidades de organización prosocial y del sentido de pertenencia producidos por la delincuencia en algunos contextos socio espaciales (Carrasco y Arévalo, 2012).

Se observa en las reflexiones anteriores una clara preocupación con la seguridad ciudadana, en donde las palabras de orden asociadas a la prevención serían “control”, “rehabilitación” y “reparación”, y una menos clara preocupación con la potenciación colectiva, capaz de generar una movilización comunitaria para hacer frente a las consecuencias de la desigualdad y la exclusión social y la lucha por combatir sus causas. Posiblemente por esa razón el estudio de Valenzuela y Arellano (2013) identificó que el sentido de comunidad no operó como un buen predictor de la variable “recursos para afrontar la delincuencia”. A su vez, el estudio de Valdenegro (2005) encontró diferencias significativas entre los niveles de participación social de “infractores de ley” y “no infractores de ley” (mayores niveles para el segundo grupo), medición que incluye la dimensión de pertenencia a organizaciones sociales comunitarias (además de otras dos dimensiones que miden la asistencia o no a un centro educacional y la situación laboral); el análisis de regresión registró una relación lineal entre participación social e infracción de ley.

Montero (2004) define la comunidad como un ente en movimiento, en constante transformación, “que es porque está siempre en el proceso de ser, así como ocurre con las personas que la integran” (p. 95). Recalca lo imprescindible que es entender el concepto de comunidad no como un escenario sino como un sentimiento, porque lo que realmente debe interesar son los procesos psicosociales de opresión, transformación y liberación que se ponen en marcha en las personas que, por existir, actuar, convivir en un determinado contexto histórico-social y cultural, con características y condiciones específicas, han llevado a cabo modos de adaptación y resistencia, se reconocen como partícipes, desarrollan una forma de identidad social que les permite reconocerse debido a esa historia compartida, construyen un sentido de

comunidad, de pertenencia, de conciencia de sí como grupo, y desean producir cambios, fortaleciéndose como unidad y potencialidad social.

Por lo tanto, cuando hablamos de comunidad no nos referimos a grupos homogéneos, pero sí a grupos compuestos por individuos que comparten conocimientos, sentimientos, necesidades, deseos, proyectos, cuya atención beneficiará al colectivo, beneficiando así a sus miembros. Y al respecto cabe decir que, de hecho, ningún grupo es perfectamente homogéneo, a menos que sobre él se ejerza una fuerza uniformadora de carácter autoritario. Y aun así, siempre habrá quienes rompan esa dominación. (Montero, 2004, p. 97).

Así las cosas, Montero (2004) señala tres tipos inadecuados de enfoque del concepto de comunidad, por debilitantes que son. El primero está basado en una especie de “lógica de la higiene” y tiene que ver con un discurso que habla de la igualdad en y hacia la comunidad pero que a la vez va acompañado de medidas y prácticas que mantienen la separación. El segundo se basa en un “modelo médico” y consiste en verla - o que ella vea a sus miembros - como deficiente: se concentra en las carencias y no en las fortalezas, generando relaciones paternalistas, clientelistas. El tercero parte de una perspectiva de “pureza” de la comunidad, como si la misma no fuera capaz - o que en la misma no fueran capaces - de reflexionar sobre nuevas ideas y modos de acción. Lo que se extrae de ello, como clave de reflexión, es que en estos casos, por cierto desafortunadamente no poco frecuentes, se establece una verticalidad, inmovilización y despotenciación que destruyen no sólo el concepto de comunidad como la comunidad misma.

Montero (2004) lo deja muy claro que comunidad y sentido de comunidad son conceptos que, más que interconectados, se definen mutuamente y son indivisibles. Para la autora, el sentido de comunidad estaría en algún lugar entre la membresía, la influencia, los lazos emocionales, la identidad y la historia compartida, pero queda mejor especificado por la noción de identidad comunitaria, “que se expresa en acciones y verbalizaciones, que está cargada de afecto, que se construye históricamente y se expresa en relaciones” (p. 106), en la intersubjetividad que se da en contextos específicos que generan lo que aquí se va a interpretar como un relato colectivo, construido en común, con participación cotidiana e inversión emocional y afectiva.

En cuanto a la participación comunitaria, Montero (2004) la define como “un proceso organizado, colectivo, libre, incluyente, en el cual hay una variedad de actores, de actividades y de grados de compromiso, que está orientado por valores y objetivos compartidos, en cuya consecución se producen transformaciones comunitarias e individuales” (p. 109), un proceso contextualizado (relacionado con la historia de la comunidad y el momento y coyuntura en que se encuentra), de intercambios de naturaleza múltiple (materiales, cognitivos, afectivos, etc.), reflexivo y de acción concienciadora, que implica reconocimiento, decisiones, acciones, negociaciones, solidaridad, derechos, deberes y logros. Tiene evidentes efectos políticos siempre, no sólo cuando produce un giro profundo en las condiciones sociales pero también - y fundamentalmente - en los pequeños cambios del cotidiano que terminan por lograr grandes transformaciones (Montero, 2004). Es más, es política, en el sentido más dilatado y preciso del término (Montero, 2004).

3.8. Satisfacción vital

El bienestar subjetivo, comprendido como la dimensión subjetiva de la calidad de vida²⁸, tendría la siguiente composición (Moyano y Alvarado, 2007): 1. un componente cognitivo, constituido por la satisfacción vital global y sus dominios específicos (laboral, familiar, social, etc.); 2. un componente afectivo, definido por los sentimientos positivos (felicidad) y negativos. La satisfacción con la vida, a su vez, sería el producto de un juicio (proceso cognitivo-crítico), un balance entre las circunstancias de cada uno y lo que él o ella considera ser el estándar apropiado en términos de calidad de vida, según su propio criterio de valoración personal (no externamente impuesto) y su elección y ponderación sobre los diferentes dominios (salud o riqueza material, por ejemplo) y estados de sentimiento (soledad, por ejemplo) a considerar (Diener et al., 1985). Así, experimentan satisfacción todos aquellos que perciben haber podido dar respuestas a sus necesidades (Cervio y D'hers, 2012).

Gran parte de los estudios que se detuvieron sobre la posible correlación entre conductas antisociales o delictivas y la satisfacción vital presentan como eje común el énfasis puesto sobre los trastornos psicológicos y de comportamiento que pueden manifestarse en el individuo cuando él no disfruta de bienestar subjetivo, y sus subsecuentes consecuencias en términos sociales, considerando la mayor propensión a relacionarse conflictivamente con su entorno. A continuación se verán algunos ejemplos de estudios de este tipo, pero cabe aclarar desde luego que ésta no es la perspectiva que orienta esta tesis doctoral. Es más, se está incluso radicalmente

²⁸ La dimensión objetiva de la calidad de vida correspondería a la disponibilidad de bienes y servicios (Moyano y Alvarado, 2007); serían condiciones externas a los sujetos, como por ejemplo el nivel de ingresos, la calidad de la vivienda, la red de amistades o el acceso a los servicios de salud (Valois, Zullig, Huebner y Drane, 2006).

en desacuerdo con varios de ellos, porque ponen demasiado el acento en una muy discutible realidad ontológica del delito y lo vinculan excesivamente a desórdenes de personalidad.

Valois, Zullig, Huebner y Drane (2006), en un estudio realizado con 5.032 sujetos, identificaron que comportamientos violentos - tales como llevar armas o involucrarse en peleas físicas, entre otros - están relacionados con una baja satisfacción vital. Los autores sostienen que sujetos insatisfechos con sus vidas manifiestan tales comportamientos en consecuencia de poseer habilidades comunicativas pobres e inhabilidad de manejo del estrés, lo que resulta en baja capacidad de solucionar conflictos y disposición a disputas físicas. Son sujetos que suelen vivir en “entornos tóxicos”, es decir, en ambientes con un alto nivel de exposición a la violencia y victimización, donde las agresiones están legitimadas. Apuntan, además, que dicha exposición suele asociarse a trastornos psicológicos como la depresión, psicopatologías como el trastorno de personalidad antisocial, así como a fuertes sentimientos de desesperanza y falta de propósito en la vida.

Anderson, Cesur y Tekin (2015), en un análisis longitudinal, verificaron que sujetos que sufren depresión en la adolescencia tienen ampliada sustancialmente la probabilidad de venir a involucrarse en delitos contra la propiedad en la edad adulta, pese a que se controlen variables tales como nivel educativo, situación laboral, nivel de ingresos, características de la familia y recursos proporcionados por la escuela y la comunidad. Los autores consideran que la depresión puede generar en el sujeto una distorsión de percepción hacia el futuro - es decir, pasan a considerarlo como algo incierto e impredecible - y a raíz de ello, dejan de ver razones para refrenar su interés por actividades que les pueda proporcionar recompensas inmediatas.

Music et al. (2013), sin embargo, no han identificado relación estadísticamente significativa entre satisfacción vital y asunción de conductas delictivas y/o de riesgo. Este hallazgo, al paso que confirma una de las hipótesis de estudio de los autores, contraría, como ellos mismos apuntan, gran parte de las investigaciones en este ámbito, que demuestran que los jóvenes que son proclives a delinquir son básicamente insatisfechos e infelices, y que incluso llegan a afirmar que la delincuencia es un signo de inhabilidad para afrontar situaciones nuevas, dada la ausencia de las habilidades vitales necesarias para tal. Los autores comentan, además, que algunos estudiosos sostienen que la delincuencia es fundamentalmente la expresión de la inferioridad y atipicidad que están ocultas en determinados sujetos.

Por otra parte, la satisfacción vital viene ocupando un lugar destacado en las discusiones sobre el desarrollo socioeconómico a nivel mundial. Ante los oscuros desenlaces producidos por el sistema capitalista, empiezan a ganar fuerza reflexiones dirigidas hacia la necesidad de revisar los objetivos y, en consecuencia, también los procesos de desarrollo hasta ahora llevados a cabo a nivel mundial. Ahí es donde la pregunta sobre cómo se sienten las personas ante sus vidas pasa de ser una preocupación circunscrita a la Psicología (y algunas áreas del conocimiento que con ella se hibridan) para incorporarse, con realce y como una especie de brújula, al debate político (Dubois, 2014).

Es precisamente esa dimensión política del bienestar subjetivo que va a orientar el presente estudio en sus indagaciones sobre la delincuencia, a través de pensar si el crimen puede funcionar como alternativa en la búsqueda de satisfacción vital que sujetos sometidos a determinados contextos no conseguirían lograr por las vías institucionalmente establecidas, buscando captar en qué medida el delito entra en la escena social de modo a intentar producir

fisuras en un sistema político-económico global que carece ser repensado en su totalidad, sobre todo por su capacidad de anular personas y de erosionar el tejido social, jugando sujetos contra sujetos.

SEGUNDA PARTE: ESTUDIO EMPÍRICO

1. Delimitación del objeto de estudio

Este trabajo se concentra en el análisis de la dimensión política del crimen en tanto que contraestrategia de enfrentamiento hacia la superación de un sufrimiento ético-político y pérdida de potencia de acción (Sawaia, 2001) generados por la estructura social y cultural en el marco de la posmodernidad capitalista, que es potencialmente productora de anomia y fatalismo a la vez que paradójica y estratégicamente reduce bienestar social, satisfacción vital, sentido de comunidad, participación social, empoderamiento y autoeficacia y amplifica eventos vitales estresantes, dentro de un esquema inédito de servidumbres autoimpuestas y proliferación acelerada de expulsiones (Sassen, 2013, 2014, 2015). Consiste en un estudio empírico que compara tres distintos grupos de sujetos: presos, personas en situación de riesgo social y personas no incluidas en ninguna de las dos categorías.

2. Objetivos

Los objetivos fundamentales de este trabajo son los siguientes:

- Poner el énfasis en la dimensión política del crimen, que suele ser desconsiderada en los análisis hegemónicos que directa o indirectamente se concentran en la dimensión individual de la cuestión.
- Evidenciar la gravedad de los problemas que acarrea la posmodernidad en términos de la dialéctica exclusión/inclusión social (Sawaia, 2001), de los cuales el crimen más que un producto sería también una especie de denunciante simbólico involuntario.

- Traer la afectividad para el debate sobre el crimen, de modo a pensarlo a nivel de sufrimiento ético-político y pérdida de potencia de acción (Sawaia, 2001).

3. Hipótesis

Las hipótesis generales de este trabajo, desarrolladas en el primer capítulo, consisten resumidamente en:

- Ante la idea de una posmodernidad que, pese a las promesas de plena realización personal, asfixia el desarrollo de la agencia y desorienta a los sujetos al disolver vínculos de confianza y compromiso (Sennett, 2000), el crimen funcionaría como una especie de núcleo a partir del cual sucedería un ensamblaje de fragmentos de narración potenciador de la constitución de una narrativa vital que contribuya a la percepción de alguna coherencia identitaria a nivel personal y colectivo y que a la vez posibilite la amplificación del potencial de agencia, que garantice una mayor autoridad de apropiación de la propia experiencia y que por consiguiente alce a los sujetos a las dinámicas de reconocimiento y negociación, dotándoles así de mayor capacidad de manipulación del medio en el que viven, de autocontrol sobre las propias trayectorias.
- El crimen, en la posmodernidad anómica, estaría operando como un mecanismo de resistencia hacia un profundo problema de accesos en la estructura social, hacia la invisibilidad, la exclusión y expulsión masiva de los sujetos, hacia la condenación a una existencia desdibujada y amputada. Y se trataría de un problema de accesos que va mucho más allá de la inaccesibilidad hacia los medios y las metas (Merton, 1938, 1967, 1968): pasa por las posibilidades reales de discutirlos de manera crítica, equitativa y comprensiva de la

diversidad y las verdaderas (en contraposición a las impuestas y autoimpuestas) necesidades humanas, alcanza las dinámicas de reconocimiento y negociación, que son la propia esencia del proceso equilibrado de interacción, e incide sobre la autodeterminación y el sentido de pertenencia de los sujetos, desplegándose sobre el significado mismo de la existencia.

Para desarrollar dichas hipótesis generales, se armó un estudio empírico para medir y comparar, en los tres grupos mencionados, anomia, fatalismo, satisfacción vital, bienestar social, eventos vitales estresantes, participación social, sentido de comunidad, empoderamiento y autoeficacia, en el cual se va a investigar las siguientes hipótesis específicas:

- Se observará que presos y personas en situación de riesgo social comparten una condición originaria semejante, en términos de exclusión social, en comparación con los sujetos considerados fuera de riesgo²⁹ (asimetría en la estructura social; desigualdad en la vulnerabilidad hacia el sufrimiento ético-político y la pérdida de potencia de acción).
- Habrá un puntaje al menos mediano de anomia y no habrá diferencia significativa entre los tres grupos (posmodernidad anómica).
- En el grupo de personas en situación de no riesgo habrá menos fatalismo, menos eventos vitales estresantes y más satisfacción con la vida que en los demás, con diferencias significativas entre presos y no riesgo así como entre riesgo y no riesgo, pero sin diferencias significativas entre presos y riesgo (crimen como mecanismo de superación de fatalismo y resistencia al sufrimiento).

²⁹ Para la verificación de esta hipótesis serán también consideradas las siguientes variables: nivel educativo, ingresos mensuales en el hogar, quedarse en situación de desempleo por largo periodo de tiempo, endeudamiento/crisis financiera, haber sido víctima o testigo de violencia familiar, cambio drástico en las condiciones de vida, y fracaso importante en el logro de los objetivos deseados.

- No habrá diferencias significativas entre los grupos para la dimensión ‘actualización’ bienestar social (posmodernidad anómica). El bienestar social ‘contribución’ será mayor para el grupo de personas en situación de no riesgo y la diferencia significativa aparecerá entre los grupos de riesgo y no riesgo (exclusión social; crimen como superación del problema de accesos en la estructura social; movilidad).
- El sentido de comunidad será mayor en presos y las diferencias significativas aparecerán entre los grupos de presos y no riesgo así como entre presos y personas en riesgo (idea de crimen como comunidad de resistencia; crimen como vía de restitución de las redes de solidaridad desechas por la posmodernidad; crimen como puente hacia la construcción de narrativas vitales con alguna coherencia identitaria a nivel personal y colectivo).
- La participación política será mayor en el grupo de personas en situación de no riesgo social, con diferencia significativa entre presos y no riesgo así como entre riesgo y no riesgo; la participación comunitaria también será mayor en el grupo de personas en situación de no riesgo social, pero con diferencia significativa solamente entre los grupos de riesgo y no riesgo (exclusión de las dinámicas de reconocimiento y negociación; problema de accesos).
- El empoderamiento será mayor en presos y la diferencia significativa aparecerá entre presos y personas en situación de riesgo (crimen como mecanismo de búsqueda/recuperación de agencia colectiva; resistencia hacia la pérdida de potencia de acción).
- La autoeficacia será mayor en presos y personas fuera de situación de riesgo en comparación con aquellas que están en situación de riesgo (crimen como mecanismo de búsqueda/recuperación de agencia personal; resistencia hacia la pérdida de potencia de acción; movilidad; accesos).

- No habrá diferencias estadísticamente significativas entre presos reincidentes y no reincidentes (homogeneidad de la muestra “presos”).
- Serán distintas las correlaciones entre las variables en cada uno de los grupos, incluso entre presos reincidentes y no reincidentes (elementos para entender la reincidencia).
- Serán distintos los modelos de predicción de la anomia, la satisfacción vital y el fatalismo de cada grupo y dichas diferencias, además de confirmar las hipótesis generales del estudio, subsidiarán la reflexión sobre el sufrimiento ético-político y la pérdida de potencia de acción.

4. Metodología

A continuación se describe cómo fue armado el estudio empírico, cómo se compuso la muestra y sus submuestras, la cantidad de sujetos que integran el estudio en general y cada submuestra en particular, las características de cada submuestra, los instrumentos utilizados en el estudio y los niveles de fiabilidad alcanzados, así como los procedimientos empleados en el trabajo de campo.

4.1. Muestra

La muestra está compuesta por un total de 542 sujetos, agrupados en tres submuestras: grupo de sujetos presos ($n = 117$), grupo de personas en situación de riesgo social ($n = 131$) y grupo de individuos no pertenecientes a ninguna de las dos categorías anteriores ($n = 294$), a los que se les va a identificar por “no riesgo social” (o simplemente “no riesgo”). El grupo de presos está compuesto por personas que fueran encerradas en el Centro Penitenciario de Málaga

(España) a raíz de haber sido acusadas y/o condenadas por la comisión de un delito que tiene como punición la privación de libertad.

El grupo de personas en situación de riesgo social está compuesto por personas que habían acabado de ingresar en un programa de de tratamiento y rehabilitación de las drogodependencias y otras adicciones de la organización Proyecto Hombre (Málaga, España), algunos alumnos que estaban cursando el 4º año de la Educación Secundaria Obligatoria (ESO) del Instituto de Educación Secundaria (IES) Ciudad de los Niños (barriada de Los Asperones, Málaga, España), alumnos que estaban cursando el 3º y 4º año de la ESO y el 1º y 2º año del Programa de Cualificación Profesional Inicial (PCPI)³⁰ en el IES Carlinda (barriada de Carlinda, Málaga, España), así como alumnos del IES Sierra Bermeja (distrito de Ciudad Jardín, Málaga, España) que estaban cursando el 3º y 4º año de la ESO y el 1º Ciclo Formativo de Grado Medio (CFGM)³¹.

El grupo de personas fuera de situación de riesgo social está compuesto de universitarios de la Universidad de Málaga (España), alumnos del IES Sierra Bermeja que estaban cursando el 3º y 4º año de la ESO en la modalidad bilingüe y el 1º y 2º año de Bachillerato en Ciencias, algunos funcionarios de la Universidad de Málaga no docentes y profesores de los IES Carlinda y Sierra Bermeja, bien como personas de algunos medios laborales, frequentadores de algunos lugares de encuentro, asociaciones y lugares de ocio de Málaga, todos con las características de la submuestra en cuestión, que voluntariamente han consentido en participar. A continuación es posible verificar una descripción más detallada de la muestra, cuyas informaciones fueron

³⁰ Los PCPI son programas alternativos dirigidos a jóvenes que no han conseguido obtener el graduado de la ESO ni ninguna titulación de formación profesional.

³¹ Los CFGM son programas alternativos de formación profesional dirigidos a todos aquellos que no han conseguido superar el Bachillerato.

extraídas del resultado de la contestación del cuestionario sociodemográfico y parte del cuestionario de eventos vitales estresantes.

Tabla 1 - Descripción de la muestra

	Presos	Riesgo	NO Riesgo
Edad	M = 32.17 años (DT = 11.56)	M = 22.48 años (DT = 10.32)	M = 28.62 años (DT = 15.32)
Sexo	100% hombres	59,7% hombres y 40,3% mujeres	34,8% hombres y 65,2% mujeres
Nacionalidad	85,4% españoles, 6,8% sudamericanos y 4,2% africanos	92,4% españoles, 2,3% marroquíes, 2,3% europeos y 1,5% sudamericanos	94,8% españoles, 3% europeos y 2% sudamericanos
Estudios*	32,5% Primario, 39,3% Secundario y 12,8% FP	70% Secundario y 13,8% FP	38,9% Universitario, 23,5% Bachillerato y 20,4% Secundario
Situación laboral	44,4% desempleado y 31,6% trabajo eventual	64,9% estudiantes y 29,6% desempleados	60,1% estudiantes y 27,8% trabajo regular
Tipo de vivienda	61,7% casa propia, 32,2% alquiler y 6,1% albergue/ casa temporal u otro	69,5% casa propia, 14,5% alquiler y 14,6% albergue/ casa temporal u otro	80,8% casa propia, 14,7% alquiler y 4,4% albergue/ casa temporal u otro
Ingresos mensuales en el hogar	< 700€ = 32,2% entre 700€ y 1200€ = 31,3% > 1200€ = 36,5%	< 700€ = 34,9% entre 700€ y 1200€ = 34,9% > 1200€ = 30,2%	< 700€ = 10,2% entre 700€ y 1200€ = 37,3% > 1200€ = 52,5%
Nº personas en el hogar	M = 3.26 (DT = 1.32)	M = 4.41 (DT = 2.64)	M = 3.22 (DT = 1.22)
Tiempo en el barrio	M = 19.12 (DT = 14.37)	M = 12.18 (DT = 9.10)	M = 14.65 (DT = 9.65)
Tiempo en prisión	M = .93 (DT = 1.19)	-	-
Reincidencia	39,3% al menos por 2ª vez en prisión; 20,5% ha estado antes en un centro de menores (reforma)	-	-
Delito	46,8% robo** y 21,6% tráfico de drogas	-	-

	Presos	Riesgo	NO Riesgo
Familiares en prisión	41% tiene o ha tenido algún familiar en prisión o centro de menores	-	-
Privación de libertad	-	35,9% ha vivido situación de privación de libertad propia o de un familiar (prisión o centro de menores)	8,2% ha vivido situación de privación de libertad propia o de un familiar (prisión o centro de menores)
Desempleo prolongado	51,7%	40,6%	24,3%
Endeudamiento/crisis financiera	35%	35,2%	16,1%
Víctima/testigo de violencia familiar	29,9%	38,2%	14,4%
Problemas con la policía/justicia	80,3%	32,8%	3,8%
Cambio drástico en las condiciones de vida***	23,1%	25,8%	3,4%
Fracaso importante en el logro de objetivos deseados	45,3%	39,8%	18,5%

* Nivel hasta donde han logrado llegar, lo que incluye estudios completos o no.

** En cualquiera de sus modalidades, es decir, con violencia, con fuerza, con arma, en casa habitada, tentativa, etc.

*** Por ejemplo, el tener que ir a vivir a un barrio pobre y carente de servicios a consecuencia de un grave problema financiero.

Fuente: elaboración propia.

4.2. Instrumentos

La Tabla 2 que se va a ver más adelante exhibe todos los instrumentos utilizados para la medición de cada variable empleada en este estudio, así como el resultado de los análisis de

fiabilidad encontrados para cada uno de ellos. Los valores de los alfa de Cronbach aquí identificados son adecuados y guardan relación de equivalencia con las propiedades psicométricas demostradas por las mismas escalas utilizadas en sus estudios originales. Se tratan de escalas autocumplimentables de tipo Likert con la variación que se muestra a continuación, a excepción de la escala de eventos vitales estresantes que consiste en contestar “sí” o “no” a un listado de proposiciones: satisfacción vital (del 1 al 5, entre “nada de acuerdo” y “muy de acuerdo”), bienestar social (ídem), fatalismo (del 1 al 6, entre “nada de acuerdo” y “muy de acuerdo”), anomia (del 1 al 5, entre “en desacuerdo” y “de acuerdo”), sentido de comunidad (del 1 al 9, entre “nada de acuerdo” y “muy de acuerdo”), participación social (del 1 al 9, entre “nunca” y “muy a menudo”), empoderamiento (del 1 al 4, entre “nunca” y “muy a menudo”) y autoeficacia (del 1 al 4, entre “incorrecto” y “cierto”). Las afirmaciones presentes en las escalas que miden participación social (comunitaria y política), empoderamiento y sentido de comunidad, en el caso de los cuestionarios contestados por presos, han sido escritas en el tiempo verbal pasado y se pedía expresamente a estos sujetos que pensarán sus respuestas y las registraran considerando sus acciones e interacciones a nivel comunitario llevadas a cabo en cuanto aún estaban en libertad, es decir, teniendo en cuenta lo sucedido en este ámbito hasta antes de ingresar en la cárcel.

La escala de sentido de comunidad de Sánchez-Vidal (2001, 2009) encierra en sí las cuatro dimensiones propuestas por la teoría de Sarason (1974), es decir: ‘relación/interacción’ (Factor 1), ‘mutualidad/interdependencia’ (Factor 2), ‘arraigo/pertenencia’ (Factor 3) y ‘competencia/influencia/similitud’ (Factor 4). El primer factor se refiere a la percepción de una interacción positiva con los vecinos, a la calidad de las relaciones vecinales; mide el vínculo

social y por esta razón se trata del elemento de mayor peso en la escala (Sánchez-Vidal, 2001).

El segundo factor abarca la dimensión relativa a existencia de lazos de solidaridad. El tercer factor tiene un cariz marcadamente territorial, mientras que el factor cuatro reúne elementos tales como ‘sentirse igual a los demás’ (similitud) y ‘sentirse capaz de producir cambios en la comunidad’ (competencia social/influencia). Los tres primeros factores explican el 48,1% de la varianza de los ítems de la escala de sentido de comunidad; el Factor 1 explica aproximadamente el 31% de la varianza, seguido del Factor 3 - casi un 10% - y el Factor 2 - algo más del 8% (Sánchez-Vidal, 2001).

La escala de participación sociopolítica evalúa conductas de participación comunitaria y política. Son tenidas en cuenta, de acuerdo con la definición de participación realizada, conductas que dicen respecto a actuar/contribuir/colaborar en asociaciones o partidos políticos, firmar peticiones, estar informado sobre asuntos del barrio, participar en actividades comunitarias, participar activamente en el proceso electoral, etc (Moreno, Ríos y Vallejo, 2013).

La escala de eventos vitales estresantes empleada en este estudio es una creación propia elaborada en base a la adaptación española de la escala de Colmes y Rahe (González-Rivera y Morera, 1983) y la escala de eventos no deseados de Gracia y Herrero (2004). Los acontecimientos vitales fueron seleccionados y modificados para atender las necesidades del presente estudio. Se trata de un inventario autocumplimentable que consiste en contestar “sí” o “no” (o simplemente redondear el número de la proposición equivalente a un “sí”) en un listado de 20 sucesos negativos relativos a sí mismo y a otras personas significativas en la historia de vida de los encuestados. Se les pidió contestar “sí” solamente a aquellos sucesos que les hayan producido un fuerte impacto emocional. Se ha hecho una prueba piloto para verificar la buena

comprensión de las proposiciones y considerar el tiempo de contestación. La versión adaptada al español de Colmes y Rahe (González-Rivera y Morera, 1983) dispone de 61 ítems a los cuales el encuestado tiene que poner un valor de 1 a 100 acorde con su grado de afectación; la escala de Gracia y Herrero (2004) dispone de 33 ítems y se consideran numéricamente sólo aquellos indicados por el encuestado (lo equivalente al “sí”). Se procedió en este estudio a contabilizar las respuestas tal como lo han hecho Gracia y Herrero (2004). La escala de eventos vitales estresantes empleada en el presente estudio congrega situaciones problemáticas relativas a áreas como familia, trabajo/escuela/universidad, salud, finanzas, pareja, comunidad, asuntos legales, fracaso en el logro de objetivos, etc.

Se utilizó el cuestionario de anomia de Aceituno y Drago (Aceituno et al. 2009), que al estar basado en Srole (1956) pone el énfasis en la autopercepción y la percepción del entorno como desintegrado así como en la insuficiencia o ausencia de involucramiento de los sujetos con su hábitat. Según lo propuesto por Srole (1956) la anomia dispone de cinco dimensiones, de las cuales Aceituno et al. (2009) tomaron cuatro, considerando que lo que sería la quinta dimensión de Srole (1956) para los autores se trataría de una consecuencia de la percepción anómica. Y dado que para Aceituno et al. (2009) hay una articulación socio-subjetiva entre los conceptos de alienación y anomia, los autores los han reunido a todos en una misma escala, y han construido un modelo operacional, como ya mencionado anteriormente, en donde la alienación sería el fenómeno principal que estaría subdividido en tres dimensiones (la anomia, el aislamiento social y la impotencia). En dicho modelo, como visto, la anomia a su vez estaría representada por las cuatro dimensiones tomadas de Srole (1956) y que Aceituno et al. (2009) identificaron como exclusión, incertidumbre, degradación y extrañamiento. Si bien el

cuestionario de Aceituno y Drago (Aceituno et al. 2009) utilizaba como respuestas las opciones “de acuerdo”, “no sé” y “en desacuerdo”, en el presente estudio se prefirió trabajar con un Likert variando entre 1 (“en desacuerdo”) y 5 (“muy de acuerdo”).

La escala de bienestar social de Blanco y Díaz (2005) contempla las cinco dimensiones propuestas por Keyes (1998), es decir, ‘integración social’, ‘aceptación social’, ‘contribución social’, ‘actualización social’ y ‘coherencia social’: la primera dimensión sería el punto de partida y se refiere a la calidad de las relaciones en el medio social (sea en una comunidad o en la sociedad); la segunda tiene que ver con el sentido de pertenencia social (grupo, comunidad, sociedad), el establecimiento de la confianza mutua y la sensación de acogida; la tercera dimensión trata del sentimiento de utilidad, de la aportación al bien común y la valorización de lo que cada uno aporta; la cuarta se centra en una creencia firme en la capacidad de la sociedad de producir bienestar; y finalmente la quinta se refiere a la capacidad de comprender la dinámica social. La escala de Blanco y Díaz (2005) es la versión castellana de la escala de Keyes de 33 ítems (1998), con varios de ellos redactados de forma inversa para reducir la aquiescencia.

Con el propósito de alcanzar una mayor precisión en los análisis, se optó por: 1) trabajar por separado con cada una de las cuatro dimensiones del sentido de comunidad, bien como con las dos referentes a la participación social; 2) trabajar solamente con las dimensiones ‘contribución’ y ‘actualización’ del instrumento que mide el bienestar social, una vez que las demás se asemejan a variables ya utilizadas en este estudio (sentido de comunidad, fatalismo y anomia); 3) utilizar solamente la dimensión global de anomia de la escala de Aceituno y Drago (Aceituno et al. 2009), primeramente porque se quiere indagar más específicamente en esta variable pero en su manifestación general (sin importar tanto si se da por exclusión,

incertidumbre, degradación o extrañamiento), y segundamente porque las demás dimensiones de alienación de la escala que no coinciden con la anomia ('impotencia' y 'aislamiento social') se acercan a otras mediciones empleadas en este estudio (fatalismo, sentido de comunidad y participación social).

Tabla 2 - Instrumentos utilizados y propiedades psicométricas

Variables	Instrumentos	Alfa de Cronbach (α)*
Satisfacción Vital	SWLS, Diener et al. (1985); traducción al castellano de Arce (1994).	(α) = .866
Bienestar Social	Blanco y Díaz (2005); escala basada en Keyes (1998); se optó por trabajar solamente con las dimensiones "contribución" y "actualización".	Escala global (α) = .851 Contribución (α) = .729 Actualización (α) = .637
Fatalismo	GAF, elaborado por Díaz, Blanco et al. (en proceso de publicación; cedido por los autores).	Escala global (α) = .878
Anomia/Alienación	Escala de Aceituno y Drago (Aceituno et al. 2009) basada en Srole (1956), pero adaptada para respuestas de tipo Likert variando entre 1 ("en desacuerdo") y 5 ("muy de acuerdo"); se optó por trabajar sólo con la dimensión general de anomia.	Escala global (α) = .797 Anomia (α) = .644
Even. Vitales Estresantes	Escala propia inspirada en la adaptación española de la escala de Colmes y Rahe (González-Rivera y Morera, 1983) y la escala de Gracia y Herrero (2004).	(α) = .823

Variables	Instrumentos	Alfa de Cronbach (α)*
Sentido de Comunidad	Sánchez-Vidal (2001), pero con escala de tipo Likert variando entre 1 y 9 (Sánchez-Vidal, 2009). Los factores se refieren, respectivamente, a las 4 dimensiones del constructo: “relación/interacción”, “mutualidad/interdependencia”, “arraigo/pertenencia” e “influencia”.	Escala global (α) = .929 Factor 1 (α) = .824 Factor 2 (α) = .837 Factor 3 (α) = .846 Factor 4 (α) = .620
Participación Social	SCAP, elaborado por Moreno, Ríos y Vallejo (2013).	Escala global (α) = .839 P. Comunit. (α) = .704 P. Polítca (α) = .818
Empoderamiento	Pick et al. (2007).	(α) = .871
Autoeficacia	Escala general, versión castellana, de Baessler y Schwarcer (Suárez, García y Moreno, 2000).	(α) = .867

* Valores para este estudio.
Fuente: elaboración propia.

4.3. Procedimiento

Los participantes han sido seleccionados por muestreo no probabilístico por cuotas y se consideró necesario el esfuerzo por la mayor equiparación posible de los estratos en importancia, de modo a estudiar las características particulares de cada uno con mayor precisión (Ochoa, 2015). Los criterios utilizados para la definición de los estratos fueron: 1) el estar o no en la cárcel por haber sido condenado/acusado por la comisión de un delito; 2) el estar o no en situación de riesgo social. Parte del acceso a la submuestra “no riesgo” se ha realizado mediante la técnica de bola de nieve (Taylor y Bogdan, 1986; Ochoa, 2015), y para ello se ha contado con la colaboración de cuatro mediadores que ayudaron a explicar los objetivos de la investigación y

fueron debidamente entrenados para aclarar cualquier duda de los participantes. Todos los participantes del estudio respondieron voluntariamente y de forma anónima a los cuestionarios aplicados en presencia del encuestador o de los mediadores.

El acceso a la submuestra “presos” se dio por medio de visitas personales del encuestador al Centro Penitenciario de Málaga, perteneciente a la provincia homónima y ubicado en la ciudad de Alhaurín de la Torre (España). Se pudo acceder a seis distintos módulos³² del centro penitenciario con un listado de los presos que habitaban en cada uno de ellos y se procedió a elegirlos aleatoriamente. Los presos que manifestaron deseo por no contestar los cuestionarios fueron respetados en su decisión, si bien la mayoría ha querido y podido colaborar.

En cuanto a la composición de la submuestra “riesgo”, es necesario informar que:

- 1) solamente fueron encuestados en la organización Proyecto Hombre aquellas personas que estaban recién ingresando en el programa³³;
- 2) la barriada de Los Asperones es una conocida región de exclusión social de la ciudad de Málaga y posiblemente la que presenta las condiciones más severas en este sentido; en el IES Ciudad de los Niños hay muy pocos alumnos particularmente en los últimos cursos de la ESO y solamente una cantidad muy reducida de ellos ha conseguido contestar los cuestionarios por completo³⁴;
- 3) el IES Carlinda, según informaciones facilitadas por los responsables del centro, está ubicado en un entorno socioeconómico predominantemente deprimido (con destaque para la “Finca La Corta”, que es una zona de marginación social), en el que preponderan la clase

³² Concretamente, los módulos a los que se tuvo acceso fueron los de número 3, 4, 5, 8, 10 y 11.

³³ Fueron encuestados un total de 48 sujetos, entre adultos y jóvenes.

³⁴ Se ha podido aprovechar solamente 4 cuestionarios.

obrero y un nivel cultural medio-bajo; el alumnado proviene de unidades familiares de clase media-baja, baja o incluso muy baja (un solo sueldo de sustentación económica), es escasa la implicación de los progenitores/responsables en las actividades organizadas en el centro y se ha identificado una cifra elevada de estudiantes con necesidades educativas especiales (desarrollo muy por debajo de la media correspondiente a la edad y grupo de referencia) y absentismo; el centro no dispone de Bachillerato y participa en el proyecto “Escuela: Espacio de paz” de la Red Andaluza, que tiene por objetivo solucionar problemas de convivencia escolar y promocionar la cultura de paz³⁵;

- 4) el IES Sierra Bermeja, igualmente según informaciones de los responsables del centro, es más heterogéneo en cuanto a sus características: está ubicado en un entorno socioeconómico medio y medio-bajo (con destaque para las barriadas de Palma-Palmilla y La Virreina, en tanto que zonas desfavorecidas principales de la región), tiene problemas de absentismo escolar, también participa en el proyecto “Escuela: Espacio de paz” además de recibir el auxilio de profesionales del Equipo de Intervención Socioeducativa de la Delegación Provincial de Educación de Málaga, pero a la vez dispone de oferta educativa bilingüe, Bachillerato y módulos de formación profesional de grado medio (estadio superior a la formación profesional inicial); por esta razón se optó por inserir en la submuestra de riesgo solamente a los alumnos de 3º y 4º de la ESO y los de 1º CFGM, poniendo a los de 3º y 4º año de la ESO bilingüe y los de 1º y 2º de Bachillerato en Ciencias en la submuestra “no riesgo”, una vez que se puede considerar que estos últimos han conseguido alejarse de la línea del riesgo social a raíz de haber logrado mantenerse en unos niveles educativos en los

³⁵ Un total de 29 adolescentes ha contestado los cuestionarios en este IES.

que la exigencia es bastante elevada y para atenderla es necesario que exista un mínimo de infraestructura psicosocial poco frecuente en las capas sociales excluidas³⁶.

5. Resultados

Los análisis estadísticos fueron realizados por medio de la utilización del IBM SPSS Statistics versión 21. Primeramente, se ha realizado un análisis de varianza (ANOVA) de un factor para comparar los tres grupos en las variables estudiadas. Se ha ejecutado la Prueba de Chi-cuadrado, el Estadístico de Levene, el Estadístico de Welch y las Pruebas Post Hoc Scheffé. Los resultados se pueden ver en la Tabla 3 a continuación. Igualmente, se procedió a calcular la Prueba T para muestras independientes para apurar posibles diferencias de medias entre presos reincidentes ($n = 46$) y no reincidentes ($n = 71$) para las mismas variables, pero no se ha identificado, en ninguna de ellas, diferencias estadísticamente significativas entre dichas submuestras.

Tabla 3 - Diferencias entre grupos: medias (M), desviación típica (DT) y diferencia de medias (p)

	Presos (1) [N: 117]	Riesgo (2) [N: 131]	NO Ries. (3) [N: 294]	<i>p</i>	<i>p</i> [1 y 2]	<i>p</i> [1 y 3]	<i>p</i> [2 y 3]
M (DT)							
EVE	0.39 (.20)	0.34 (.21)	0.17 (.13)	**	-	**	**
BSCon	3.57 (.71)	3.42 (.69)	3.64 (.74)	*	-	-	*
BSAct	3.18 (.74)	3.19 (.67)	3.34 (.67)	*	-	-	-

³⁶ De los cuestionarios obtenidos en el IES Sierra Bermeja, 53 han sido utilizados en la composición del subgrupo “riesgo” y 98 en la del subgrupo “no riesgo”.

M (DT)	Presos (1) [N: 117]	Riesgo (2) [N: 131]	NO Ries. (3) [N: 294]	p	p [1 y 2]	p [1 y 3]	p [2 y 3]
Anom	3.00 (.41)	2.97 (.34)	2.92 (.38)	-	-	-	-
PCom	2.88 (2.05)	2.37 (1.65)	3.20 (1.92)	**	-	-	**
PPoli	2.01 (1.48)	2.09 (1.61)	2.82 (1.74)	**	-	**	**
Autoef	3.14 (.57)	2.76 (.53)	3.00 (.53)	**	**	-	**
Empow	2.10 (.80)	1.85 (.74)	2.04 (.75)	*	*	-	-
SV	2.57 (1.01)	2.50 (.96)	3.26 (.85)	**	-	**	**
SC1	5.96 (1.88)	4.89 (2.11)	4.98 (2.07)	**	**	**	-
SC2	6.21 (1.90)	5.82 (1.78)	6.32 (1.67)	*	-	-	*
SC3	6.31 (2.17)	4.93 (2.18)	5.31 (2.16)	**	**	**	-
SC4	5.86 (1.86)	4.82 (2.08)	4.94 (1.94)	**	**	**	-
Fatal	3.04 (1.07)	2.87 (.84)	2.37 (.80)	**	-	**	**
NE	2.01 (1.13)	2.18 (.86)	3.92 (1.34)	**	-	**	**
IMH	2.30 (1.24)	2.06 (1.02)	2.63 (.97)	**	-	*	**
DP	.51 (.50)	.40 (.49)	.24 (.42)	**	-	**	*
ECF	.35 (.47)	.35 (.47)	.16 (.36)	**	-	**	**
VF	.29 (.45)	.38 (.48)	.14 (.35)	**	-	*	**
CCV	.23 (.42)	.25 (.43)	.03 (.18)	**	-	**	**
FLO	.45 (.49)	.39 (.49)	.18 (.38)	**	-	**	**

*. $p < 0.05$ **. $p < 0.01$

EVE = Eventos Vitales Estresantes; **BSCon** = Bienestar Social dimensión ‘contribución’;
BSAct = Bienestar Social dimensión ‘actualización’; **Anom** = Anomia; **PCom** = Part. Comunitaria;
PPoli = Part. Política; **Autoef** = Autoeficacia; **Empow** = Empoderamiento; **SV** = Satisfacción Vital;
SC1 = Sentido de Comunidad factor 1; **SC2** = Sentido de Comunidad factor 2;
SC3 = Sentido de Comunidad factor 3; **SC4** = Sentido de Comunidad factor 4;
Fatal = Fatalismo; **NE** = Nivel de Estudios; **IMH** = Ingresos Mensuales en el Hogar;
DP = Desempleo Prolongado; **ECF** = Endeudamiento/Crisis Financiera;
VF = Violencia Familiar (víctima/testigo); **CCV** = Cambio drástico Condiciones de Vida;
FLO = Fracaso importante Logro Objetivos deseados

Fuente: elaboración propia.

Luego, se ha realizado el cálculo del coeficiente C. de Pearson por medio de un análisis de correlaciones bivariadas, a fin de verificar la asociación lineal (es decir, si existe o no y cuál es su intensidad y dirección) entre las variables del estudio en cada uno de los tres grupos estudiados, así como en reincidentes y no reincidentes. Los resultados se presentan a seguir.

* * * Tabla 4 * * *

* * * Tabla 5 * * *

* * * Tabla 6 * * *

Tabla 4 - Correlaciones en las variables (C. de Pearson): presos y sujetos en riesgo social.

	EVE	BSCon	BSAct	Anom	PCom	PPoli	Autoef	Empow	SV	SC1	SC2	SC3	SC4	Fatal
EVE	-													
BSCon	-.097	-	.182*	-.344**	.044	-.022	.272**	.214*	.116	.148	.330**	.102	.204*	-.195*
BSAct	-.118	.443**	-	-.547**	.056	-.124	.113	-.004	-.014	.210*	.171	.046	.219*	-.174
Anom	.194	-.321**	-.459*	-	-.062	.137	-.108	-.115	-.044	-.065	-.194*	-.035	-.208*	.402**
PCom	-.044	.195*	.169	-.216*	-	.485**	.161	.450**	.131	.348**	.297**	.260**	.305**	.063
PPoli	.161	.191*	.152	-.145	.636**	-	.147	.489**	.153	.234*	.134	.191*	.144	.014
Autoef	.002	.197*	-.010	-.257*	.131	.165	-	.372**	.293**	.334**	.331**	.114	.253**	.003
Empow	-.018	.197*	.209*	-.219*	.578**	.602**	.239*	-	.112	.389**	.305**	.222*	.371**	-.055
SV	-.471**	.164	.026	-.246*	.271**	.086	.389**	.279**	-	.338**	.235**	.205*	.189*	.261**
SC1	-.178	.316**	.136	-.250*	.246**	.212*	.258**	.433**	.273**	-	.688**	.714**	.667**	.105
SC2	-.183	.317**	.175	-.342**	.312**	.268**	.217*	.491**	.271**	.804**	-	.531**	.661**	-.002
SC3	-.062	.121	.129	-.281**	.161	.056	.278**	.285**	.228*	.755**	.633**	-	.635**	.068
SC4	-.003	.166	.140	-.246*	.203*	.212*	.247*	.446**	.072	.729**	.710**	.641**	-	.086
Fatal	.097	-.183	-.412**	.504**	-.019	.160	.091	.011	-.093	.034	-.087	-.040	.023	-

Encima de la diagonal se han escrito las correlaciones en el grupo de riesgo, debajo de la diagonal para el grupo de presos.

** La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

* La correlación es significativa al nivel 0.05 (bilateral)

Fuente: elaboración propia

Tabla 5 - Correlaciones en las variables (C. de Pearson): presos y sujetos fuera de riesgo social.

	EVE	BSCon	BSAct	Anom	PCom	PPoli	Autoef	Empow	SV	SC1	SC2	SC3	SC4	Fatal
EVE	-	.041	-.081	.249**	.133*	.232**	.145*	.184**	-.326**	-.031	-.017	-.040	.040	.136*
BSCon	-.097	-	.311**	-.328**	.381**	.289**	.418**	.228**	.210**	.223**	.345**	.158**	.317**	-.276**
BSAct	-.118	.443**	-	-.560**	.221**	.149*	.211**	.186**	.229**	.249**	.307**	.116	.256**	-.279**
Anom	.194	-.321**	-.459*	-	-.275**	-.175**	-.145*	-.163**	-.365**	-.238**	-.282**	-.162**	-.198**	.274**
PCom	-.044	.195*	.169	-.216*	-	.524**	.232**	.540**	.083	.314**	.332**	.236**	.350**	-.106
PPoli	.161	.191*	.152	-.145	.636**	-	.212**	.484**	-.135*	.175**	.228**	.140*	.203**	-.178**
Autoef	.002	.197*	-.010	-.257*	.131	.165	-	.257**	.289**	.206**	.198**	.141*	.221**	-.132*
Empow	-.018	.197*	.209*	-.219*	.578**	.602**	.239*	-	.074	.367**	.429**	.284**	.365**	-.089
SV	-.471**	.164	.026	-.246*	.271**	.086	.389**	.279**	-	.200**	.217**	.217**	.203**	-.137*
SC1	-.178	.316**	.136	-.250*	.246**	.212*	.258**	.433**	.273**	-	.673**	.740**	.719**	-.036
SC2	-.183	.317**	.175	-.342**	.312**	.268**	.217*	.491**	.271**	.804**	-	.538**	.646**	-.078
SC3	-.062	.121	.129	-.281**	.161	.056	.278**	.285**	.228*	.755**	.633**	-	.707**	.054
SC4	-.003	.166	.140	-.246*	.203*	.212*	.247*	.446**	.072	.729**	.710**	.641**	-	-.027
Fatal	.097	-.183	-.412**	.504**	-.019	.160	.091	.011	-.093	.034	-.087	-.040	.023	-

Encima de la diagonal se han escrito las correlaciones en el grupo de NO riesgo, debajo de la diagonal para el grupo de presos.

** La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

* La correlación es significativa al nivel 0.05 (bilateral)

Fuente: elaboración propia

Tabla 6 - Correlaciones en las variables (C. de Pearson): presos reincidentes y NO reincidentes.

	EVE	BSCon	BSAct	Anom	PCom	PPoli	Autoef	Empow	SV	SC1	SC2	SC3	SC4	Fatal
EVE	-	-.146	-.267*	.233	-.054	.136	-.103	.078	-.419**	-.140	-.128	-.072	.101	.277*
BSCon	.016	-	.386**	-.111	.249*	.252*	.211	.272*	.188	.363**	.354**	.072	.185	-.210
BSAct	.098	.541**	-	-.225	.255*	.171	.036	.267*	.076	.176	.093	.140	.145	-.380**
Anom	.134	-.643**	-.698**	-	-.210	-.130	-.410**	-.239	-.282*	-.191	-.226	-.204	-.144	.483**
PCom	.047	.063	.033	-.236	-	.623**	.095	.592**	.301*	.217	.274*	.138	.187	-.131
PPoli	.213	.093	.131	-.159	.688**	-	.265*	.637**	.248*	.206	.262*	.044	.216	.215
Autoef	.103	.193	-.058	-.032	.245	.036	-	.237	.446**	.135	.098	.122	.137	-.065
Empow	-.137	.047	.134	-.192	.559**	.554**	.254	-	.310**	.331**	.488**	.196	.398**	-.079
SV	-.523**	.101	-.072	-.201	.153	-.183	.371*	.220	-	.254*	.268*	.192	.030	-.191
SC1	-.229	.223	.084	-.339*	.302*	.225	.461**	.596**	.323*	-	.804**	.748**	.633**	-.033
SC2	-.197	.254	.261	-.495**	.352*	.277	.427**	.494**	.238	.822**	-	.621**	.653**	-.128
SC3	-.084	.232	.126	-.418**	.249	.078	.535**	.453**	.373*	.782**	.716**	-	.627**	-.093
SC4	-.148	.137	.134	-.378*	.252	.207	.388*	.522**	.176	.876**	.808**	.674**	-	.034
Fatal	-.104	-.162	-.459**	.523**	.160	.091	.304	.137	.067	.125	-.049	.043	.009	-

Encima de la diagonal se han escrito las correlaciones en el grupo de presos NO reincidentes, debajo de la diagonal para el grupo de presos reincidentes.

** . La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

* . La correlación es significativa al nivel 0.05 (bilateral)

Fuente: elaboración propia.

Se ha podido observar que en los grupos y subgrupos hay correlaciones fuertes, moderadas y leves, a excepción de los presos reincidentes (sólo fuertes y moderadas). Además, en el grupo de presos, así como en el subgrupo “reincidentes”, las variables que más correlacionan con las demás³⁷ son la anomia y el empoderamiento; en “riesgo” lo son el sentido de comunidad factor 4 y el empoderamiento; en “no riesgo” lo son la anomia y la autoeficacia; y finalmente, en el subgrupo de presos no reincidentes lo son el empoderamiento y el sentido de comunidad factor 2. Es importante llamar la atención para: 1) la correlación positiva en el grupo “riesgo” entre satisfacción vital y fatalismo; 2) las correlaciones positivas en el grupo “no riesgo” entre eventos vitales estresantes y participación comunitaria/participación política/autoeficacia/empoderamiento; 3) la correlación negativa en el grupo “no riesgo” entre participación política y satisfacción vital.

Por último, se procedió a hacer un análisis de regresión lineal múltiple utilizando el método de pasos sucesivos. Se lo hizo primero para los grupos principales del estudio - el grupo de presos, el grupo de personas en situación de riesgo social y el grupo de sujetos fuera de riesgo social -, y en seguida se trabajó con los subgrupos de presos reincidentes y no reincidentes. Se eligió como variables dependientes la anomia, la satisfacción vital y el fatalismo. A continuación se pueden ver los modelos de predicción obtenidos para cada caso. La prueba de Durbin-Watson de cada uno de los modelos indica que hay independencia de errores (valores entre 1,572 y 2,484). El factor de varianza inflada (FIV) de cada modelo indica que se cumple el supuesto de no multicolinealidad (valores entre 1,000 y 1,605).

³⁷ Aclarar que en este raciocinio se han desconsiderado las correlaciones existentes entre las dimensiones de una misma variable global.

Tabla 7 - Predicción de la variable dependiente: Anomia. Modelos para los 3 grupos principales. Análisis de regresión lineal múltiple.

Presos					Riesgo					NO Riesgo				
	Beta	R ²	Cam- bio en glida	F		Beta	R ²	Cam- bio en glida	F		Beta	R ²	Cam- bio en glida	F
Fatal	.494	.234	.244	25.786**	BSAct	-.495	.236	.245	26.620**	BSAct	-.565	.316	.319	101.645**
... + SC F3	.477	.314	.088	19.579**	... + Fatal	-.485	.309	.081	19.601**	... + SV	-.510	.353	.040	60.567**
... + Autoef	.490	.348	.040	15.381**	... + SV	-.468	.346	.044	15.660**	... + EVE	-.510	.372	.021	44.040**
... + BSAct	.194					.340				... + P.Com	-.147			
	-.217					-.217					.183			
	-.217										-.172			
											-.443	.406	.012	30.792**
											-.141			
										... + Fatal	.166			
											-.169			
											.116			

* F < 0.05 ** F < 0.001 Fuente: elaboración propia

Tabla 8 - Predicción de la variable dependiente: Anomia. Modelos para los subgrupos de presos. Análisis de regresión lineal múltiple.

	NO Reincidentes				Reincidentes			
	Beta	R ² corregida	Cambio en R ²	F	Beta	R ² corregida	Cambio en R ²	F
Fatal	.511	.246	.261	16.975**	BSAct	.521	.537	34.780**
... +	.479	.347	.112	13.995**	... +	.647	.133	29.422**
Autoef	-.336				BSCont	-.413		
					... +	.715	.073	26.979**
					PartCom	-.435		
					-271			

Tabla 9 - Predicción de la variable dependiente: Satisfacción vital. Modelos para los 3 grupos principales. Análisis de regresión lineal múltiple.

Presos					Riesgo					NO Riesgo				
Beta	R ²	Cam- bio en R ²	F		Beta	R ²	Cam- bio en R ²	F		Beta	R ²	Cam- bio en R ²	F	
EVE	-.477	.218	.228	23.622**	EVE	-.359	.118	.129	12.102**	Anomia	-.343	.114	.118	28.968**
...	-.470	.351	.139	22.896**	...	-.302	.164	.055	9.128**	...	-.302	.190	.080	26.628**
+ Autoef	.373				+ SC F1	.242				+ Autoef	.286			
...	-.463	.388	.044	18.134**	-.230	.258	.070	26.252**
+ P.Com	.355				+ P.Com	.210				+ EVE	.332			
BSCont	.183				BSCont	.180				BSCont	-.277			
...	-.436	.411	.029	15.112**	...	-.436	.411	.029	15.112**	...	-.271	.286	.031	22.853**
...	.313			365			
+ BSCont	.183				+ BSCont	.180				+ P.Poli	-.224			
...					-.191			
...					-.253	.306	.023	20.218**
...				333			
...					-.225			
...					-.214			
...				158			

*. F < 0.05 **. F < 0.001 Fuente: elaboración propia

Tabla 10 - Predicción de la variable dependiente: Satisfacción vital. Modelos para los subgrupos de presos. Análisis de regresión lineal múltiple.

NO Reincidentes					Reincidentes				
	Beta	R ² corregida	Cambio en R ²	F		Beta	R ² corregida	Cambio en R ²	F
EVE	-.477	.211	.227	14.116**	EVE	-.449	.175	.202	7.586*
...	-.446	.343	.143	13.788**	...	-.442	.313	.155	8.060*
+ Autocf	.379				+ Autocf	.394			
...	-.484	.421	.087	12.884**					
+ Empow	.307								
	.305								

*. F < 0.05 **. F < 0.001 Fuente: elaboración propia

Tabla 11 - Predicción de la variable dependiente: Fatalismo. Modelos para los 3 grupos principales. Análisis de regresión lineal múltiple.

Presos					Riesgo					NO Riesgo				
	Beta	R ²	Cam- bio en R ²	F		Beta	R ²	Cam- bio en R ²	F		Beta	R ²	Cam- bio en R ²	F
Anomia	.494	.234	.244	25.786**	Anomia	.303	.081	.092	8.278*	Anomia	.316	.095	.100	24.004**
... + BSAct	.380 -.263	.282	.056	16.932**	... + SV	.353	.165	.094	9.211**	... + BSCont	.256	.126	.034	16.708**
						.310					...			
										139	.017	12.703**
											...			
										208		
											EVE	.133		
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			
											...			

* $F < 0,05$ **, $F < 0,001$ Fuente: elaboración propia

Tabla 12 - Predicción de la variable dependiente: Fatalismo. Modelos para los subgrupos de presos. Análisis de regresión lineal múltiple.

	NO Relinquentes				Relinquentes			
	<i>Beta</i>	<i>R² corregida</i>	<i>Cambio en R²</i>	<i>F</i>	<i>Beta</i>	<i>R² corregida</i>	<i>Cambio en R²</i>	<i>F</i>
Anomia	.511	.246	.261	16.975**	-.557	.287	.310	13.488**

*. $F < 0.05$ **. $F < 0.001$ Fuente: elaboración propia

6. Discusión

Con respecto a la muestra, pudo verse que las diferencias entre los grupos sugieren una adecuada selección y clasificación de los mismos, pese a la posibilidad de existencia de sesgos de género y edad u otros que pueden haber pasado desapercibidos. Es importante comentar que, a lo largo de todo el proceso de desarrollo del trabajo de campo, se ha visto en presencia de abundantes y variados obstáculos a la hora de acceder y componer las submuestras, desde dificultades para conseguir permisos (lo que incluye negativas y restricciones) hasta inconvenientes para conseguir voluntarios dispuestos a dedicar un rato de su tiempo a contestar un cuestionario largo.

El concepto de riesgo con el que se trabajó tiene que ver con la noción de vulnerabilidad hacia la exclusión social³⁸ y este recorte se considera bien empleado en la muestra, con destakes especiales para algunos aspectos que van más allá de las clásicas indagaciones en nivel de estudios alcanzados, situación laboral e ingresos:

- la cantidad de personas en el grupo “riesgo” que informaron estar viviendo en albergue o casa temporal (que puede estar relacionado al problema de los desahucios sucedido recientemente en España);
- la gravedad del impacto del paro, relacionado en los últimos años con la crisis internacional, sobre los sectores más débiles de la estructura social (análisis conjugado entre situación laboral, ingresos en el hogar, desempleo prolongado, endeudamiento o crisis financiera y cambio drástico en las condiciones de vida);

³⁸ Se ha guiado en cierta medida por la noción de vulnerabilidad social de Castel (1997), en tanto que zona intermedia e inestable entre la vinculación (integración) y la desafiliación (exclusión), que conjuga la precariedad del trabajo y la debilidad de los soportes de proximidad.

- la desmesurada diferencia que hay en cuanto a la experiencia de privación de libertad (propia o de familiares) y problemas con la policía y/o la justicia;
- la fuerte disparidad relacionada a la experiencia de violencia intrafamiliar;
- la elevada diferencia detectada en cuanto al fracaso importante en el logro de objetivos deseados.

La observación de los resultados arrojados en el análisis de las diferencias de medias permiten pensar en la confirmación de la primera hipótesis específica de este trabajo. Si bien lo que se va a argumentar a este respecto necesitaría ser desmenuzado en investigaciones futuras, se nota que el grupo “presos” guarda fuerte relación con el grupo “riesgo”, como se de él partiera, de manera que el crimen podría estar operando como un mecanismo de intento de salida de dicha condición con vistas a forzar una aproximación hacia la condición opuesta, aquí representada paradigmáticamente por la experimentada por el grupo “no riesgo”. Los elementos que fundamentan dicha reflexión son los siguientes:

- No hay diferencias estadísticamente significativas entre “presos” y “riesgo” en cuanto al nivel educativo, los ingresos mensuales en el hogar, el desempleo prolongado, endeudamiento/crisis financiera, haber sido víctima/testigo de violencia familiar, cambios drásticos en las condiciones de vida y fracaso importante en el logro de los objetivos deseados. No obstante, ambos grupos comparativamente se alejan del grupo “no riesgo” (presencia de diferencias estadísticamente significativas), que presenta los mejores valores para las variables en cuestión;
- Igualmente, no hay diferencias estadísticamente significativas entre “presos” y “riesgo” en cuanto a eventos vitales estresantes, fatalismo, satisfacción vital y participación política. Sin

embargo, también en este caso se puede ver que ambos grupos se apartan comparativamente del grupo que arroja los mejores valores para tales variables (grupo “no riesgo”);

- En lo concerniente a los dos puntos anteriores, los análisis de subconjuntos homogéneos resultantes de la Prueba Scheffé indican que “presos” y “riesgo” pertenecen a un mismo subconjunto, que se diferencia a la vez del subconjunto al que pertenece el grupo “no riesgo” (que, como dicho, arroja los mejores valores para los indicadores en cuestión).

Verifícase una mayor precariedad en las condiciones de vida de los sujetos que integran este subconjunto constituido por “presos” y “riesgo”. Verifícase también que los integrantes de dicho subconjunto ocupan una posición inferior en la estructura social en comparación con el subconjunto constituido por “no riesgo”;

- Por otra parte, en lo que atañe a la participación comunitaria, a la dimensión ‘contribución’ del bienestar social (sentimiento de utilidad social) y a la dimensión ‘mutualidad/interdependencia’ del sentido de comunidad (lazos de solidaridad), se observa que las diferencias de medias estadísticamente significativas aparecen solamente entre “riesgo” (valor más bajo) y “no riesgo” (valor más alto), quedando el grupo “presos” a medio camino entre uno y otro, por ausencia de diferencias estadísticamente significativas hacia cada uno de los demás grupos por separado. Los análisis de subconjuntos homogéneos resultantes de la Prueba Scheffé apuntan hacia la constitución de dos subconjuntos para las variables mencionadas, uno representado por los peores valores arrojados y el otro por los mejores, y el grupo de los presos entra en la composición de ambos. De ahí se deriva la deducción de que el crimen pueda estar funcionando como un medio de desplazamiento desde una condición social de

inmovilidad y despotenciación hacia otra mejor que ésta, a partir de la cual quizás sea posible conseguir integrarse a las dinámicas de reconocimiento y negociación.

Sobre las diferencias entre los grupos en cuanto a los problemas con la policía y/o la justicia, parece ser que se confirma lo sostenido por varios autores mencionados en esta tesis doctoral, sobre la criminalización de las capas sociales vulnerables, lo que además les incrementa el estado de vulnerabilidad. Respecto a la sensación de haber fracasado en el logro de objetivos deseados esto es, como esperado, bastante más fuerte en los grupos “presos” y “riesgo” en comparación con el grupo “no riesgo”. Ésta es una medición que representa bien el núcleo de la teoría criminológica de la anomia a la par que refleja la problemática posmoderna referente a la definición de los sujetos en términos de éxitos y fracasos.

Se confirman también las demás hipótesis específicas trazadas para este estudio. Hay un puntaje que ya se podría entender como mediano-alto en anomia en cada uno de los grupos y, a la vez, no hay diferencias estadísticamente significativas entre ellos, lo que invita a pensar en términos concretos - más que teóricos, como visto en la primera parte de esta tesis - sobre la existencia de una posmodernidad que encierra a los sujetos en un estado anómico. Ocurre que las consecuencias de este fenómeno parecen desplegarse de distintas maneras dependiendo de la posición que ocupan los sujetos en una estructura social que, en el marco de la posmodernidad, más que excluir, expulsa.

Otro elemento empírico que incrementa la idea de una posmodernidad anómica es el nivel de fatalismo cercano a medio arrojado en los tres grupos. La no existencia de diferencias significativas entre “presos” y “riesgo” para esta variable ayuda a pensar sobre lo sostenido por Brezina (2000), respecto de que el crimen funcione como un medio para aliviar el fatalismo. Si

bien no se ha podido observar directamente este alivio a través de la comparación de dichos grupos específicamente para esta cuestión, indirectamente es posible pensar que, si se admite que “presos” y “riesgo” están compartiendo una misma condición originaria de vulnerabilidad social (que es lo que los resultados de este estudio empírico parecen estar sugiriendo), entonces la vía delictiva (que marca la diferencia entre estos dos grupos, al menos en apariencia) sería una especie de instrumento para el intento de superación de fatalismo.

El puntaje inferior en eventos vitales estresantes y superior en satisfacción vital en el grupo “no riesgo” ayudan a pensar sobre el impacto diferenciado de la anomia sobre sujetos que ocupan distintas posiciones en la estructura social, matizando los efectos de la experiencia de sufrimiento ético-político discutido a lo largo de este trabajo. La no existencia de diferencias estadísticamente significativas entre “presos” y “riesgo” para estas variables conduce a la posibilidad de considerar la idea de que el crimen opere como un mecanismo de resistencia y enfrentamiento hacia dicho sufrimiento.

En lo tocante al bienestar social, se observa una ausencia de diferencias significativas entre los grupos en la dimensión ‘actualización’, que se refiere a la creencia firme en la capacidad de la sociedad de producir bienestar³⁹. Keyes (1998) la define como la contracara de la anomia y posiblemente por esa razón ambas variables hayan arrojado en este estudio los mismos resultados (ausencia de diferencias significativas entre los grupos). Ello corrobora la idea de una posmodernidad anómica. A su vez, en la dimensión ‘contribución’ aparecen diferencias significativas solamente entre “riesgo” y “no riesgo”, que son los grupos que presentan

³⁹ Si bien en el análisis estadístico de las diferencias de media el ANOVA de un factor indique diferencias significativas, las pruebas post hoc Scheffé muestran que tales diferencias no existen a nivel intergrupar (posiblemente se estén manifestando a nivel intragrupal, pero no se pudo precisar dónde se encuentran).

respectivamente el peor y el mejor valor arrojado para dicha variable. La interpretación que se hace de ello es que se está delante de una evidencia muy gráfica de la exclusión social y de la alienación infligida a los colectivos que simplemente no tienen valor en el capitalismo neoliberal. Es más, ilustra la idea misma de expulsión, puesto que si antes, en la sociedad disciplinaria, los excluidos tenían un valor negativo al sistema, en sentido de funcionar al menos como una especie de chivo expiatorio al servicio del disciplinamiento de los demás, en la sociedad del control, dada la presencia de un esquema de servidumbres autoimpuestas, ni para eso sirven más, razón por la que se les expulsa (y mejor que no estén, para no ensuciar la buena imagen del sistema). Y como en la dimensión ‘contribución’ del bienestar social el grupo de los presos, como indicado en el análisis de la primera hipótesis, entra en la constitución de dos subconjuntos tan dispares se pasa a asumir como muy posible que esté el crimen operando como una estrategia de superación de un gravísimo problema de accesos en la estructura social, como una estrategia de movilidad en términos de huida del profundo proceso de expulsión emprendido por la posmodernidad capitalista.

La idea de crimen como comunidad de resistencia se apoya especialmente en los resultados encontrados en la medición del sentido de comunidad. Primeramente, hay que registrar que los resultados aquí encontrados contrarían la premisa desde la que parten muchos estudiosos, particularmente los que indagan en el sentido de comunidad desde la óptica de los factores de riesgo hacia el delito, sobre que sujetos que comenten crimen (o conductas antisociales en general) tienen bajos niveles en esta variable. En este estudio lo que se ve es todo lo contrario.

En las dimensiones ‘relación/interacción’ (Factor 1), ‘arraigo/pertenencia’ (Factor 3) y ‘competencia/influencia/similitud’ (Factor 4) del sentido de comunidad los niveles arrojados en presos son superiores en comparación con los demás grupos. Para las referidas dimensiones son estadísticamente significativas las diferencias entre “presos” y “riesgo” así como entre “presos” y “no riesgo”, sin diferencias significativas entre “riesgo” y “no riesgo”, de modo que los análisis de los subconjuntos homogéneos derivados de la Prueba de Scheffé señalan la existencia de un subconjunto constituido sólo por “presos” y otro subconjunto constituido por “riesgo” y “no riesgo”.

Lo que se opina de lo anteriormente expuesto es que el hecho de que grupos tan distintos como “riesgo” y “no riesgo” constituyan un mismo subconjunto demuestra el impacto negativo de la posmodernidad sobre los vínculos comunitarios (que son histórica y territorialmente situados, no virtuales), sobre el sentido de pertenencia, la identidad social, la conciencia de sí como grupo, el sentido colectivo de lucha por transformación y liberación, el deseo de producir cambios, no individualmente, sino fortaleciéndose como unidad y potencialidad social. Si las condiciones del proyecto posmoderno por un lado, al debilitar la historicidad y crear una nueva superficialidad, comprometen el establecimiento de vínculos sólidos incluso cuando hay un genuino interés en los sujetos por hacerlo, por el otro el énfasis puesto en un hiperindividualismo embiste contra la necesidad misma de construirlos. Lo que resultaría de ello sería la profundización de la vulnerabilidad social en los sujetos que ya se encuentran en dicha condición a la vez que la vulneración de aquellos otrora distantes de la misma. Este razonamiento podría explicar la presencia de “riesgo” y “no riesgo” en un mismo subconjunto.

A partir del raciocinio desarrollado en el párrafo precedente es que se ha llegado a la idea de crimen como comunidad de resistencia. Tras analizar el deterioro de la comunidad como consecuencia de procesos puestos en marcha en la posmodernidad, se podría esperar que “presos” formaran parte del subconjunto constituido por “riesgo” y “no riesgo”, como ha pasado por ejemplo con la anomia, pero eso no es lo que ha sucedido (y además su puntaje es comparativamente más elevado). Este resultado hace que se considere que el grupo de presos haya quizás sufrido menos que los demás grupos los efectos negativos de la posmodernidad sobre el sentido de comunidad porque tal vez el crimen les haya irreflexivamente ofrecido algún medio cuya consecuencia, aunque no conscientemente buscada, les haya permitido resistir a dicho fenómeno.

Quizás se trate de que el crimen de algún modo hace viable la construcción de narrativas vitales con alguna coherencia identitaria a nivel personal y colectivo. Todas y cada una de las cuatro dimensiones del sentido de comunidad en “presos” están correlacionadas negativamente con la anomia, algo que también sucede en el grupo “no riesgo” (sin bien en “presos” son más fuertes estas correlaciones) pero no en el grupo “riesgo”. Asimismo, la anomia en “presos” correlaciona negativamente con autoeficacia y empoderamiento, al igual que sucede en el grupos “no riesgo” (igualmente con correlaciones más fuertes en “presos”), y lo mismo no ocurre en el grupo “riesgo”.

Con respecto a la dimensión ‘mutualidad/interdependencia’ del sentido de comunidad (Factor 2), como observado ya en la discusión de la primera hipótesis de este trabajo, el grupo “presos” aparece en una suerte de condición fronteriza entre los grupos con el peor y el mejor valor arrojado (“riesgo” y “no riesgo”, respectivamente) y entre los cuales se asienta la diferencia

significativa para este indicador. Dado que forman subconjuntos homogéneos con grupos tan diferentes, y dado lo argumentado en la primera hipótesis, se va a considerar que el crimen contribuye a desplazar al grupo “presos” hacia una mejor condición, lo que en este caso específico se refiere a la ampliación de los lazos de solidaridad. Habría que seguir indagando en ello en investigaciones futuras (de naturaleza etnográfica) para verificar si el aumento (o restitución) de los lazos de solidaridad tiene que ver con lo aquí propuesto o bien se trataría de una falsa vinculación comunitaria, en tanto que basada en el miedo/coacción infligido por sujetos que cometen o han cometido crímenes sobre los demás sujetos con los que ellos se relacionan a nivel local.

El mismo desplazamiento antes mencionado parece también suceder en la participación comunitaria, una vez que el mayor sale para “no riesgo”, el menor para “riesgo” y la diferencia significativa se concentra entre dichos grupos. En cuanto a la participación política, los valores inferiores aparecen en “presos” y “riesgo” y las diferencias significativas se dan en cada uno de ellos en comparación con el grupo “no riesgo”. Se interpreta a estos resultados como una evidencia del grave problema de accesos relacionado a la exclusión de las dinámicas de reconocimiento y negociación, sufrido especialmente más por las capas sociales más débiles. Hay que destacar que los niveles arrojados por los tres grupos fueron muy bajos en ambas variables, lo que demuestra la nocividad del proyecto posmoderno discutido en esta tesis.

En lo atinente al empoderamiento sucede algo un poco distinto de lo visto hasta ahora, una vez que en este caso es el grupo “no riesgo” el que supuestamente aparecería en una zona fronteriza en comparación a los demás grupos en los resultados de los análisis de subconjuntos

homogéneos de la Prueba Scheffé⁴⁰. Se podría pensar en una reducción de empoderamiento para el mencionado grupo; no obstante, una vez que este estudio no es de tipo longitudinal, no sería posible realizar esta afirmación. Por otro lado, tampoco sería correcto decir que “presos” mejoran en este indicador por acercarse al grupo “no riesgo”, algo que parece haberse configurado hasta el momento como una tendencia en este estudio empírico. Lo que sí es posible detectar, a raíz de que la diferencia de medias estadísticamente significativa se ciñe a “presos” y “riesgo” (mayor y menor valor, respectivamente) a punto de ponerles en subconjuntos distintos, es que los grupos que comparten posiblemente una condición originaria de exclusión social en comparación al grupo “no riesgo” (conforme ha sido discutido en la primera hipótesis de este trabajo) se alejan respecto a este indicador. Es posible considerar que el crimen esté jugando papel en dicho distanciamiento y que a través de él esté sucediendo la búsqueda/recuperación de agencia colectiva bloqueada por la condición de vulnerabilidad social.

De todos modos, para ninguno de los tres grupos se observa valores altos en empoderamiento, más bien todo lo contrario. De ello se puede derivar otra reflexión más sobre las consecuencias negativas de la posmodernidad en los sujetos en lo concerniente a la pérdida de potencia de acción, y en este sentido se podría volver a pensar el crimen como resistencia. Esta resistencia estaría relacionada con la tentativa de impedir que se den consecuencias aún más devastadoras en términos de agencia sobre aquellos que ya se encuentran en estado de vulnerabilidad social y son más crudamente amenazados con ser expulsados. No obstante, también es necesario meditar sobre la posibilidad de que esta resistencia - en los sujetos, y no de cara a un orden de cosas que les oprime - se esté configurando como una fuerza ilusoria. Se

⁴⁰ El grupo “no riesgo” aparece en la constitución tanto del subconjunto formado por “presos” como el formado por el grupo “riesgo”.

intentará presentar una respuesta a ello en la conclusión de esta tesis. De momento, cabe indicar para investigaciones futuras (igualmente de naturaleza etnográfica) lo mismo que se hizo más arriba con el sentido de comunidad: verificar si el mayor nivel de empoderamiento en sujetos que cometen o han cometido crímenes puede estar influido por una relación que ellos puedan estar estableciendo con su entorno basada en el miedo/coacción.

Para la autoeficacia, los resultados de los análisis de subconjuntos homogéneos de la Prueba Scheffé indican que “presos” y “no riesgo” integran un mismo subconjunto, con diferencias estadísticamente significativas hacia el otro subconjunto, compuesto exclusivamente por el grupo “riesgo”. Si bien no se ve aquí tan claramente el desplazamiento observado en el caso de otras variables, si se considera la argumentación hecha en la evaluación de la primera hipótesis, queda por lo tanto admisible pensar en la posibilidad de que el crimen haya sido el responsable por acercar en un mismo nivel de autoeficacia a presos y personas fuera de situación de riesgo social por ampliar o restituir agencia personal en aquellos. Los valores de cada uno de los tres grupos arrojados en autoeficacia no son bajos y son asimismo más elevados que los de empoderamiento. Eso pone de relieve que las consecuencias del proyecto posmoderno son distintas sobre los diferentes tipos de agencia (personal y colectiva), lo que tiene sentido cuando se considera la énfasis puesta en el hiperindividualismo.

El hecho de que no hayan sido identificadas diferencias estadísticamente significativas entre presos reincidentes y no reincidentes agrega fuerza a todo lo sostenido hasta ahora, porque si es cierto lo que se está defendiendo en esta tesis, entonces sería posible esperar que sucedieran dos cosas: que el subgrupo “reincidentes” lograra lucir mejores resultados que el subgrupo “no reincidentes” para las variables medidas o bien que no se hallaran diferencias significativas entre

ellos. Ocurre, sin embargo, que la segunda opción sería aún adecuada que la primera, por indicar más claramente la presencia de una cierta homogeneidad en el grupo “presos” en cuanto a los indicadores elegidos, permitiendo así la elaboración de abstracciones sobre el crimen con menor posibilidad de incurrir en el riesgo de derivar excesivas generalizaciones de una muestra quizás demasiado heterogénea (que podría ser el caso de la primera opción). Asimismo, la ausencia de diferencias significativas entre “reincidentes” y “no reincidentes” contribuye a pensar la persistencia en el crimen en el marco de las hipótesis generales de este trabajo (crimen como medio de resistencia hacia un profundo problema de accesos y núcleo a partir del cual sucedería un ensamblaje de fragmentos de narración con alguna coherencia identitaria) y por ende lo que representa el crimen tanto para los sujetos que lo cometen una única vez como varias, especialmente teniendo en cuenta que en “reincidentes” el 53% las correlaciones significativas son superiores a .500 (C. de Pearson $>.50$) y en “no reincidentes” eso equivale comparativamente a un valor menor (25%)⁴¹.

El examen de las variables que más correlaciones han establecido con las demás en cada grupo/subgrupo permite sacar otras valiosas conclusiones. Sobre este aspecto, si bien distintas las constelaciones de correlaciones que se armaron entre las variables en cada uno de los grupos y subgrupos, hay puntos de coincidencia entre “presos reincidentes” y “no riesgo”, así como entre “presos no reincidentes” y “riesgo”, que no parecen deberse a la mera casualidad. En “presos reincidentes” y “no riesgo” estos puntos de coincidencia se refieren a la anomia y agencia colectiva/personal, mientras que en “presos no reincidentes” y “riesgo” se refieren al empoderamiento y al sentido de comunidad. Eso pone a los “presos no reincidentes” en una

⁴¹ Los grupos “riesgo” y “no riesgo” han arrojado, respectivamente, un 14% y un 11% de correlaciones significativas superiores a .500 (C. de Pearson $>.50$).

posición más cercana a la vulnerabilidad social hacia las dinámicas de exclusión/expulsión y a los “presos reincidentes” en una posición más cercana a la condición opuesta, lo que ofrece otro soporte más a todo lo afirmado anteriormente sobre funcionar el crimen como una estrategia de superación de la problemática de los accesos, de movilidad en términos de huida de la expulsión, con reflejos sobre la estructuración de narrativas vitales con alguna coherencia identitaria (a nivel personal y colectivo).

De lo anterior se extrae que: 1) los grupos más débiles estarían en una condición de necesitar resistir a la expulsión (“riesgo” y “presos no reincidentes”); 2) aquellos que han conseguido moverse a una zona fronteriza (“presos reincidentes”) estarían en un estadio intermedio entre resistir e intentar acceder a las dinámicas de reconocimiento y negociación; 3) a los que se encuentran, comparativamente, en un estado de menor vulnerabilidad (“no riesgo”) les preocuparía poder seguir accediendo a dichas dinámicas (que sería quizás lo suficiente para ellos en cuanto a garantizar su lejanía hacia la expulsión, en el caso de que esto comenzara a formar parte de su horizonte cotidiano como una amenaza concreta o simbólica identificable).

Es muy representativo que en todos los grupos/subgrupos la agencia (personal o colectiva) aparezca como una de las variables que más apiñan correlaciones. A eso se le va a interpretar como una nítida evidencia empírica de que hay un problema de pérdida de potencia de acción en la posmodernidad. Empero, hay una diferencia que merece ser comentada: en los subgrupos de presos y en el grupo “riesgo” es la agencia colectiva la que presenta tal característica; en cambio, en el grupo “no riesgo” lo es la agencia personal. La indicación de necesidades distintas de agencia para los diferentes grupos/subgrupos parece derivar de, y a la vez reforzar, el impacto diferenciado de las consecuencias dañinas del proceso de

personalización posmoderno sobre categorías sociales que ocupan posiciones diversas en la estructura social (unos son tan brutalmente confrontados con la expulsión que necesitarían del colectivo para armar resistencia, mientras otros, mucho más distantes de esta condición, pueden seguir haciendo frente a los problemas de manera independiente). Lejos de ser una cuestión de habilidades sociales, como lo suelen tratar muchos estudiosos, lo que se tiene ante los ojos es un severo problema político, con resultados que inciden sobre la construcción de las narrativas vitales de los sujetos.

Comentar que la existencia de correlación positiva en el grupo “riesgo” entre satisfacción vital y fatalismo parece ser la materialización de lo que Sawaia (2001) denomina como inclusión social por exclusión sin resistencia en los sujetos, una experiencia de pérdida de potencia de acción y sufrimiento que debe ser interpretada como una ruptura psicológica y social con la inclusión, el abandono del derecho de adueñarse de la propia libertad, la cristalización de una identidad negativa, o quizás aun como una auto-represión derivada de la interiorización profunda de la servidumbre y la miseria.

La correlación negativa en el grupo “no riesgo” entre participación política y satisfacción vital puede verse como otra evidencia más de la condición anómica que la posmodernidad impone a los sujetos, condición que se despliega en un sentimiento de incertidumbre e impotencia, un sufrimiento derivado de la percepción de un orden social impredecible, desorganizado y cuya evolución en términos de bienestar excede los esfuerzos de participación política de las personas.

La correlación positiva en el grupo “no riesgo” entre eventos vitales estresantes y participación comunitaria/participación política puede ser vista como una instrumentalización de

la participación social a consecuencia del proceso de personalización posmoderno y del hiperindividualismo indicado por Lipovetsky (1993, 2007). A raíz de ello, se tiene que descartar la posibilidad de que la correlación positiva en el mismo grupo entre eventos vitales estresantes y autoeficacia/empoderamiento suceda a consecuencia de la movilización de recursos de apoyo en la comunidad. Siendo así, se va a interpretar todo ello como un indicio de deterioro de los recursos comunitarios y a la vez un posible desdoblamiento del mito del “*self-made man*”, que endereza adecuadamente los ideales políticos del individualismo (Catano, 1990).

El análisis de regresión de la anomia en presos reincidentes, que arrojó un 71,5% en la predicción de dicha variable, demuestra que se está delante un modelo cuyo pronóstico es bastante fuerte, lo que indica que tienen sentido las discusiones realizadas en este trabajo. Demás consideraciones sobre los modelos de predicción de la anomia para grupos y subgrupos siguen a continuación:

- El fatalismo aparece en los modelos de los tres grupos y también en “no reincidentes”, con la diferencia de aparecer en momentos diferentes de la construcción de los modelos. El hecho de que esta variable no aparezca en “reincidentes” puede estar indicando que el crimen opere efectivamente como medio hacia el intento de superación de fatalismo, como visto en Brezina (2000). Corroborar lo dicho el hecho de que en el grupo de presos, así como en el subgrupo “no reincidentes”, el fatalismo sea la primera variable a entrar en los modelos, dando cuenta de predecir de partida una parte elevada del porcentaje total de la predicción de la anomia, y lo mismo no suceda en “riesgo” y “no riesgo”, cuya variable que primero entra es la dimensión ‘actualización’ del bienestar social. Pero la referida dimensión del bienestar social también aparece en el modelo de presos, de lo que se concluye que les importa que cambien las reglas

del juego, pero si eso no sucede no les habrá otra forma de salir de una condición de exclusión/expulsión social que buscando atajos, sobre todo en un orden social estructurado para el provecho de cada vez menos personas. Por eso su principal desafío en la superación de la anomia, a diferencia de los demás, consistiría en superar fatalismo, o en otras palabras, tomar como sea las riendas de la propia vida. En cambio, para los sujetos que están fuera de la situación de riesgo social la superación de la anomia dependerá de que se pueda creer en que la sociedad podrá seguir otorgándoles al menos las condiciones mínimas para que ellos sigan logrando bienestar. La diferencia entre estos grupos se origina en la condición/posición en que se encuentran en la estructura social, si son o no son sujetos a los que la entrada en las dinámicas de reconocimiento y negociación les fue autorizada. Tanto es así que el fatalismo en el grupo de riesgo, como se vio antes y se volverá a ver más adelante, aparece en los resultados de este estudio como asociado a una interiorización profunda de la servidumbre y la miseria.

- La participación comunitaria aparece prediciendo negativamente la anomia en “no riesgo”, lo que conduce a la conclusión de que el proyecto hiperindividualista posmoderno trae, como esperado, consecuencias nocivas en términos de desvinculación colectiva incluso para los más entusiastas del proceso de personalización descrito por Lipovetsky (1997). Asimismo, la participación comunitaria en este caso podría ser interpretada quizás más como una necesidad instrumental, en el marco de las reflexiones de Sennett (2000) sobre las formas fugaces de asociación (vínculos débiles) que caracterizan la posmodernidad.
- La dimensión del sentido de comunidad que predice negativamente la anomia en presos es justo la que mide arraigo territorial y pertenencia, lo que da cabida a entender el crimen como

una contraestrategia de enfrentamiento hacia la superación del fenómeno de las expulsiones descrito por Sassen (2015, 2014 y 2013).

- La autoeficacia es otra de las variables que predice negativamente la anomia en presos, lo que demuestra la pérdida de agencia en la posmodernidad y el tanto que eso impacta más a unos que a otros en términos de sufrimiento ético-político y pérdida de potencia de acción. Esta interpretación, si realizada en conjunto con la interpretación anterior sobre fatalismo, contribuye a fortalecer la idea de crimen como resistencia. Eso es precisamente lo que se ve en el modelo de predicción de la anomia para presos no reincidentes. Para los reincidentes, como la persistencia en el crimen parece haber restituido algo de agencia (o al menos proporcionado esta sensación), el modelo sale un poco más parecido al del grupo no riesgo - revelando que el crimen podría realmente estar operando como estrategia capaz de alzar a los sujetos a condiciones más cercanas a las de aquellos que están fuera de riesgo social -, pero con una variable nueva, la dimensión ‘contribución’ del bienestar, que se refiere al valor social que uno supone tener, valor éste que define las expulsiones en la posmodernidad capitalista.

Pasando a los análisis de regresión probados sobre el fatalismo, pese a que los modelos obtenidos sean más débiles en cuanto a su potencia de predicción, se constata que:

- Excepto en “presos reincidentes”, la anomia figura en todos los modelos generados para grupos y subgrupos. La excepción mencionada parece indicar que la persistencia en el crimen posibilita algo en términos de superación de la anomia, aunque sea en términos de sensación de superación.
- En “riesgo”, la satisfacción vital predice positivamente el fatalismo. Se repite lo que ya se había visto en el análisis de correlación. Asimismo, si bien el modelo para este grupo predice

solamente un 16,5% del fatalismo, es justamente la satisfacción vital que aumenta considerablemente su poder de predicción, lo que lamentablemente confirma la idea de ruptura psicológica y social con la inclusión (inclusión social por exclusión) extraída de Sawaia (2001). Este es un dato muy relevante, que se vuelve aun más preocupante cuando se observa que la dimensión ‘actualización’ del bienestar social, que juega papel en los modelos de “presos” y “no riesgo”, no aparecen en “riesgo”, como si ya hubiera sido abandonada la esperanza de que el orden social pueda cambiar algún día a mejor. Es por contraposición a lo aventado, en conjunto con todo lo antes discutido, que se aboga por la idea de que el crimen deba ser interpretado como una contraestrategia de enfrentamiento hacia la superación de un sufrimiento ético-político y pérdida de potencia de acción.

- La misma dimensión del sentido de comunidad que aparece en el modelo de predicción de la anomia en “presos” aparece en el modelo de predicción del fatalismo en “no riesgo”, pero incidiendo positivamente sobre esta variable. Se trata de la dimensión que mide territorialidad/pertenencia, y parece ser que estos lazos restan libertad a los sujetos que están fuera de situación de riesgo, interpretación que recuerda a la noción de fatalismo colectivista de Blanco y Díaz (2007), la idea de fluidez de Bauman (2004) y las reflexiones de Sennett (2000) sobre el lema “nada a largo plazo”.
- La presencia de la dimensión ‘contribución’ en el modelo de predicción obtenido para “no riesgo” indica que creer en la capacidad de uno de aportar a la sociedad a fin de ayudarla a construir bienestar social es un elemento que contribuye a la superación de fatalismo. Pero es importante resaltar que se trata de sujetos incluidos en las dinámicas de reconocimiento y negociación: tienen, al menos todavía y medianamente, un valor social dentro de la estructura

socioeconómica que explica la interpretación diferenciada que se hace de dicha variable en este caso.

Para finalizar, se expone a continuación las reflexiones construidas a partir del análisis de los modelos de predicción de satisfacción vital:

- Los eventos vitales estresantes figuran en todos los modelos arrojados para satisfacción vital.

A la vez, en los modelos de regresión para anomia y fatalismo esta variable apareció solamente en “no riesgo”. Estos datos conjugados hacen tambalear lo sostenido por Agnew et al. (2002), sobre que sujetos que delinquen lo hacen por incapacidad para lidiar con las tensiones/frustraciones, porque si así fuera lo lógico sería que los resultados indicados aparecieran al revés. Asimismo, dado que la variable en cuestión entra primero en el modelo de satisfacción vital de “presos” y “riesgo”, así como en lo de los subgrupos armados en base a la reincidencia, y a diferencia de lo que sucede en “no riesgo”, gana robustez el argumento de que los eventos vitales estresantes funcionan no como un indicador de inhabilidades psicosociales, sino como indicador de asperezas, desolación, malestar y padecimiento resultantes de una condición social de vulnerabilidad impuesta a determinados sujetos más que a otros y que sirven en los análisis de predicción de la satisfacción vital para ayudar a demostrar el componente propiamente afectivo del sufrimiento ético-político a que se refiere Sawaia (2001) y que en esta tesis se trajo para el debate sobre el crimen en el marco de la posmodernidad. Su presencia en los resultados tiene una muy fuerte conexión con la posición que a los sujetos les fue facultada ocupar o no en la estructura socioeconómica, de manera a hacerse notar que el problema político de los accesos condiciona y gradúa la capacidad de afrontamiento de los sucesos estresantes y la sobredosis de angustia que eso conlleva. Otro

dato que da fuerza a dicho argumento es la correlación negativa que hay en “presos no reincidentes” entre eventos vitales estresantes y la dimensión ‘actualización’ del bienestar social, que se entiende no suceder en “presos reincidentes” por una cuestión de posible recuperación de agencia a raíz de la persistencia en el crimen.

- La autoeficacia es la segunda variable que entra en el modelo de satisfacción vital de “presos” (reincidentes o no) y “no riesgo”, y a la vez no aparece en el de “riesgo”. El empoderamiento aparece en el modelo de “presos no reincidentes”. Estos datos entonan el argumento de la problemática de los accesos - y del papel del crimen en este proceso, posibilitando recuperación de agencia (o sensación de recuperación) - y lleva la cuestión, que empieza en la estructura social y pasa por las dinámicas de reconocimiento y negociación, hasta el sentido mismo de la existencia, teniendo en cuenta que se trata precisamente de un modelo de regresión para satisfacción vital. Y la presencia de la autoeficacia en el modelo de satisfacción vital de “no riesgo” puede estar indicando el deterioro de agencia que se argumenta suceder a consecuencia del proyecto posmoderno.
- El aparecimiento de la dimensión ‘competencia social/influencia/similitud’ del sentido de comunidad en el modelo satisfacción vital del grupo “no riesgo” puede ser interpretado como otro elemento más de los efectos perniciosos del proyecto posmoderno sobre la autonomía de los sujetos: teniendo en cuenta que dicha dimensión consiste en un sentimiento muy cercano al empoderamiento, puede tratarse de un indicio de que la agencia colectiva está empezando a degradarse también en este grupo de sujetos.
- La predicción negativa de la participación política en la satisfacción vital del grupo “no riesgo” señala algo grave: la posibilidad de existencia de una profunda insatisfacción frente al

orden social establecido acompañada de un malestar derivado del descreimiento en que la acción política organizada pueda dar cuenta de lograr algo de cambio.

- La presencia de la participación comunitaria y la dimensión ‘contribución’ del bienestar social en el modelo del grupo de presos refuerza la idea del crimen como medio de resistencia hacia las expulsiones posmodernas.
- El modelo de predicción de la satisfacción vital referente al grupo “riesgo”, si bien es un modelo débil, por las pocas y simbólicas variables que conlleva casi quiere decir “me resigno a soportar las asperezas de la vida que me ha tocado vivir, mientras pueda disponer de alguna mínima red de solidaridad en la que apoyarme”.

CONCLUSIÓN

Hay un esquema de servidumbres autoimpuestas en la posmodernidad, que resta potencia de acción de los sujetos pese a propagar slogans que contradicen lo afirmado. Se considera que ha sido posible discutirlo con detenimiento en el apartado teórico de esta tesis doctoral y que ha sido posible demostrarlo en el estudio empírico armado. La demostración de este esquema pasó por verificar pérdida y/o déficit de agencia personal y colectiva, anomia y fatalismo en diferentes grupos de sujetos.

También se considera que se ha podido adecuadamente discutir y demostrar que dicho esquema de servidumbres, en el marco del capitalismo global neoliberal, cumple el papel de desarmar la acción política organizada de una manera muy refinada y novedosa. La demostración de este esquema pasó por verificar del deterioro del tejido social indagando en sentido de comunidad, participación social y bienestar social.

Lo anterior explotaría en malestar, que fue discutido en términos teóricos e investigado empíricamente a través de mediciones de satisfacción vital y eventos vitales estresantes. Asimismo, se pudo discutir y verificar que los efectos de todo ello estarían incidiendo de manera diferenciada sobre grupos de sujetos que ocupan posiciones diversas en la estructura social, y que además, especialmente por esa razón, produciría respuestas distintas. El crimen sería una de ellas y la que recibió una atención destacada en este trabajo.

Hay un sufrimiento ético-político en la posmodernidad, que emana de las expulsiones y “no lugares” que ella promueve, de la nueva superficialidad que ella inaugura y del debilitamiento de la historicidad que ella produce. A consecuencia de ello, resultan

profundamente afectadas las dinámicas de reconocimiento y negociación, esencia del proceso equilibrado de interacción humana, lo que repercute directamente sobre la autodeterminación y sentido de pertenencia de los sujetos, incidiendo sobre su potencial de autocontrol sobre las propias trayectorias y alcanzando finalmente el significado mismo de la existencia. El impacto sobre las dinámicas de reconocimiento y negociación está relacionado a un grave problema de accesos e interviene en la construcción, destrucción u obstrucción de narrativas vitales.

Explorar la dimensión política del crimen va más allá de poner en el centro del debate una discusión que no es nueva pero que sigue siendo desconsiderada o tratada como secundaria, como coadyuvante en los análisis hegemónicos, sobre todo en tiempos posmodernos de acentuada necesidad de responsabilización individual. Se trata de poner en tela de juicio la trascendencia de los problemas que acarrea la posmodernidad en términos de la dialéctica exclusión/inclusión social, de los cuales el crimen más que un producto sería también una especie de denunciante simbólico involuntario. Esta era la pretensión de esta tesis doctoral y se considera haberlo logrado.

Posibilitar el desarrollo de la conciencia de clase - en tanto que no aceptación del estigma, que permite a los sujetos elaborar relatos que les posibiliten plantarse frente a los demás con pretensiones de reconocimiento y legitimidad (discusión realizada en el primer capítulo) - y las condiciones reales para que se desarrolle la potencia de acción en los sujetos y se cuestione el régimen de verdad posmoderno son las reflexiones que se extrae de este trabajo de cara a pensar y repensar intervenciones sociales. Son los requisitos para la transvaloración, necesaria a la superación del drama de vivir bajo una violencia ética que impide a los sujetos relatarse a sí mismo en primera persona.

La verificación de cómo se han producido las diferencias entre los tres grupos aquí estudiados sirvieron para observar más de cerca, y en el marco de la posmodernidad, la idea mertoniana de distintas respuestas adaptativas individuales/grupales a las fuentes de anomia vinculadas directamente a la estructura social y cultural, cuyos impactos en los sujetos depende fundamentalmente de la posición que ellos ocupan dentro de dicha estructura. En este sentido, se puede considerar que el grupo “presos” encajaría en la categoría del innovador, el grupo “no riesgo” se acercaría a la del conformista, mientras el grupo “riesgo” se aproximaría a las categorías de retraimiento o ritualismo.

Se ha podido comprobar también la aseveración mertoniana de que ritualistas, retraídos y gran parte de los innovadores suelen hallarse ubicados en las capas inferiores de la estructura social y por lo tanto, dada la problemática de los accesos, condenados a convivir con una dosis enormemente más elevada de frustración, impotencia y angustia. Los resultados arrojados en los modelos de regresión para cada uno de los tres grupos aquí estudiados han contribuido a examinar y dosificar el sufrimiento de vivir bajo la presencia o amenaza de la invisibilidad social y la expulsión, y se considera que estos datos tienen un gran valor científico de cara a empezar a entender y seguir indagando en cómo los sujetos construyen narrativas vitales con alguna coherencia identitaria bajo las constricciones y/o intimidaciones de la exclusión social (especialmente en la posmodernidad, que fragmenta y desestabiliza a los sujetos, que les resta potencia de acción a la vez que proclama la autorealización, etc.).

Después de todo, los datos y reflexiones sacados del estudio empírico sobre el cual se asienta esta tesis doctoral permiten afirmar que la posmodernidad fuerza procesos de inclusión social por exclusión, integraciones sociales degradantes, perversas. Eso se ha manifestado en los

tres grupos analizados, a mayor o menor medida, pero con consecuencias enormemente más crueles para unos individuos que otros. La racionalidad posmoderna de autogobierno a partir del propio deseo y del cuidado de sí, además de naturalizar la desigualdad y la competencia social, moldea y conduce al individuo y sus intereses a través del consumo (representado ahora como puente hacia estilos de vida), aumentando y arraigando falsas necesidades en los sujetos, lo que termina por restarles autodeterminación. Eso consiste en una inclusión por exclusión (sujetos alienados de sí mismo) y explica la anomia presente en los tres grupos. Y a partir de esta primera inclusión por exclusión suceden otras, relacionadas al grado de vulnerabilidad social de los sujetos en la estructura social y cultural en la que están inseridos o intentando inserirse.

A raíz de lo anterior, hay que destacar el papel que cumple la exclusión social en la gubernamentalidad neoliberal (comentada en el segundo capítulo) así como la criminalización en la penalidad neoliberal (comentada en la introducción y en el segundo capítulo) en tanto que instrumentos de control social posmodernos. El recurso cada vez más amplio, y de proporciones globales, a la punición de los sujetos cuyas respuestas adaptativas se acercan a las categorías mertonianas de innovación y rebelión, asociado a las expulsiones y el abandono a la propia suerte de aquellos sujetos cuyas respuestas adaptativas se acercan a las categorías de retraimiento y ritualismo, refuerzan la presión hacia el encuadre de los individuos en la categoría de la conformidad, pese a la imposibilidad estructural de ello para muchos y pese a que la entrada/mantenimiento en dicha categoría también suponga perversidad y dolor.

Si bien se ha abogado en esta tesis por interpretar el crimen como una contraestrategia de enfrentamiento hacia la superación de un sufrimiento ético-político y pérdida de potencia de acción, en lo concerniente a la relación entre crimen y potencia de acción, hay que decir que

resistir a un orden de cosas no implica necesariamente su transvaloración. Bajo la mediación del crimen, se ha visto que hay una recuperación de agencia en “presos”, pero es posible que ella esté funcionando como una fuerza ilusoria, en sentido de que crea una sensación de potencia de acción que, no obstante, mantiene encubierta la pérdida misma de potencia de acción. La agencia restituida sí que les proporciona a los “presos” una real capacidad general de actuar y, así, afrontar la violencia ética a que están sometidos, pero no les ofrece propiamente potencia de acción porque no desarticula la dialéctica perversa de la exclusión/inclusión social.

Para finalizar, comentar que se opina que quizás algunos análisis estadísticos de mayor complejidad puedan, además de poner a prueba los resultados encontrados, contribuir a refinar los análisis, ayudando a indagar mejor en los modelos obtenidos y la relación existente entre las variables, identificando variables latentes y colaborando con la superación de posibles sobresimplificaciones.

Asimismo, recordar que han sido identificadas, a lo largo de la discusión de los resultados del trabajo empírico, investigaciones futuras necesarias a una mejor verificación de algunos de los datos obtenidos y la interpretación que se les ha aquí asignado: 1) profundizar en la consideración de que el grupo “presos” guarda relación con el grupo “riesgo”, como se de él partiera, para seguir indagando sobre si el crimen puede realmente estar operando, como fue considerado en esta tesis, como un mecanismo de intento de salida de dicha condición con vistas a forzar una aproximación hacia la condición opuesta, representada por la que se encuentra el grupo “no riesgo”; 2) verificar por medio de estudios de tipo etnográfico si el mayor nivel de sentido de comunidad y empoderamiento en sujetos que cometen o han cometido crímenes puede estar influido por una relación que ellos puedan estar estableciendo con su entorno basada en el

miedo/coacción. Sería igualmente muy oportuno verificar a través de investigaciones futuras (quizás de tipo cualitativo) si la instrumentalización de los vínculos colectivos identificada/interpretada en algunos resultados del grupo “no riesgo” también podría estar sucediendo en personas que cometen o han cometido crímenes.

Por último, indicar también como eventuales e indispensables investigaciones futuras: 1) que se replique este estudio en realidades distintas a la española, a fin de hacer comparaciones transculturales que permitan testar las generalizaciones realizadas en esta tesis doctoral; 2) que se arme un estudio de tipo cualitativo para examinar y comparar la construcción de narrativas de vida en sujetos presos, personas que viven en condiciones de riesgo social y demás individuos no situados en ninguna de las dos categorías.

BIBLIOGRAFÍA

- Aceituno, R., Asún, R., Ruiz, S., Reinoso, A., Venegas, J. I. y Corbalán, F. (2009). Anomia y Alienación en Estudiantes Secundarios de Santiago de Chile: Resultados Iniciales de un Estudio Comparativo 1989-2007. *Psykhé*, 18(2), 3-18.
- Anderson, D. M., Cesur, R. y Tekin, E. (2015). Youth depression and future criminal behavior. *Economic Inquiry*, 53(1), 294-317. doi: 10.1111/ecin.12145.
- Agnew, R., Brezina, T., Wright, J. P. y Cullen, F. T. (2002). Strain, personality traits, and delinquency: extending general strain theory. *Criminology*, 40(1), 43-71.
- Arce, C. (1994). *Técnicas de construcción de escalas psicológicas*. Madrid: Síntesis.
- Baillergeau, E. y Hebberecht, P. (2012). Social Crime Prevention in Late Modern Europe. Towards a Comparative Analysis. En Hebberecht, P., Baillergeau, E. (Eds.), Crawford, A., Traynor, P., Maillard, J., Germain, S.,..., Brunet, A. R., *Social Crime Prevention in Late Modern Europe: A Comparative Perspective*, (pp. 21-36). Bruxelas: VUBPRESS Brussels University Press.
- Baratta, A. (2002). *Criminologia Crítica e Crítica do Direito Penal. Introdução à Sociologia do Direito Penal*. (3ª ed.). (Juarez Cirino dos Santos, trad.). (Coleção Pensamento Criminológico, 1). Rio de Janeiro: Editora Revan.
- Bauman, Z. (1998). *O mal-estar da pós-modernidade* (Mauro Gama y Cláudia Martinelli Gama, trad.). Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida* (Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide Squirru, trad.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Besnard, P. (1998). Anomia y fatalismo en la teoría durkheimiana de la regulación. *Reis - Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 81, 41-62.
- Blanco, A. y Díaz, D. (2005). El bienestar social: su concepto y medición. *Psicothema*, 17(4), 582-589.
- Blanco, A. y Díaz, D. (2007). El rostro bifronte del fatalismo: fatalismo colectivista y fatalismo individualista. *Psicothema*, 19(4), 552-558.
- Blanco, A. y Valera, S. (2007). Los fundamentos de la intervención psicosocial. En Blanco, A., Marín, J. R. (Eds.), Alonso, E., Hernández, S., Pozo, C., Trujillo, E. V.,..., Cabrera, M. L., *Intervención Psicosocial*, (pp. 3-44). Madrid: Pearson Educación.
- Brezina, T. (2000). Delinquency, control maintenance, and the negation of fatalism. *Justice Quarterly*, 17(4), 779-807. doi: 10.1080/07418820000094761.
- Broncano, F. (2013). *Sujetos en la niebla. Narrativas sobre la identidad*. Barcelona: Herder Editorial.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. (María Antonia Muñoz trad.). Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Butler, J. (2015). *Relatar a si mesmo. Crítica da violência ética* (Rogerio Bettoni, trad.). Belo Horizonte: Autêntica Editora.
- Castel, R. (1997). Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado. Buenos Aires: Paidós.
- Caprara, G. V., Gerbino, M., Paciello, M., Di Giunta, L., Pastorelli, C. (2010). Counteracting Depression and Delinquency in Late Adolescence. The Role of Regulatory Emotional and

Interpersonal Self-Efficacy Beliefs. *European Psychologist*, 15(1), 34-48. doi: 10.1027/1016-9040/a000004.

- Carrasco, L. T. y Arévalo, J. P. (2012). *Sistematización de la gestión municipal en seguridad ciudadana en barrios vulnerables*. (Informe de Resultados San Joaquín). Santiago, CL: Fundación Paz Ciudadana y Universidad Alberto Hurtado. Recuperado de <http://www.pazciudadana.cl/wp-content/uploads/2012/03/informeanacualit-san-joaquin.pdf>.
- Catano, J. (1990). The Rhetoric of Masculinity: Origins, Institutions, and the Myth of the Self-Made Man. *College English*, 52(4), 421-436.
- Cervio, A. L. y D'hers, V. (2012). Cuerpos y sensibilidades en falta. Una aproximación a la noción de necesidad en contextos de segregación socio-espacial. En: Cervio, A. L. (Ed.), Galak, E., Mora, P. A. L., Scribano, A., Artese, M., D'hers, V.,..., Lava, M. P. *Las tramas del sentir. Ensayos desde una sociología de los cuerpos y las emociones*, (pp. 115-150). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora. Recuperado de <http://www.estudiossociologicos.org/-descargas/eseditora/las-tramas-del-sentir/las-tramas-del-sentir.pdf>.
- Dembo, R., Schmeidler, J. y Wothke, W. (2003). Impact of a Family Empowerment Intervention on Delinquent Behavior. *Journal of Offender Rehabilitation*, 37(2), 17-41. doi: 10.1300/J076v37n02_02.
- Diener, E., Emmons, R. A., Larsen, R. J. y Griffin, S. (1985). The Satisfaction With Life Scale. *Journal of Personality Assessment*, 49(1), 71-75.

- Domínguez-Bilbao, R. (1996). *Psicología Social y Postmodernidad*. (Tesis de doctorado). Universidad Complutense de Madrid. Madrid, ES. Recuperado de <http://biblioteca.ucm.es/tesis/19911996/S/4/S4009601.pdf>.
- Dubois, A. (2014). *Marco teórico y metodológico del Desarrollo Humano Local*. Bilbao: Instituto Hegoa y Universidad del País Vasco. Recuperado de [http://publicaciones.hegoa.ehu.es/assets/pdfs/307/Marco_teorico_DHL_\(CASTELLANO-EUSKERA\).pdf?1457598058](http://publicaciones.hegoa.ehu.es/assets/pdfs/307/Marco_teorico_DHL_(CASTELLANO-EUSKERA).pdf?1457598058).
- Durkheim, E. (1976). *El suicidio*. Madrid: Akal.
- Galindo, O. y Ardila, R. (2012). Psicología y pobreza. Papel del locus de control, la autoeficacia y la indefensión aprendida. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 30(2), 381-407.
- García-Viniegras, C. R. V. y González-Benítez, I. (2000). La categoría bienestar psicológico. Su relación con otras categorías sociales. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 16(6), 586-592. Recuperado de http://bvs.sld.cu/revistas/mgi/vol16_6_00/mgi10600.pdf.
- Garland, D. (2005). *La cultura del control. Crimen y orden social en la sociedad contemporánea*. (Máximo Sozzo trad.). Barcelona: Gedisa Editorial.
- Gissi, J. (1986). *Psicología de la Pobreza*. Cuadernos de Psicología. Pontificia Universidad Católica de Chile. Cuaderno nº 5.
- González-Rivera, J. L. y Morera, A. (1983). La valoración de sucesos vitales: Adaptación española de la escala de Holmes y Rahe. *Psiquis*, 4(1), 7-11.
- Gracia, E. y Herrero, J. (2004). Determinants of Social Integration in the Community: An Exploratory Analysis of Personal, Interpersonal and Situational Variables. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 14, 1-15. doi: 10.1002/casp.746.

- Hillyard, P. y Tombs, S. (2013). ¿Más allá de la Criminología? (Katharina Vogels y Alejandro Forero, trad.). *Revista Crítica Penal y Poder*, 4, Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos, Universidad de Barcelona, 175-196.
- Hulsman, L. (2004). Alternativas à Justiça Criminal (Maria Lúcia Karam, trad.). En Passetti, E. (Org.), Hulsman, L., Karam, M. L., Batista, N., Oliveira, S., Rodrigues, T. y Malaguti Batista, V., *Curso livre de abolicionismo penal*, (pp. 35-68). Rio de Janeiro: Editora Revan, Nu-Sol/PUC-SP.
- Ireland, T. O., Rivera, C. J. y Hoffmann, J. P. (2009). Developmental Trajectories, Stressful Life Events, and Delinquency. En Savage, J. (Org.), *The Development of Persistent Criminality*, (pp. 90-114). Nueva York: Oxford University Press.
- Jameson, F. (1991). *Ensayos sobre el posmodernismo* (Esther Pérez, Christian Ferrer y Sonia Mazzco, trad.). (Horacio Tarcus, comp.). Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.
- Kakar, S. (1998). Delinquency Prevention Through Family and Neighborhood Empowerment. *Studies on Crime and Crime Prevention*, 7(1), 107-125.
- Lewis, O. (1961). Antropología de la Pobreza. Cinco familias. México: F.C.E.
- Keyes, C. L. M. (1998). Social Well-Being. *Social Psychology Quarterly*, 61(2), 121-140.
- Laraia, R. B. (2001). *Cultura, um conceito antropológico*. (14ª ed.). Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Lindesmith, A. R., Strauss, A. L. y Denzin, L. K. (2006). *Psicología Social*. (1ª ed.). (Sagrario Ramírez Dorado, Juan Carlos Revilla Castro y Leonor Gimeno Giménez trad.). (Colección “Monografías”, nº 228). Madrid: CIS Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI de España Editores.

- Lipovetsky, G. (1993). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (Joan Vinyoli y Michèle Pendanx, trads.). (6ª ed.). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*. (Antonio-Prometeo Moya, trad.). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Malaguti-Batista, V. (2011). *Introdução Crítica à Criminologia Brasileira*. Rio de Janeiro: Revan.
- Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. (Antonio Elorza trad.). Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini.
- Martín, E. G., Alonso, C. H. y Pallejá, J. M. (2002). Autoeficacia y delincuencia. *Psicothema*, 14, 63-71.
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la Liberación*. Madrid: Trotta.
- Martins, J. S. (1997). *Exclusão social e a nova desigualdade*. (3ª ed.). São Paulo: Paulus Editora.
- Maton, K. I. (2008). Empowering Community Settings: Agents of Individual Development, Community Betterment, and Positive Social Change. *American Journal of Community Psychology*, 41, 4-21. doi: 10.1007/s10464-007-9148-6.
- Maya-Jariego, I. (2004). Sentido de comunidad y potenciación comunitaria. *Apuntes de Psicología*, 22(2), 187-211.
- McCarthy, B. y Casey, T. (2011). Get Happy! Positive Emotion, Depression and Juvenile Crime. En S. T. Hillsman(Presidencia ASA). *Social Conflict: Multiple Dimensions and Arenas*. Conferencia llevada a cabo en el congreso anual de la American Sociological Association, Cesar's Palace, Las Vegas, Estados Unidos. Recuperado de http://citation.allacademic.com/meta/p498466_index.html.

- McMillan, D. W. y Chavis, D. M. (1986). Sense of Community: A Definition and Theory. *Journal of Community Psychology*, 14, 6-23.
- Merton, R. K. (1938). Social Structure and Anomie. *American Sociological Review*, 3(5), 672-682.
- Merton, R. K. (1967). *Anomie*, anomia e interacción social. Contextos de conducta desviada. En Clinard, M. B. (Ed.), *Anomia y conducta desviada* (J. J. Thomas trad.), (Colección Psicología social y sociología, Vol. 27), (pp. 201-226). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Merton, R. K. (1968). *Social Theory and Social Structure*. New York: The Free Press.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Morales, J. F. D. y Sánchez-López, M. P. (2001). Relevancia de los estilos de personalidad y las metas personales en la predicción de la satisfacción vital. *Anales de Psicología*, 17(2), 151-158.
- Moreno, M. P., Ríos, M. L. y Vallejo, M. (2013). Construction and Validation of the Community and Socio-Political Participation Scale (SCAP). *The Spanish Journal of Psychology*, 16, E42. doi: <http://dx.doi.org/10.1017/sjp.2013.48>.
- Moyano, E. y Alvarado, N. (2007). Bienestar subjetivo: midiendo satisfacción vital, felicidad y salud en población chilena de la Región Maule. *Revista Universum (Talca)*, 22(2), 177-193. doi: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762007000200012>.
- Muchembled, R. (2012). *História da Violência. Do fim da Idade Média aos nossos dias*. (Abner Chiquieri, trad.). (1ª ed.). Rio de Janeiro: Forense Universitária.

- Muratori, M., Delfino, G. I. y Zubieta, E. M. (2013). Percepción de anomia, confianza y bienestar: la mirada desde la psicología social. *Revista de Psicología*, 31(1), 130-150.
- Murillo, S. (2011). Estado, sociedad civil y gubernamentalidad neoliberal. *Revista Entramados y Perspectivas de la Carrera de Sociología*, 1(1), 91-108.
- Music, M., Abidovic, A., Babic, N., Mujaric, E., Dervisevic, A., Slatina, E.,..., Corovic, J. (2013). Life Satisfaction and Risk-taking Behavior in Secondary Schools Adolescents. *Mater Sociomed*, 25(3), 178-181. doi: 10.5455/msm.2013.25.178-181.
- Nikolic-Ristanovic, V. (2014). Making people happy is the best crime prevention: towards happy- making criminology. *European Journal of Criminology*, 11(4), 401-409.
- Ochoa, C. (2015). Muestreo Probabilístico: Muestreo Estratificado. Barcelona: Netquest. Recuperado de <http://www.netquest.com/blog/es/muestreo-probabilistico-muestreo-estratificado/>.
- Oliva, A., Jiménez, J. M., Parra, A. y Sánchez-Queija, I. (2008). Acontecimientos vitales estresantes, resiliencia y ajuste adolescente. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 13(1), 53-62.
- Passetti, E. (1999). Sociedade de controle e abolição da punição. *São Paulo em Perspectiva*, 13(3), 56-66. doi: <http://dx.doi.org/10.1590/S0102-88391999000300008>.
- Pick, S., Sirkin, J., Ortega, I., Osorio, B., Martínez, R., Xocolitzin, U. y Givaudan, M. (2007). Escala para medir agencia personal y empoderamiento (Esage). *Revista Interamericana de Psicología/Interamerican Journal of Psychology*, 41(3), 295-304.
- Preciado, B. (2004). Género y performance: 3 episodios de un cybermanga feminista queer trans... *Zehar: revista de Arteleku-ko aldizkaria*, 54, 20-27. Recuperado de: <http://>

www.cpp.panoramafestival.com/wp-content/uploads/2011/08/BP_Genero-y-Performance_ESP.pdf.

Rappaport, J. (1987). Terms of Empowerment/Exemplars of Prevention: Toward a Theory for Community Psychology. *American Journal of Community Psychology*, 15(2), 121-148.

Redondo, S. (2008). Individuos, sociedades y oportunidades en la explicación y prevención del delito: Modelo del Triple Riesgo Delictivo (TRD). *Revista Española de Investigación Criminológica REIC*, 7(6), 1-53.

Robinson, W. I. Policing the Global Crisis. *Journal of World-Systems Research*, 19(2), 193-197. doi: <http://dx.doi.org/10.5195/jwsr.2013.492>. Recuperado de http://www.jwsr.org/wp-content/uploads/2013/09/Robinson_symposium_vol19_no2.pdf.

Salcedo, D. (2000). La evolución de los principios del Trabajo Social. *Acciones e investigaciones sociales*, 11, 79-112.

Sánchez, I. G. (2014). *La penalidad neoliberal: aumento de presos y reconfiguración del Estado en España (1975-2008)*. (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España.

Sánchez-Vidal, A. (2001). Medida y estructura interna del sentimiento de comunidad: Un estudio empírico. *Revista de Psicología Social*, 16, 157-175.

Sánchez-Vidal, A. (2009). Validación discriminante de una escala de sentimiento de comunidad: análisis comparativo de dos comunidades. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 9(2), 161-176.

Sarason, S. B. (1974). *The psychological sense of community: prospects for a community psychology*. San Francisco: Jossey Bass.

- Sassen, S. [Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, CCCB]. (2011, enero 19). *Saskia Sassen: ciudad global y la lógica de expulsión del neoliberalismo*. [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=7Dc-2v_YjJ4.
- Sassen, S. (2013). Expelled: Humans in Capitalism's Deepening Crisis. *Journal of World-Systems Research*, 19(2), 198-201. doi: <http://dx.doi.org/10.5195/jwsr.2013.495>.
- Sassen, S. (2014, julio 30). The Language of Expulsion. *Truthout*. Recuperado de <http://www.truth-out.org/opinion/item/25235-the-language-of-expulsion>.
- Sassen, S. (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. (Stella Mastrangelo trad.). Buenos Aires: Katz Editores.
- Sawaia, B. (Ed.), Wanderley, M. B., Vêras, M., Jodelet, D., Paugam, S., Carreteiro, T. C.,..., Guareschi, P. A. (2001). *As artimanhas da exclusão: análise psicossocial e ética da desigualdade social*. (3ª ed.). Petrópolis: Editora Vozes.
- Sen, A. (1985). Well-Being, Agency and Freedom: The Dewey Lectures 1984. *The Journal of Philosophy*, 82(4), 169-221. doi: 10.2307/2026184.
- Sen, A. (2001). *Desenvolvimento como liberdade*. (Laura Teixeira Motta trad.). São Paulo: Companhia das Letras.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. (Daniel Najmías trad.). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Serrano-Maíllo, A. (2009). *Introducción a la Criminología*. (6ª ed.). Madrid: Dykinson.
- Srole, L. (1956). Social Integration and Certain Corollaries: an Exploratory Study. *American Sociological Review*, 21(6), 709-716.

- Suárez, P. S., García, A. M. P. y Moreno, J. B. (2000). Escala de autoeficacia general: datos psicométricos de la adaptación para población española. *Psicothema*, 12(2), 509-513.
- Taylor, I., Walton, P. e Young, J. (1997). La nueva criminología. Contribución a una teoría social de la conducta desviada (Adolfo Crosa trad.). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1986). Introducción a los métodos cualitativos de investigación. Buenos Aires: Paidós.
- Ullán-Rosa, F. J. (2014). *Sociología urbana: de Marx y Engels a las escuelas posmodernas* (Colección Monografías 285). Madrid: CIS.
- Valdenegro, B. A. (2005). Factores Psicosociales Asociados a la Delincuencia Juvenil. *Psykhé*, 14(2), 33-42.
- Valenzuela, C. y Arellano, O. (2013). Sentido de Comunidad y Percepción de Inseguridad En Barrios de Talca: La Prevención Comunitaria del Delito. *Revista Iberoamericana de Estudios Municipales*, IV(7), 46-78. Recuperado de http://revistariem.ua autonom a.cl/sites/default/files/revistas/articulo_3_riem_7.pdf.
- Valois, R. F., Zullig, K. J., Huebner, E. S. y Drane, J. W. (2006). Relationship Between Life Satisfaction and Violent Behaviors among Adolescents. *American Journal of Health Behavior*, 25(4), 353-366.
- Velho, G. (2003). O Estudo do Comportamento Desviante: A Contribuição da Antropologia Social. En Velho, G. (Ed.), *Desvio e divergência: uma crítica da patologia social* (8ª ed.), (pp. 11-28). Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.

- Vera, J. A., Bautista, G., Ramírez, M. e Yáñez, A. I. (2012). Relación entre anomia social, alienación y conducta antisocial en jóvenes infractores mexicanos. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 10(2), 943-955.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. (Horacio Pons trad.). Buenos Aires: Manantial.
- Wacquant, L. (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. (Margarita Polo trad.). Barcelona: Editorial Gedisa.
- Wacquant, L. (2011). Desolación urbana y denigración simbólica en el hipergueto. (Alejandra Martínez trad.). *Revista Astrolabio Nueva Época*, 6, 4-18. Recuperado de <http://loicwacquant.net/assets/Papers/URBDESOLSYMBDENIG-Spanish.pdf>.
- Wacquant, L. (2012). Tres pasos hacia una antropología histórica del neoliberalismo real (Francisco T. Sobrino trad.). *Revista Herramienta*, 49. Recuperado de <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-49/tres-pasos-hacia-una-antropologia-historica-del-neoliberalismo-real>.
- Wacquant, L. (2012a). A política punitiva da marginalidade: revisitando a fusão entre *workfare* e *prisonfare*. (Julia Alexim trad.). *Revista EPOS*, 3(1). Recuperado de: http://revistaepos.org/arquivos/05/entrevista_Wacquant.pdf.
- Wacquant, L. (2012b). Marginalidad avanzada y Estado neoliberal. *Revista Urban*, NS03, 133-135. Recuperado de: http://loicwacquant.net/assets/Papers/URBAN-Conflictos_de_la_ciudad_contemporanea-DEBATE.pdf.
- Waiselfisz, J. J. (2010). *Mapa da violência 2010. Anatomia dos homicídios no Brasil*. Recuperado de <http://www.mapadaviolencia.org.br/pdf2010/MapaViolencia2010.pdf>.